Francisco Coloane

Golfo de Penas



Una obra anticipadora del dilema ecológico en la supervivencia. La vida solitaria y aislada de la pampa patagónica y de la grandiosa tierra antártica es retratada en esta obra con la belleza y precisión narrativa de un conocedor profundo del cofín del mundo. Francisco Coloane nos sumerge en la vida austral con su majestuosidad misteriosa. Goletas como *Orfelinda*, capitanes como Aníbal Pescetto, catáceos, cazadores de focas y ovejeros, son algunos de los protagonistas de estas historias que revelan las grandezas e incertidumbres de la existencia en ese mundo remoto de imponente belleza formando una analogía de la vida misma.

Los cuentos transitan desde el primitivismo más desenfrenado del ser humano por la necesidad de sobrevivir, hasta la bondad que surge del amor por la vida y la naturaleza.

Francisco Coloane

Golfo de Penas

ePub r1.0

Titivillus 02.04.2024

Título original: *Golfo de Penas*
Francisco Coloane, 1995
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Nota sobre la edición

Originalmente *Golfo de Penas* se edita en el año 1945 por la editorial Cultura en Santiago de Chile, y estaba compuesto solo por 4 cuentos (*Golfo de Penas, Tierra de olvido, Témpano sumergido* y *La botella de Caña*), el presente volumen corresponde a la reedición publicada por la Editorial Planeta el 14 de Julio de 1995, donde se reúnen un total de 18 cuentos, 15 de ellos inéditos.

Golfo de Penas

Entre ola y ola nuestro barco se recostaba como un animal herido en busca de una salida a través de ese horizonte cerrado de lomos movedizos y sombríos.

—¡Agárrate, viejo! —dijo un marinero haciendo rechinar sus dientes y contrayendo la cara como si un doloroso atoro le anudara las entrañas. El barco, cual si lo hubiera escuchado, crujió al borde de una rolada de cuarenta y cinco grados y fue subiendo sobre el lomo de otra ola, semirrecostado, pero ya libre de la vuelta de campana o de la ida por ojo.

La cerrazón de agua era completa. Arriba, el cielo no era más que otra ola suspendida sobre nuestras cabezas, de cuya comba se descargaba una lluvia tupida y mortificante.

De pronto, emergiendo de la cerrazón, apareció sobre el lomo de una ola una sombra más densa; otra ola la ocultó, y una tercera la levantó de nuevo mostrándonos el más insólito encuentro que pueda ocurrir en esos mares abiertos: un bote con cinco hombres. Raro encuentro, porque por ese golfo solo se aventuran buques de gran tonelaje. El nuestro, con sus diez millas de máquina, hacía más de veinticuatro horas que estaba luchando por atravesarlo de sur a norte, y una cáscara de nuez como ese bote minúsculo no podía tener la esperanza de hacerlo en menos de una semana hasta el faro San Pedro, primeros peñones de tierra firme que se hallan al sur del temido golfo.

En medio de los ruidos del temporal, la campana de las máquinas resonó como un corazón que golpeara sus paredes de metal y el barco fue disminuyendo su andar.

Era un bote de ciprés, ancho, de gruesas cuadernas que mostraban su pulpa sonrosada de tanto relavarse con el agua del

mar y de la lluvia. Los cuatro bogadores remaban vigorosamente, medio parados, afirmando un pie en el banco el otro en el empaletado, y de mirando con extraña fijeza el mar, especialmente en la caída de la ola, cuando la falda de agua resbalaba vertiginosamente hacia el abismo. El patrón aferrado a la caña del timón, iba también de pie, y con una mano ayudaba al remero de popa, con un envión del cuerpo que parecía darles fuerzas a todos, quienes como un solo hombre seguían el compás de su impulso. De tarde en tarde algún lomaje labrado escondía al bote, y entonces, semejaban estar bogando suspendidos en el mar por un extraño milagro.

Cuando estuvo a la cuadra, le lanzaron un cabo amarrado a un escandallo, que el remero de proa ató con vuelta corrediza a un eslabón apernado en su banco. La cercanía se hacía cada vez más peligrosa. Las olas subían y bajaban desacompasadamente al buque y al bote; de tal manera que, en cualquier momento, podía estrellarse el esquife haciéndose pedazos contra los costados de fierro del barco. Una escalerilla de cuerdas fue lanzada por la borda, y, cuando la cresta de una ola levantó el bote hasta los pescantes mismos del puente, en la bajada, de un salto, el patrón se agarró a la escalera y trepó por ella con la agilidad de un gato. Puso pie en cubierta y como una exhalación ascendió por las escaleras hasta el puente de mando.

Arriba, patrón y capitán se encerraron en la cabina. Estábamos a la expectativa. Los remeros manteníanse alejados a prudente distancia con su cáscara de nuez; el barco encajaba la proa entre las olas y la levantaba como una cabeza cansada, sacudiéndola de espumas. El contramaestre y los marineros estaban listos con la maniobra para izar el bote a bordo, en cuanto el capitán diese la orden.

Los minutos se alargaban. ¿A qué tanta demora para salvar un bote en medio del océano?

La expectación se hizo menor cuando vimos salir al patrón de la cabina. Hizo un gesto raro con la mano y bajó de nuevo las escaleras con su misma agilidad de gamo. Pero la orden de izar a los náufragos no se oyó. Nuestro asombro, entonces, aumentó.

Pasó a mi lado, me enfrentó con una mirada fría y enérgica. Quise hablar, pero la mirada me detuvo. El hombre iba empapado;

llevaba el cuerpo cubierto por un pantalón de lana burda y un grueso jersey; la cabeza y los pies, desnudos; el rostro, relavado como el ciprés de su bote y en todo su ser, una agilidad desafiante, con la que parecía esconderse apenas del castigo implacable de la intemperie.

Cruzó de nuevo como una exhalación, saltó por la borda, se aferró en la escalerilla y, aprovechando un balance, estuvo de un brinco agarrado de nuevo a la caña de su timón.

—¡Largaaa! —gritó, y el proel desató el cabo, lanzándolo al aire con un gesto de desembarazo y de desprecio. Los remeros bogaron vigorosamente, y el bote se perdió detrás de una montaña de agua. Otra lo levantó en su cumbre, y después se esfumó como había venido, como una sombra más densa tragada por la cerrazón.

En el barco la única orden que se oyó fue la de la campana de las máquinas, que aumentó el andar. Los marineros estaban estupefactos, como esperando algo aún, con las manos vacías. El contramaestre recogía el cabo y el escandallo con lentitud, desabrido, como si recogiera todo el desprecio del mar.

—¿Por qué no los llevamos? —pregunté más tarde al capitán.

—No quiso el patrón que los lleváramos en calidad de náufragos —me contestó.

—¿Y por qué?

»—¡Somos loberos de la isla de Lemuy y vamos a los canales magallánicos en busca de pieles! ¡No somos náufragos! —contestó.

»—¿No saben que la autoridad marítima prohíbe salir de cierto límite con una embarcación menor? ¿Piensan acaso atravesar el golfo con esa cáscara?

»—¡No es una embarcación menor, es un bote de cinco bogas y todos los años en esta época acostumbramos atravesar con él el golfo. Lo único que le pedimos, es que nos lleve y nos deje un poco más cerca de la costa; nada más!

»—¡Si los llevo debo entregarlos a las autoridades de la capitanía del puerto de su jurisdicción!

»—¡No, allí nos registrarán como náufragos… y eso… ni vivos ni muertos! ¡No somos náufragos, capitán!

»—Entonces no los llevo.

»—¡Bien, capitán!».

Y haciendo un gesto con la mano, el patrón había dado por

terminada la entrevista.

Sin poderme contener, proferí:

—¡Así como los dejó peleando con la muerte aquí en medio de este infierno de aguas, pudo haberles dado una chance dejándolos más cerca de la costa! ¿Quién le iba a aplicar el reglamento en estas alturas?

—¡Era un testarudo ese patrón! —me replicó el capitán; y mirándome de reojo agregó—: ¡Si me ruega un poco, lo habría llevado!

Afuera la cerrazón se apretaba cada vez más sobre el golfo de Penas.

Paso del Abismo

El capitán José Melías Quilán sueña con peces, con peces lijas sedosos, con cardúmenes de peces de panza blanca cual carámbanos sobre el mar. Muertos por una explosión de dinamita o una erupción submarina de gases deletéreos.

Duerme de espaldas a su mujer Sofía, en su caserón tinglado en un redoso del cabo Quilán con sus siete hijos varones: ninguna mujer. Le abofetea el rostro a Sofía con un aletazo pectoral. Es un lobo de mar y ella una foca… ¿Por qué? Los sueños no se responden, se cuentan y nada más.

El capitán Melías Quilán despierta, y ahora recuerda con lucidez las maledicencias que se transparentan en el rostro de su piloto Humberto Marabolí. Van a entrar en el paso del Abismo, en las proximidades de la Angostura Inglesa de los canales magallánicos.

Este primer piloto es un pillo de siete suelas que seguramente cree que debe ser él el capitán porque es un hombre preparado, se siente inteligente, tal vez, un poco malintencionado cuando piensa y repiensa.

Refrasea citas de capitanes, como esa del capitán José Conrad cuando dijo que las palabras se deben cuidar del mismo modo que una tripulación lava su cubierta. Y no escupir sobre ella sino por la borda.

¿Pero quién puede conocer el paso que hay entre el amor y el odio? No se conoce del todo a un hombre de mar hasta que enfrenta tempestades, naufragios, salvatajes o la muerte misma. Se traspasa el abismo y el hombre queda oscurecido o con una transparencia sumergida. Solo entonces se le puede conocer. Después de sus reyertas con la naturaleza, semejantes a las amistades o enemistades entre los hombres. Estos son como son. Un capitán tiene que

aceptar a quienes contrata la empresa naviera. Él no los elige. Es muy poco lo que el hombre elige en la vida. Generalmente a él lo eligen. A José Melías Quilán lo eligieron por su fama de práctico de los canales de Chiloé a Magallanes; no por sus renombres o reapellidos. Tampoco los eligió él. Se los pusieron. ¿A quién se le ocurrió? No lo sabía. El de José estaba bien. Ese era un verdadero nombre, como el del capitán Conrad; quizás los otros no le parecían apellidos. El señor cura se lo dio en honor al santo carpintero de Jerusalén; sin embargo Melías podía provenir del melí, árbol alto, frondoso, con ramajes curvados, ganchos en forma de codaste, rodas, cuadernas y crucetas de masteleros, donde se podría colgar una vela o un cristiano. Su madera es dura, similar a la de la luma; pero esta es oscura y su fruto, el cauchau, tan negro, que sirve de apodo a los que tienen sangre indígena, ignorantes los que no saben del orgullo ancestral de su propia tierra.

El melí, gigantesco, coposo, tiene sus entrañas blancas, muy blancas, y la corteza que es su piel, veteada tal el cuero de los toros de raza clavel. ¿Por qué los colores de la noche y el día disputándose las almas y el corazón de los árboles?

Cada vez que surcaban el paso del Abismo después de un temporal en el cabo Tamar, surgían las murmuraciones sobre Sofía con sus seis hijos morenos y el séptimo varón de padrinazgo presidencial, rubio como la miel, blanco como pulpa del melí, y ojos azules como los claros que se entrevén a través del follaje del gran árbol que semeja la arboladura de un navío en plena navegación. Mejor aún, al bajar el viento arremolinado de las cumbres nevadas del este.

El cabo Tamar no le atemorizaba tanto como ese paso del Abismo. Después de entregar la carga de carbón de Lota en las carboneras de la Armada en la península Muñoz Gamero y en el pontón número tres de Punta Arenas, podía salir por la boca occidental del estrecho de Magallanes, entre los altos islotes de Los Evangelistas con su faro a mar abierto. Pero era esencialmente un práctico canalero. Conocía los fiordos andinos de la Patagonia occidental, cual si fueran las rayas de sus manos. Si iba timoneando en casos de peligro, escupía esas gruesas y oscuras palmas y tomaba las cabillas del timón, que para él eran estilizados corazones pulidos por ellas. El canal Wide, entre carámbanos y témpanos. Pero ese

paso del Abismo… «El alma blanca o negra está aquí», le había dicho en cierta ocasión su piloto Marabolí, llevándose el dedo índice a su alta frente blanca y despejada por una incipiente calvicie rubia. Desde entonces se le representaba como un témpano o carámbano dentro del cual estuviera el alma del hombre a la deriva. Su alma de chilote indígena era vetusta, dura, recta, igual que una estaca de luma, distinta a la del undívago follaje del melí. Sin embargo, se atemorizaba ante esa oscuridad del paso del Abismo. Marabolí, astuto, navegante evolucionado, de inteligencia centelleante, sabía tantas cosas que deslumbraban a Melías Quilán. Una sonrisa maliciosa vagaba siempre entre él y su capitán.

Planeaba sospechosamente sobre el séptimo hijo, rubio y celeste, de Melías Quilán. Su apellido era el mismo del cabo donde vivía; pero sabía que el primer navegante español, Cortés Ojeda, que lo divisó, lo llamó Santa Clara. ¡Qué entrevero de nombres españoles y de indios payos o payanos! Los aborígenes de remotos siglos imponían al final sus nombres y su color moreno. Melías Quilán no sabía si le habían puesto por su apellido ese nombre al cabo o al revés. ¡Nombres de cabos, islas, canales y canalizos! ¿De dónde provenían y cómo se borraban y aparecían en las cartas de marcar? ¡Mareadas cartas, por diferentes razas de corsarios, bucaneros y piratas que por allí pasaron!

La sabiduría del primer piloto Marabolí provenía de sus estudios de pilotín mercante en la Escuela Naval y de su afición a las antiguas lecturas, que solía trasmitir oralmente al capitán. Solo en algunas cartas figuraba bien ubicado el paso del Abismo, en otras no: como si alguien hubiera querido evitar ese nombre. Borrarlo con la goma con que se rectifican los rumbos trazados a lápiz de mina de carbón entre las paralelas y los paralajes de las cartas de navegar. Marabolí era investigador más que navegante. Sabía, conocía o suponía historias sobre los pasos, senos y fiordos, que se las contaba a su capitán, y este las repetía hasta aprenderlas de memoria. Cuando se encontraban de paso en el puente o entrepuente ya no necesitaba repetírselo, Sonreían y disfrutaban a veces espantando el cansancio o la rutina.

El paso del Mar era una de las vías claras: Sea Reach en las cartas de navegación inglesas. Cincuenta y ocho millas de navegación en la ribera norte entre los cabos Tamar y Felipe; las

bocas de canales que conducen por dentro del archipiélago Reina Adelaida.

¿Tendría que ver ese cabo Tamar con *El caballero de la piel de tigre* de la reina caucasiana Tamara? ¿No sería posible que se le hubiera borrado una letra como ocurrió con una mosca que se ensució sobre una antigua carta marina causando una tragedia? En medio de la tempestad Melías le había dicho a su piloto:

—¡Si es una isla, estamos salvados; pero si es de una mosca, estamos cagados!

Marabolí levantó su alta frente y le espetó: «El caballero se abrió camino hacia la caverna pasando los ríos y las rocas. Avthandil descendió de su corcel, se dirigió a los elevados árboles, trepándolos para mirar, al pie ató su caballo; de allí observó que el caballero de la piel de tigre iba derramando lágrimas… Cuando el caballero cruzó los bosques, una doncella vestida de negro manto se acercó a la puerta de la caverna. Se escuchó un llanto, y sus lágrimas se unieron con el mar… Por ello el cabo Tamar hace lagrimear a los canaleros más avezados». Al escapular su mogote semejaba el paso de los Bárbaros, un valle que separa las últimas estribaciones caucasianas de Turquía. Todos los bárbaros que han cruzado de una a otra parte del Asia a Europa y a la inversa preferían ese paso, y la reina Tamara tuvo que hacer su reino en palacios y catedrales dentro de cumbres cordilleranas, en grandes socavones y cavernas. Era una reina civilizada pero cavernaria. Shota Rusthaveli fue el cantor de estas leyendas.

Entonces Melías Quilán admiraba a su primer piloto y olvidaba sus inquietantes dudas, y Marabolí, siempre con esa sonrisa pícara, le ocultaba su propio secreto: escribir algún día *El caballero de la piel de foca*, porque hay que tener el cuero duro como los torunos para aguantar el séptimo varón presidencial que le había dado su santa Sofía.

En el viejo derrotero del estrecho de Magallanes se advertía someramente: «En el paso del Mar es donde por primera vez se experimenta mar gruesa en toda la navegación del estrecho. En temporales y vientos recios en las partes más anchas, sobre todo al oeste del cabo Froward. Allí se suele encontrar una mar corta y muy molesta; pero al abocarse al paso del Mar, se tropieza desde luego con la gruesa mar que rueda desde el Pacífico. Con días de completa

calma se sufre ya de marejada».

El paso del Abismo es de corta historia; solo la que se está narrando aquí. No la gran historia humana de la reina Tamara en el paso de los Bárbaros y tantas otras. Es la historia de Melías Quilán y su séptimo hijo varón, y nada más. El capitán de la piel de foca y cuernos de toruno. Así era no más. Nadie elige a sus padres, padrastros o padrinos.

Vigilante en su guardia de medianoche, el primer piloto Marabolí busca la entrada del paso del Abismo, mientras su capitán sueña durmiendo y despierto en su camarote detrás del puente de mando.

Altos murallones de los Andes con picachos que caen abruptamente. Más altos que los del Cáucaso donde amarraron a Prometeo por robarles los huevos a las águilas de los dioses. Algunas vegetaciones musgosas de turba estriando las gargantas hasta el chaflán de las más altas mareas. Luego algas agarradas con uñas de ahogados. Popas y proas encalladas. Blanco de nieve eterna espejeante arriba con filos de muerte y hondo abismo abajo.

«Mi conciencia no es menos negra que este paso del Abismo», decía para sí el piloto.

Los cantiles oscuros los llevaba encerrados como un puño dentro de su empedernida soltería de solterón desconfiado; la obra muerta y la obra viva de nuestros barcos en el paso del Abismo, con su frente blanca y despejada, su calvicie brillando a la luna.

«Un piloto jamás debe traicionarse a sí mismo y menos a su capitán, ausente o dormido». Seguro que un día le contaría todo lo que sabía y lo que le intrigaba y perturbaba su conciencia.

Carlos Calouret, practicante de a bordo del carbonero de la compañía Lota-Schwager de Coronel, de dos mil y tantas toneladas de registro, había caído por la escotilla de la bodega dos, quebrándose tres costillas. Lo encontraron en el fondo del abismo carbonero, sin lastre ni carbón, y con la cabeza trizada en el parietal izquierdo. Luna llena arriba, enrojecida de vergüenza por el desvergonzado Calouret. Hubo cambio de tiempo.

Entre todos lo arroparon aquella vez con la loneta carbonera del tapacarga, que sirvió en otro tiempo de velamen de alguna goleta bananera. Más parecía un bauprés con el foque y pitifoque arrizados, o un mal santo arropado, exclamó un marinero al divisar

al practicante en el fondo a medio levantar por los auxiliadores. Otro más atrevido dijo: «¿Lo sepultarán con todos los honores del mar?». «Parece que nos sonríe». «Cómo va a sonreír si es sangre la que le brota, ¿que se le ha corrido la ampolleta?». «¡No, es la ampolleta roja de las luces de posición que se quedó encendida en la caída, colgando y bamboleando de babor a estribor!».

Marabolí no se pudo contener dirigiendo el movimiento de la roldana de la pluma con la mano en alto desde el borde del escotillón:

—Ya les he dicho que a bordo más vale una patada el traste que una mala palabra…

Y el capitán Melías Quilán acota:

—Donde manda capitán no manda marinero —y ordena—: ¡Cambio de rumbo a cabo Quilán!

En su caserón había quedado el herido, a cargo de mujer Sofía y uno de sus hijos mayores, que practicaba la yerbatería tradicional guiado por el experto Cachipilco, que para la mayoría de los lugareños no era más que un tiuque transformado en brujo sabio, capaz de quitar o poner males en cabo Quilán.

Durante largos meses Sofía y el brujo sabio arropaban y desarropaban los vendajes del maltratado practicante que, con sonrisas y agradecimientos, escondía su turbada humillación. Recuperado, cambió de rumbo porque no tenía hogar ni goleta que lo esperase; quedaron atrás sus ancestros de piratería francesa, cómo lo habían lanzado, y las bromas por su caída en el abismo del carbonero. Nada lo ligaba a cabo Quilán.

Melías Quilán recibió con alegría la llegada de su último vástago, contento porque Sofía se apoyaba en su capitán, lo mismo que cuando se agarra una tela de buque en temporal, para alcanzar el fruto deseado. Este hijo, celebrado decreto presidencial, tenía que llevar el ilustre nombre de Carlos, como correspondía. Y Chiloé volvió a ser una pequeña «copia feliz del edén» luego de las fiestas.

—¡Tenga cuidado con el paso del Abismo!

En Marabolí asomó la arremolinada sonrisa del que esconde la duda durante las travesías y travesuras de la aventura humana.

—¡Angostura Inglesa! ¡Todos a cubierta! ¡*Winches*, cabrestantes, anclas, listos para la emergencia de fondear! «Si una nave viene del norte y la otra del sur, una no debe pasar». Si las dos pasan y se

encuentran, una debe naufragar.

Las ramas de los coigües casi rozaron los estayes. En vez de navegar al sur después del paso de la Angostura, en la noche enlunada, y embolinada su cabeza, le dio por continuar al norte. Tuvieron que desandar lo navegado. No era un piloto de fiar, Marabolí. ¡Cuándo se conocerá del todo a un hombre en el mar!

Una vez más se había confundido el canal Wide con el canal Eyre. Toda esa región cordillerana entre Chile y Argentina es un solo campo de hielo. Rechinaron los dientes de Marabolí. Extendió el mapa terrestre y vio en medio del ventisquero de Hielo Sur unas negritas espirales, cerro Murallón, tres mil seiscientos metros de altura frente al canal Wide. ¿Sería otro paso del Abismo sumergido bajo los hielos eternos que en otros tiempos cubrieron en la postrera glaciación toda la Patagonia occidental y oriental? ¡Diablos!

Ni Dios ni el diablo entienden estos laberintos de las islas, canales y canalizos que quieren pasar del Pacífico al Atlántico o viceversa. En el mar, bajo los campos de hielo o en el fondo de los pasos del abismo, sus leyes no calzan con las del hombre o las de sus naturalezas sumergidas. A veces sobre cubiertas ponen a prueba sus diferendos, hacen sus cálculos, proponen acuerdos.

—¡Cabeza fría y pies calientes! —le deseó el capitán Melías al cerrar la puerta de su camarote, disponiéndose a dormir.

El sabihondo ex pilotín naval estaba equivocado. El capitán del carbonero no se dormía en el paso del Abismo. Soñaba, soñaba siempre con el encuentro con su mujer y su pequeño Carlos, y al ritmo del lento andar de su barco se le encendía la sangre de angustia cada vez que surcaba sus aguas interiores.

Cuatro de la madrugada, repiques de campana para el cambio de guardia de piloto y timonel. El capitán Melías sobre un mar de carámbanos seguía dándole palmetazos con su aleta de lobo de mar a una foca rubia que en lo alto del cielo ocultaba el lado negro de su cara en el paso; pero no vio a su primer piloto Marabolí sino al tercero, que tomaba, a plena luz del amanecer, la salida del paso del Abismo. Atrás, muy atrás, se escucharon sonoridades lejanas de hielos rielando al mar semejantes a las campanas y campaniles del grito amoroso de las bandurrias, que anuncian la primavera en los eternos pasos de los abismos de vida y muerte entre cielo, tierra y mar.

MADERA SECA

El mar empezó a picarse cuando navegábamos a la cuadra de Butachauques, la isla grande que por el lado de la cordillera de los Andes protege a un grupo de sus hermanas menores.

La goleta *Pumalín*, de unas treinta toneladas, iba bastante cargada con sacos de ostras, almejas, cholgas y choritos, que había ido recogiendo entre los buzos y viveros que abundan en los contornos de esas islas Chauques. Ningún mapa consigna con precisión el número de estas islas, pues cuando el mar está bajo aparecen como seis o siete ligadas por escolleras de piedra o bancos de arena, y en la pleamar, son como diez o doce, según sea la edad de las mareas. El océano Pacífico juega allí como un niño, cada vez que sus dedos cósmicos penetran por el canal de Chacao y el golfo de Corcovado, juntándose para componer su rompecabezas de islas.

—Si el golfo está picado, mejor que mejor, así se nos van a mojar los choros y llegarán más frescos a Puerto Montt y Santiago —dijo el patrón José Hernández y Hernández, como solía decirse él, imitando el acento español.

Había nacido en el archipiélago de Chiloé, pero anduvo un tiempo embarcado en los cúteres loberos por el estrecho de Magallanes, y de allí seguramente que se le había pegado ese acento español con que pronunciaba doblemente su apellido, pues en Chiloé el que no lleva dos, generalmente tiene el complejo de hijo ilegítimo. Pero Hernández, con el cosmopolitismo adquirido en Magallanes y una locuacidad que no es la característica de sus introvertidos paisanos, hacía mofa de esos prejuicios y por eso repetía su apellido paterno, pues por la madre era Andrade.

Salimos del golfo de Ancud por el canal que queda entre las islas Taucolón y Butachauques, y cuando nos encontrábamos a la altura

de la de Caucahué, la goleta empezó a embarcar algunas olas por la amura de babor. Los cendales de espuma se dejaban caer sobre los sacos de mariscos en bodegas y cubiertas como en un riego de aspersión. Daba gusto ver a esa goleta navegando como entre dos aguas, a todo andar, como si quisiera llegar cuanto antes a puerto con la mayor frescura de su cargamento.

La *Pumalín* era una embarcación bien construida, con cuadernajes de chaquigua y casco de ciprés, y además de sus velas, arriadas porque teníamos viento en contra, su motor a petróleo le daba un andar de ocho a diez millas por hora. Su proa, alta y afilada, cortaba como una cuchilla a las olas, zigzagueando, sin pegar esos guatazos peligrosos que dan las embarcaciones de fondo más plano. Me había embarcado en ella como simple pasajero en Mechuque, el puerto principal de las islas Chauques, en viaje a Puerto Montt y Santiago.

Anochecía cuando dejamos atrás el faro del morro Lobos, que desde una altura de setenta metros, en el extremo norte de la isla Caucahué, da con su parpadeo la última señal a las embarcaciones que entran al golfo de Ancud. Existe un dicho sureño, «norte claro, sur oscuro, aguacero seguro», pero esta vez, tanto el sur como el norte eran una sola cerrazón. Sin embargo, protegidos en la cabina del timón, el patrón Hernández y yo gozábamos con penetrar en aquel mar en medio de la noche, con una embarcación tan ágil y segura. Hay algo impresionantemente vivo y vigoroso cuando una embarcación menor con buenas máquinas enfrenta una noche de mal tiempo en el mar. Es como si el hombre bordeara un peligroso infinito con la seguridad de atravesarlo.

Tal vez fue esto lo que desató la lengua de José Hernández, un hombre mediano, enjuto, de oscuros ojos vivos, de unos cuarenta y cinco años.

—Un capitán en su barco es a veces como Dios —me dijo, y agregó—: ¿Ve usted cómo la tripulación se pasa comiendo choros asados en la cocina mientras uno se friega aquí en el timón?

—Sí —le contesté—, y yo voy a ir luego a acompañarlos en la comilona.

Eran tres los tripulantes, y un buzo les había regalado en Puerto Negro medio saco de los choros llamados *zapatos* por la dimensión de sus valvas, cuya pesca está prohibida en todo el litoral debido a

su extinción. Los cocinaban sobre una estufilla a leña, y eran deliciosos.

—Dios debe estar solo arriba y no tiene a quién pedirle un choro —murmuró entre dientes el patrón.

—No está solo —le repliqué—, para eso tiene al Espíritu Santo…

José Hernández rio con una carcajada cuyo eco parecieron devolver las rompientes olas desde la filuda proa de la *Pumalín*.

—Usted es ateo —me dijo—, o será un masón.

—Más lo es usted al compararse con Dios —le repliqué.

—Pues mire, sí, fui como Dios, una noche en que en un pequeño cúter lobero nos pilló un temporal a la altura del cabo Tamar con rumbo a Punta Arenas. La gente estaba agotada con la última cacería de *popis*; usted sabe, que así llaman por allá a los lobitos nuevos de un pelo. Pues mire, dormían como lirones y yo solo arriba en el timón haciéndole frente al temporal. Por suerte las escotillas estaban cerradas a machote, pero el cúter embarcaba olas tan enormes que a cada rato temía que se fuera por ojo. En una de esas estuvimos los dos, el barco y yo, como tiritando debajo del agua, y aquellos huemules durmiendo como en el mejor de los mundos, porque ni uno solo se asomó a cubierta. Pensé dejar el timón, abrir una escotilla y agarrarlos a elevadas por el entrepuente; pero me puse a pensar ¿y para qué? La chalana ya había cortado sus amarras y se la habían llevado las olas. Por último, daba lo mismo, con chalana o sin chalana, no había escapatoria posible en un temporal desatado en el cabo Tamar. ¿Y sabe?, empecé a reírme solo para mis adentros. Lo que pasaba en verdad es que yo tenía más miedo que ellos y quería que alguno subiera a cubierta y se acercara al timón aunque no fuera nada más que para acompañarme. He pasado varias veces sobre el lomo negro de la cobardía. Esa noche estuve bailando igual que el cúter sobre varias de esas olas negras, pero logré remontarlas; por fin, me dije, que estos huemules pasen de un viaje durmiendo para el otro mundo… ¿Qué sacaba con despertarlos? Igual íbamos a parar todos al más allá, y seguí luchando hasta que pasó el temporal. Solo entonces fui a despertarlos, para que alguno de ellos me reemplazara en el timón; pero en los días siguientes los miré como si los hubiera parido, con cierto desprecio, pero también con algo de cariño. Así son los hombres, no se les puede pedir más.

El patrón de la *Pumalín* me miró de reojo al término de su relato; pero no porque pensara que hubiera dudado de la verdad de sus palabras, sino porque adivinó mis deseos:

—Vaya no más, usted está que se muere de ganas de comer choros —me dijo paternalmente, y agregó—: Dígale al Chúe que se venga al timón para que yo lo acompañe en la merienda.

El Chúe, un marinero joven y bien plantado, fue a reemplazar a su patrón, que se incorporó al banquete de moluscos asados sobre la plancha de la cocinilla.

—En navegación y con mal tiempo les tengo prohibido tomar, pero vamos a hacerlo por usted —dijo, sacando de una alacena con llave una garrafa de vino blanco.

—Ya pues, Cuncunita, cántate una cueca —ordenó a un marinero, después de comer choros y tomar algunos tragos.

El aludido miró al patrón como retacándose a sus deseos.

—Brama no más, para que este pasajero sepa cómo lo pasamos por estos lados.

—¿Por qué le dicen Cuncunita?

—Porque en Chonchi está la cantina del viejo Cuncuna, que toca el acordeón, que por aquí llamamos cuncuna, y como este le ha aprendido sus canciones y toca y canta más mal que el viejo, le pusimos Cuncunita.

El aludido tomó una guitarra rústica, hecha de una sola tabla de alerce, con cuerdas de alambre corriente, y empezó a rasguearla, mientras su compañero tamborileaba en un cajón parafinero donde estaba sentado. Al son de la ínfima orquesta y del rumor de las olas escurriéndose por la regala se levantó su voz:

Las cacahuanas dicen
la Pascua viene
para vender chupones
y conquehuenes

Y conquehuenes, mi alma,
una me dijo
yo con vos quisiera
tener un hijo

Hijo e Cuncuna mi alma,
como la luna,

que sea compositor
hijo e Cuncuna

Hijo e Cuncuna mi alma
si ay, ay, ay,
te agarré la mata e luche
y tú el ragüay.

Todos reímos por el doble sentido de los últimos versos: el luche es un alga comestible, suave y tierna, que brota como un oscuro pubis entre las grietas rocosas, y el ragüay, la raíz de la nalca, el enhiesto tallo que se levanta desde las areniscas terciarias del subsuelo isleño con una hoja tan grande como un paraguas.

La *Pumalín* navegaba con todas las fuerzas de sus máquinas emproando el viento norte y las olas, que aumentaban en intensidad. Pasada la medianoche, ya estábamos en mitad del golfo de Ancud. Un aguacero se dejó caer desde el cielo renegrido y retumbó en los cubichetes y en la cubierta como un baldeo desflocado por la ventolera. La espuma del oleaje era lo único que producía cierta claridad confusa, esparciéndose por la cubierta, entre mar y cielo, cada vez más negro, y encerrándonos como dentro de una sonora campana de agua, que alguien batiera desde las profundidades y las alturas.

De pronto el marinero Cárcamo vio un resplandor en la cruceta de uno de los mástiles.

—Por Diosito, son las luces de San Telmo… —exclamó Ulloa, el marinero más viejo.

—¡Son cauquiles, hombre, no joda! —profirió el patrón Hernández, refiriéndose a las noctilucas llevadas a las cofas por alguna ráfaga errante.

—¿Sabe usted —me dijo el patrón— que las luces de San Telmo son las que se encienden en las cofas cuando los barcos van a naufragar? Es el anuncio del santo para prepararse a morir; pero yo no creo en patrañas, lo mismo que dicen que los brujos chilotes atraviesan de una isla a otra volando por sobre las aguas con un farol verde. Para mí, que son los patos liles y cuervos que llevan esos mismos cauquiles entre sus patas.

El patrón se levantó y volvió a tomar personalmente las cabillas del timón. A su lado quedamos con el Chúe; los otros dos marineros

seguían por la claraboya de la cocina atisbando el temporal. Este siguió en aumento, a tal punto que al rato ya no hablábamos.

—Que refuercen las amarras del bote y se pongan los salvavidas y aseguren los faroles de posición —fue lo último que ordenó el patrón, cuando una extraña sombra surgió por la amura de babor de la *Pumalín*.

Las cabillas del timón giraron vertiginosamente de una a otra mano del patrón y la goleta viró en redondo hacia estribor, para no chocar con la sorpresiva sombra, que se debatía a la ronza entre las olas.

Yo no creo en el *Caleuche*, el buque fantasma; pero la extraña embarcación cenicienta en medio del temporal nocturno me pareció algo así como la súbita aparición del proteico barco de la mitología isleña, aunque más bien era un armatoste contrahecho, mezcla de chata pontonera y lancha chilota.

Con la virada por avante, la *Pumalín* comenzó a dar peligrosos tumbos de babor a estribor; pero luego, el patrón Hernández, con su pericia, fue enderezándola de soslayo para enfrentar de nuevo las olas.

—Me pareció escuchar la voz de alguien —dijo Ulloa, el viejo marinero que hacía de motorista, entrando a la cabina del timón.

—A mí también me pareció el grito de alguien —dijo el Chúe.

—¿Qué hacemos? —preguntó el patrón.

—Yo creo que debemos volver… A lo mejor está abandonado, al garete, y no es mala la embarcación si se aguanta así sola.

—Es peligroso darle el trasero al temporal… —replicó Hernández; pero al mismo tiempo empezó a maniobrar cautelosamente acercándose a esa especie de escombro náufrago. La *Pumalín* dio barquinazos tan violentos que tuvimos que agarrarnos a los pasamanos de la cabina para no caer. El patrón se aferraba a la rueda de su timón con la cabeza gacha, como un petrel de las tempestades. Un bandazo de agua pasó por sobre el techo de la cabina y por un instante creí que nos dábamos vuelta de campana.

El miedo en el mar no es el mismo que en tierra. Cuando esta tiembla en un terremoto y las casas de una ciudad se desploman, sus escombros quedan como en un naufragio estático; el susto, instantáneo y animal, pasa rápido; pero en el mar, el hombre lucha y tiembla aunque no lo quiera «de quilla a perilla» y su miedo se

extiende hasta más allá de las luces de San Telmo. Por algo el ahogado percibe antes de morir, como en un relámpago, la extraña simultaneidad de la vida. Posiblemente es la única vez en que logra la conciencia de su infinito. No sé por qué se me dio en pensar en esto, mientras nos debatíamos en las ronzadas del viraje, y al mismo tiempo en nuestro cargamento de almejas, de ostras, cholgas y choritos… Los vi a todos abriendo de nuevo sus valvas, jubilosos en el fondo del mar, del cual el hombre los había arrancado. ¿Pagaríamos el precio natural de la reintegración a los caparazones de las jaibas, que son las primeras en devorarse los cadáveres?

Mas el ciprés de las Guaitecas, del que estaba construida la *Pumalín*, resiste también todas las eventualidades. Soportó la desventaja en que lo había puesto la maniobra del patrón Hernández, y, por fin, emproamos de nuevo a la sombra cenicienta.

—¡Si es la *María Angélica*! —gritó el motorista, alumbrando súbitamente con el resplandor de su linterna un grueso casco plomizo que se debatía como balsa suelta entre el oleaje. De pronto, desde la cabina de su timón surgió otra sombra de ceniza más densa, y se oyó una voz, ronca, casi marchita, que nos gritó:

—¡Remólquenme…!

—Imposible, no podemos remolcar… —contestó nuestro patrón.

Estas palabras fueron repetidas una y otra vez de cubierta a cubierta, mezcladas a algunas interjecciones como si vinieran del temporal; pero al fin el patrón Hernández ordenó lanzar un nivelai hacia la embarcación al garete. La sombra cenicienta lo recibió por un costado y corrió a amarrarlo en un cáncamo de proa. Luego recogió la espía gruesa para el remolque. Todo esto lo hizo el hombre solo, nadie más apareció en cubierta.

Nuestro andar, disminuido por el remolque, empeoró la situación. La *Pumalín* se encontraba tironeando entre dos fuerzas, la del viento y las olas por la proa y la de los tirones de la espía del remolque por la popa.

—¡Nunca sabrá uno lo que se va encontrar en su camino! —me dijo el patrón Hernández cuando entré a refugiarme en la cabina, y agregó—: ¿Qué le habrá pasado a ese huemul que se quedó solo a bordo?

Seguimos luchando toda la noche contra el temporal y con nuestro fantasma a cuestas, más bien emproando las olas para

mantener las dos embarcaciones a flote que para avanzar. Cuando empezó a amanecer, fue amainando el mal tiempo en la misma forma caprichosa con que los temporales chilotes se dejan caer. Al alba, ya estábamos a la cuadra de la isla Huar; luego empezó a despejarse el cielo con el viento ya en alto, y la cumbre cónica del volcán Osorno emergió rutilante con la última nieve dejada por el temporal. Cuando pasamos entre la isla Tenglo y el continente, el mar estaba en calma en la bahía de Angelmó, y nos recibió con una luz inocente, como la mirada de un niño en su superficie glauca, después de arrancarle los ojos a su gato de juguete.

La *María Angélica* echó su ancla a la siga de nuestras aguas en la poza de Angelmó. Entonces apareció en la proa un hombre alto y canoso, como si el volcán le hubiera tirado un poco de nieve de su cumbre. Con las dos manos, apretadas en alto, nos hizo un saludo de gratitud.

Un rato más tarde, el patrón Hernández mandó a buscarlo en su bote. Lo primero que le sirvieron a bordo fue un jarro de café con aguardiente. Todos estábamos empapados; pero él mucho menos que nosotros. Era un hombre de unos sesenta años, callado, sereno, con una sonrisa entre desconfiada e irónica.

—Voy a tener que entregarlo a la capitanía de puerto —le dijo el patrón Hernández.

—Sí, lo sé; allí arreglaremos lo del remolque.

—Y dígame, ¿qué le pasó?

—Se me cortaron los guarnes y perdí el timón.

—¿Y la tripulación?

—Se embarcó en el bote salvavidas.

—¿Y usted?

—Yo… ¿qué?

—¡No querría hundirse con su barco, como en las noveluchas!

—No, cómo se le ocurre… —dijo riendo, con una risa soterrada; pero volviendo luego a su enigmática sonrisa agregó—: Querían salvarse los ñatos porque vieron la cosa mala.

—¡Carajetes, y abandonarlo así en la embarcación!

—No; no me abandonaron… Cuando los vi tan miedosos, les dije que tomaran el bote no más y se fueran sin mí, sin cuidado. Me quedé a bordo. Fue mi decisión.

—¿Qué carga es la que lleva?

—Madera seca.

—¡Ah!… Madera seca; claro está, la madera buena y seca no se hunde jamás. ¿De dónde venían?

—De Quemchi.

—¿La tripulación también era de allí?

—¡Qué iban a ser de Quemchi… Allá no cunden los huemules!…

Y rio, una vez más, con su extraña carcajada soterrada. Al día siguiente, otra lancha marisquera que venía del sur encontró los cadáveres de los dos tripulantes de la *María Angélica* en las playas de la isla Lagartija, que se extiende como una tornasolada serpiente en los bordes del golfo de Ancud. Del bote no se tuvieron noticias, porque una embarcación abandonada por su tripulación en mar abierto es del primero que la encuentra.

MAR DE TRAVESÍAS

Antes de zarpar en su goleta *Orfelinda*, el capitán Aníbal Pescetto trazó el rumbo entre las islas de Calbuco, Ipún y Guamblin, aunque en el trayecto tocara otros lugares donde pasaba a dejar mercadería surtida y recoger algunos cueros de lobo y gatos de mar que los apartados pobladores de los fiordos cordilleranos y las islas de más afuera siempre le tenían.

El capitán Pescetto era un hombre servicial, y así como en el estero de Compu le gustaba escuchar de labios de Rosa Coleman la canción veliche sobre «la buena pesca», las gentes socorridas por él en más de un temporal, si hubieran podido emular a los antiguos poetas autóctonos, le habrían entonado «la canción del buen hombre del mar».

Su goleta la había aparejado a la usanza de los antiguos veleros y sus dos velachos relingados sobre los picos del palo mayor y el de mesana la hacían más alterosa que su porte de cincuenta toneladas de registro y su andar de siete millas con su máquina auxiliar, que alcanzaba a doce con los buenos vientos de travesía que soplan desde los cuadrantes del oeste sobre los golfos de Ancud y Corcovado.

En aquel tiempo, la isla de Calbuco todavía no estaba unida al continente por la escollera artificial sobre la que pasa la carretera pavimentada que prolongó nuestro valle central más allá de su hundimiento en el mar. El dique de piedra se hizo en el lugar del balsadero antiguo, y dejó en su lago interior el casco de un ballenero herrumbroso, que aún levanta su proa como el cuello de un cormorán encadenado.

En cambio, la *Orfelinda* entraba y salía en ocasiones a velas desplegadas, dejándolas caer con la última viada hasta su

fondeadero, como un suspiro de alivio. Su obra viva estaba pintada de un color verde botella, el mismo que adquiere la corriente de Humboldt hasta ciento cincuenta millas mar afuera, con el riquísimo plancton que sus ramajes entresacan de los mares interiores de Chiloé, Guaitecas y Chonos, y su obra muerta competía en espejeante blancura con la espuma que su arrufada proa acuchillaba entre las olas.

Sus prolongadas singladuras duraban meses, y la gente de mar y playa lo embromaban diciéndole que solo venía a Calbuco a hacerle un chico a su mujer, Orfelinda Vásquez, y luego zarpaba hasta venir a encontrar un nuevo vástago.

Tal como el Dante, replicaba a los maliciosos que para él había una Orfelinda en el mar y otra en la tierra, porque el planeta no es más que eso: tierra y mar.

Su vida, conocida por todo el pueblo, él mismo se había encargado de contarla para que otros no la escarbaran. De origen italiano, había nacido en Ancona, un puerto del Adriático; pero sus padres se trasladaron a Porto Fino cuando él tenía poco más de un año. Puerto Delfinius, acostumbraba llamarlo, refiriéndose al remoto nombre de este lugar frecuentado por los primeros navegantes, mercaderes fenicios y, como siempre, detrás de ellos la primera piratería del mar Mediterráneo.

El niño Pescetto se crio leyendo legendarios relatos de la profesión más antigua de los mares, la del pirata, que, según su etimología, quiere decir simplemente «ladrón de mar», hombre que se aventura para sus rapiñas y fechorías afrontando todos los peligros. Tiene mayor nobleza que el de tierra adentro: debe ser un buen navegante, con arrojo y coraje para lanzarse sobre sus presas.

Famoso pirata de la Grecia antigua, Polícrates, tirano de Samos, llegó a poseer una flota de cien naves guerreras que le aseguraban el dominio del mar Egeo. Las embarcaciones eran muy ligeras y de poco calado, lo que les permitía meterse en aguas difíciles entre laberintos isleños donde era muy problemático seguirlas. La navegación se hacía generalmente bordeando las costas y ningún marino se aventuraba mar adentro, y menos a navegar durante la noche. Al ponerse el sol se echaba el ancla y se levaba con la primera luz del alba.

Estos eran los relatos que Pescetto escuchaba en su infancia, y,

ahora, cuando su mente estaba ya a bordo de la *Orfelinda* en la víspera del zarpe, se decía: «En las noches te sueño y empiezo a vivirte en el alba».

Hombre de metro noventa de estatura, medio rubio, macizo, con unos ojos cuyos reflejos iban de tierra a pasto. Tres veces se arrancó de la casa paterna de Italia a la muerte de su madre; luego se quedó con sus hermanas menores y con la segunda mujer de su padre. A los trece años viajó de pavo en un transatlántico con destino a América. Descubierto, le dieron trabajo cuando ya había pasado Gibraltar y echando su última mirada a las Columnas de Hércules con esa marejada que viene del Finisterre, le dio las espaldas a la vieja Europa.

Pero luego de deslumbrarse con la entrada al río de la Plata, tuvo su primer eslabón negro, ya que el cónsul italiano en Montevideo subió a bordo trayendo el mensaje de su padre, don Marcio Pescetto, para que le retornasen a su hijo en el mismo barco. Esta odisea la sufrió dos veces. Mas a los dieciséis ya no le pudieron hacer esta jugada y se las arregló simplemente en un viejo carguero español, el *Gastelu*, que lo llevó sin novedad a Punta Arenas, Magallanes.

Allí encontró trabajo en el Overseas Club, el bar de míster Nicolson, quien lo acomodó en un cuarto pequeño detrás de la bodega contigua al negocio que, como un barco encallado, tenía su punta de diamante dirigida hacia el muelle Loreto, y su popa cercana a la pescadería. Este ámbito lo dominaba Pavlov, un viejo ruso de Vladivostok, chato, anchas espaldas y grandes bigotes zarinos.

Aquí hace su segunda escuela Aníbal Pescetto, y no hay padre ni cónsul que lo vuelvan a la de Porto Fino.

A pesar de que el trato que le daba el viejo Nicolson no era malo, al joven Pescetto lo corroía la *broma* marinera por dentro, y en cuanto pudo se enroló en una cuadrilla de cazadores de baguales, esos vacunos salvajes que abundan en el seno del Almirantazgo.

Luego, en la sonada expedición al oro de la isla Lennox, al sur del Beagle. Fue una catástrofe todo ello: allí empieza a conocer cómo la vida humana puede retrogradar a la animalidad más desenfrenada. Setenta hombres fueron contratados para las faenas

auríferas, y entre ellos un cocinero con su mujer, que era su ayudante de cocina. Los tres empresarios, poco advertidos, por decir lo menos, tuvieron que enfrentar un verdadero motín cuando se desataron los instintos más bestiales contra una pobre foca que había parido entre los robles costeros de la isla. Fue Queco, el jefe de la expedición, el que logró entenderse con estos forajidos, repartir el oro lavado por la maquinaria china, y ordenar el desbande cada uno por su cuenta a través de los cúteres loberos y nutrieros que por allí se aventuraban.

«En estos parajes uno llega a ser pulga de cualquier perro», le había dicho Zlatko, el yugoslavo, uno de los mejores hombres de la cuadrilla suya, una especie de ángel de hierro descolgado entre ese hacinamiento bestial. Con él y otros más partieron a otras islas, tal cual lo hacían los yámanas cuando una peste asolaba su tribu: quemaban los cadáveres y sus pertenencias y en sus ligeras canoas abordaban otras islas.

Cansado de estas andanzas regresó a Calbuco y se hizo de la goleta *Orfelinda* y de un indio alacalufe llamado Santiago Pedro de Valdivia, que trabajaba en una mina de cal de conchas de los canales. Lo incorporó a su goleta con el mismo nombre, respetándole su dios Ayayema, después que lo vio zambullirse una y otra vez en el codaste de otra goleta, para encajarle una hélice hecha de madera de roble, con hacha, azuela y formón, hecha por un propio de la isla, para reemplazar a la de hierro que se había triturado al dar marcha atrás para desenredarse de un banco de sargazos y encallar de popa entre filudos bordo arrecifes sumergidos.

—A bordo de la *Orfelinda* no cunden los chambones —repetía el capitán Pescetto, ya que a sus tripulantes los había formado a su imagen y semejanza. Por lo demás, tenía su propio título de capitán de goleta después que capitanes de alta mar lo habían visto correr temporales a velas desplegadas o medio velamen o a palo seco, mientras ellos permanecían encaletados. Se habían asesorado muchas veces de sus informaciones sobre caletas y fondeaderos desconocidos, con que él enriquecía un viejo derrotero rescatado de un naufragio, en que había dibujado perfiles de peñones de cabos peligrosos, islas, roqueríos y entradas y salidas por canales transversales en el enjambre que constituyen los archipiélagos de

los Chonos y las Guaitecas.

Santiago Pedro de Valdivia era su guachimán, cuidador que jamás abandonaba la goleta, ya estuviera fondeada o varada en la playa sur de Calbuco, con esa costumbre ancestral de una de las etnias heroicas del planeta, ya que los alacalufes, hasta hoy, son los únicos que han logrado sobrevivir, a pesar del exterminio blanco, en el fondo de sus canoas y en sus frágiles chozas levantadas entre riscos inhóspitos y los pasos abismantes de la cordillera de los Andes, destrozada en el océano Pacífico, el de más altas olas. También formaba parte de la tripulación Américo Pescetto, hijo de dieciséis años, con una educación media sin terminar aún.

A la cuadra de Tabón, curiosamente salió de entre las garras del mar una manada de cahueles, los más grandes delfines del sur, y como en un ceremonial, con sus grandes cascos con penachos de bomberos, emergían y se sumergían en parejas acompasadas, en una especie de rito nupcial, acompañando por los costados a la *Orfelinda*, que corría entre velos espumantes. Luego, cuando los últimos rayos de sol permitían ver todavía el relumbrón de los espadones de sus inmensas aletas, emprendieron carreras de proa a popa, por debajo de la escorada quilla, tendiéndose como ella, saltando entre sus espumas en parejas de blanco y negro, panza nacarada contra lomo azulenco, y velocidades muy superiores a la goleta. Al caer la noche, la manada tomó otro rumbo que el de la travesía hacia Ayacara; pero dos o tres parejas continuaron sus evoluciones en torno a la goleta, y se vio cómo uno de ellos, al salir a la superficie con un rayo verde azul fosforescente entre sus mandíbulas, engullía una enorme sierra a la manera de los tiburones, dando grandes y sonoros coletazos sobre el potrero nutricio del mar.

Santiago Pedro de Valdivia y Américo corrieron presurosos desde el puente de mando hasta la escorada aleta de babor, y al borde de la regala uno de los hombres gritó:

—¡Cachalote, cachalote!

Horacio Sánchez subió hasta el cubichete de su máquina. El viejo, que así llamaban a Pescetto, se estiró por el puente de mando como un tangón hacia el mar. Enrique Gamín estaba en el timón; ninguno de ellos pudo ver al cetáceo de grandes colmillos, confundido tal vez por la imaginación de Américo con uno de los

grandes cahueles, que seguían engullendo sierras a la manera de los tiburones, que tienen que darse vuelta para coger la presa.

¡Ayayema! suspiró el alacalufe, que creía ver a su submarino dios, que a veces corría bajo las quillas de sus canoas para dárselas vuelta sin compasión.

Sin embargo, el Ayayema del capitán Pescetto estaba en su conocimiento del «centro vélico», como llamaba él al punto donde convergen las fuerzas del viento en el velamen, y su desplazamiento en las escoradas, en relación con el centro de gravedad que debía mantener la quilla en la navegación de un largo. Umbral peligroso que todo capitán de velero debe saber medir y controlar como los propios latidos de su corazón y los de su afiebrada mente cuando alguna malura de cuerpo le sobreviene a causa de cualquier traspié en el zarpe.

El capitán Pescetto confiaba en su *Orfelinda de tierra* y en su *Orfelinda de mar*, como solía decir. Su quilla y su calado le permitían sortear los bancos entre canales, las revesas mar y los encuentros de corrientes que desnivelan la superficie de las aguas más calmas, cuando se vacían y penetran cuatro veces al día desde la inmensidad del Pacífico hacia los mares interiores de los archipiélagos. Estos van desde el canal de Chacao hasta el golfo de Penas, travesía que surcaban el capitán y su gente buceando tras choros zapatos, cholgas y otros víveres para los poblados apartados, y trayendo sus productos como el ciprés o las tejuelas de alerce, tan estimadas para las construcciones sureñas.

No obstante sus conocimientos, de ordinario consultaba a Santiago Pedro de Valdivia, preferentemente si entraba por los intrincados canales que llevaban a Ipún y Guamblin o bien, cuando había mar gruesa en las bocas de Guafo, tomaba la ruta oceánica para acortar la singladura. Por supuesto que el analfabeto alacalufe solo hacía muescas en los palos para orientar sus regresos; pero por la observación de un alga a la deriva, cual mano de ahogado empuñando la cabilla de un timón invisible, sabía sin saber su nombre que la corriente de Humboldt avanzaba permanentemente día y noche hacia el norte, desprendiendo sus ramajes en forma de un velamen que entraba y salía hasta los ventisqueros andinos con toda irreverencia.

Solo el capitán Pescetto y sus hombres se atrevían a levantar sus

chozas de lona embreada en alguna de las caletas que, a buen reparo, los dejaba frente a Ipún, más baja, plana, y tan fértil en legumbres silvestres que incluso se podían encontrar las tiernas papas ñanco en los nobles terrenos de la isla.

Ya viejo, Pescetto gustaba de este fondeadero porque tenía a la vista sus jardines imantados de placeres auríferos, ya sobre la llanura sonriente del océano, o en las oquedades sumergidas.

Para abrir la llave de los relatos de su fantasía bastaba con mencionar su isla de oro, porque allí, entre cantiles y veriles, logró amasar su fortuna en pepas y polvo de oro que a veces dejaban las marejadas correntosas del océano, que entran y salen cuatro veces al día entre la rocallosa de los naufragios y el aplacerado jardín aurífero.

Pocos fueron los que conocieron y guardaron el secreto de esa naturaleza que trabajó durante millones de años, como una esclava industriosa, para mantener la ambición de algunos hasta su agotamiento, aunque muchas veces costara el sacrificio de muchas vidas. Era el milagro enigmático de los dedos del tiempo, para decantar, separar el áureo y pesado polvillo y amasar esas pepas, pequeñas, medianas o grandes que el capitán Pescetto recordaba en su pasado lejano.

Tres días con sus noches duraron las convergencias de los vientos sobre los arriscados lomos de la isla, con esa intensidad con que las travesías de sur a norte y a la inversa recorren los cuadrantes del oeste. No se sabe por qué allí descargan sus furias con más fuerza, pero al cuarto cesaron sus forcejeos, y sobre la calma anhelada apareció la escafandra de oro del sol que hacía cabrillear con sus tentáculos la planicie plateada entre la isla de oro y Guamblin.

—¿Sintió el cañonazo, capitán? —despertó asustado Horacio Sánchez.

—Es el mar… que habrá encajonado una de sus tres olas en la cueva del Pirata de la punta noroeste de Guamblin —replicó Pescetto, mientras buscaba su tabaquera para cargar su pipa, levantando una punta de la lona hacia la noche enlunada.

Con la llegada luminosa del día se dejó sentir la artillería pesada de algunas olas bobas que revientan contra las grietas de la cueva en sus galerías submarinas, que los buzos conocen palmo a palmo.

—Vamos a trabajar en la otra isla —ordenó el capitán luego que desayunaron con mate y trozos de carne de foca asada sobre las brasas. La mar invitaba al trabajo para cargar la goleta. Había calma, solo un quejoso suspiro lamía sus orillas abruptas. El temporal había dejado en una plataforma inclinada envolturas de cochayuyo, sargazos y huiros desprendidos de sus raíces por la fuerza del oleaje.

La pesca sería significativa y se disponían al trabajo. Una lengua de verde espuma avanzó con más ímpetu que otras, y el fantasma de algas se revolcó sobre la aplacerada roca. En ese instante los hombres descubrieron entre los huiros el cuerpo de una mujer. Sorprendidos por el hallazgo, retrocedieron temerosos.

Pescetto, mirando donde indicaban los hombres, trató de acercarse, pero surgió una de las grandes olas silenciosas que cubren toda la plataforma y envolvió a la amortajada, empapando al capitán y a sus buzos. Volvieron al campamento para cambiarse sus ropas y seguir con su faena en lugar más propicio. El capitán insistió que ya la mar había vuelto a la calma y que volvería al lugar donde estaba la náufraga. La discusión no pasó más adelante, y después de un pesado silencio se embarcaron todos en la chalupa ballenera cuando ya el capitán se había instalado, blanco su traje de buzo, zapatos de plomo gruesos, el chinguillo y la gran cabeza de bronce con sus ventanillas cuadradas entre rejillas protectoras.

—¡Déjeme bajar a mí! —se adelantó Manuel Aguilar.

—No vaya usted, que anda con el pulso saltón, y está advertido por el médico de Puerto Montt.

—¡Déjenme hacer mi gusto! Y ya les dije que después de este viaje ustedes se quedan con la Orfelinda y yo paso a ser solo un socio más.

Todos se miraron inquietos y extrañados.

—¿Cuál es su respuesta? —le preguntaron al unísono los tripulantes al joven Pescetto, todavía un tanto perplejo.

—Que no debe bajar.

Del mismo modo lo manifestó Santiago Pedro de Valdivia con sus parpadeos de pequeño faro encallado.

Partieron silenciosos; en la chalupa se destacaba la gran rueda del volante de la máquina compresora que debía alimentar de aire puro la escafandra. Unas temblorosas florecillas azules se habían

atrevido a salir al sol después de los temporales. Los zorzales también se hacían presentes con sus cortas carreras y el oído puesto hacia los turbales donde escuchan el rumor de los gusanos y caracoles que sacan sus cachitos al sol.

—¡Déjeme bajar a mí! —gritó Aguilar con fuerza tratando de doblegar al capitán.

Por la escalerilla de hierro enganchada a la regala de la ballenera bajó un pequeño sol de bronce opaco y verdoso por las sumergidas de los años. Manuel tomó entre el pulgar y el índice la cuerda del telégrafo acodándose en el verduguete de la regala. Rubén accionaba el volante de la máquina del aire. Pedro de Valdivia, con la bayona a popa, singlaba manteniendo la chalupa al pairo y en rumbo contra las olas y la corriente. Américo había dejado caer su propio chinguillo hecho de zuncho de barril viejo y una malla acomodada para las grandes jaibas y cangrejos. El mar estaba en esa completa calma que en ocasiones adquiere el Pacífico en honor a su nombre; pero siempre como si una grandiosa ola mansa anduviera ondulando la sabana infinita en busca de un reventón para su salida.

El muchacho vio a su padre cual una rana blanca de gran cabeza que descendía en lenta danza fantasmal entre collares de perlas que en la superficie florecían en diminutas burbujas. A veces ayudaba a Aguilar con la soga del telégrafo, esperando los tironeos con que su padre jugaba con ese hilo de luz y sombra desde las profundidades del mar.

Si durante el latido de un corazón la velocidad de la luz, que es de trescientos mil kilómetros por segundo, puede recorrer siete veces el redondel de la tierra, cada nudo que marca las brazas con que se va hundiendo en el océano el buzo y cada burbuja de aire envenenado por su propia respiración, pueden medir en el cerebro humano encarcelado en ese bronce la distancia efímera del nacimiento, la vida y la muerte, las tres islas del hombre. Eso fue lo que le sucedió al capitán Pescetto, al ver mientras descendía la sombra de su ballenera en medio de las pantallas enrejadas, mientras en el ondular tranquilo de las olas en la profundidad, se acercaba flotando la mortaja de algas que envolvían el cadáver de la mujer entrevista al alba sobre la meseta aplacerada.

Centenares, millares de veces había sondeado, como todo buzo

humano, bajando y subiendo por las burbujas envenenadas y relavadas cotidianamente por los flujos circulatorios de los bajos fondos marinos y las altas cumbres de su conciencia. En ese límite umbilical que une la vida a la muerte estaba el cordel de señales que sostenían Aguilar con su hijo, encumbrados sobre la regala de la ballenera.

Manuel sostenía la cuerda de señales, con los nudos de las brazas que medían las andanzas del buzo en las profundidades rocosas. Pescetto ya había bajado su chinguillo con varias pancoras mayores y cochodomas, —como llaman a las jaibas de gran tamaño —, con sus patas trenzadas a las mallas de la red y sus quijadas devorando cabezas podridas de róbalos, carnadas buenas para la pesca. Aguilar seguía dando el aire y Santiago Pedro timoneaba con la bayona. Los rostros de todos eran cambiantes como los del mar, y en instantes se miraban cara a cara, de acuerdo con la ley de los buzos: «Primero el de abajo», aunque sean más los que estén arriba, porque no tiene otra alternativa que la de sus propios pasos en las profundidades.

Una extraña visión revitalizó la desgarrada memoria del capitán de las islas. Entre algas y caparazones de locos, lapas y picorocos divisó una de esas grandes cochodomas mitológicas que, según la gente de las islas de Chiloé, a veces llevan un niño adentro. Sus bordes relucían. El hombre se incorporó como un fantasma dormido y avanzó con sus pesados zapatones de plomo hacia la gran jaiba de oro. No era un cangrejo de oro fugitivo, ya que al apartar las ramazones de algas para no enredar el cordón umbilical que lo ataba a la quilla de la vida, un rayo de sol, en el entrevero geométrico de colorido múltiple, dejó al descubierto el bronce de una de esas campanas que llevan los buques para advertir con sus sones los cambios de guardia.

Al capitán le costó trabajo desencajarla de la grieta que la aprisionaba, y sin soltarla sintió el primer vahído, que le empañó la visión maravillosa del sol danzante entre las algas. Alcanzó a ponerla en su chinguillo, mientras una ola le espantaba los reflejos nacarados del cuerpo de la mujer envuelta en huiros por la mañana. Tironeó con desesperación la cuerda de señales, y apretando sus últimos nudos logró pasar una boza por el ruedo roto de la campana, porque a esta en sus rodadas se le había desprendido la

parte en que llevaba grabado el nombre de su barco.

Cuando lo rescataron por la escalerilla de la regala, como un remolque abarloado, el capitán de las islas imantadas continuaba abrazado a su campana rota. Tendido en el empalletado de la chalupa, le quitaron la gran cabeza de bronce; y luego los tripulantes y su hijo lo transbordaron cuidadosamente a su litera de la *Orfelinda*. Sus ojos parecían los de una foca asustada, sus mejillas violáceas y mofletudas. Pero su corazón seguía dando sus constantes siete vueltas alrededor del planeta.

La goleta levó anclas apresuradamente y por las bocas de Guafo entró al golfo Corcovado para seguir a Calbuco.

Orfelinda Vásquez recibió de los brazos del mar al que depositaría en el regazo de la tierra chilota, donde dormiría sin soñar, para siempre.

Cazadores de focas

Punta Sobaco no aparece con ese nombre en las cartas de navegación, ni con ningún otro, pues faltarían denominaciones para designar todos los accidentes geográficos que caracterizan el despedazado archipiélago de las Guaitecas. Solo los cazadores de focas de Quellón la conocen así, y entre ellos el capitán Ñato. Tampoco este nombre es conocido en el puerto de Quellón, de pocos habitantes, y el último del sur de la isla grande de Chiloé.

El capitán Ñato es llamado así solo por sus amigos los indios alacalufes de más allá del golfo de Penas. Es que Luis Andrade tenía una nariz tan aplastada como la de una foca que se hubiera dado un cabezazo contra una roca. Las dos fosas nasales eran lo único que asomaba a la superficie de su rostro; pero le bastaban para olfatear las rutas que seguían sus congéneres del mar, y así fue como dio con la famosa caverna donde paren las lobas en Punta Sobaco.

Los científicos dicen que las focas fueron en tiempos remotos mamíferos de tierra adentro y que se hicieron a la mar por razones aún no bien sabidas. Tal vez fueron acosadas por otras fieras, o las empujó la necesidad, cuando eran anfibios que pescaban en la desembocadura de los grandes ríos. El hambre y la necesidad llevan a animales y hombres por azarosos caminos. Posiblemente se dieron cuenta de que había más peces en el mar que en los ríos y, poco a poco, fueron entrando en él hasta convertirse en lo que son hoy.

Así el capitán Ñato, en busca de sus pieles, se adentraba todos los años en la época de la parición de las lobas de un pelo por todos los roqueríos y cavernas que quedan mar afuera del destrozado archipiélago.

Aquella tarde el sol parecía el ojo de un dios primitivo, como el del buey Apis de los egipcios, cuando en la chalupa ballenera el

capitán con sus cuatro remeros empezó a escapular los contornos hacia Punta Sobaco. Generalmente el sol sale así por entre las nubes después que ha pasado la tempestad, como para mirar lo que ha ocurrido entre el mar y la tierra. De la que acababa de pasar, solo quedaba una mar boba que venía rodando desde la lejanía, donde se perfilaba igual que el lomaje de inmensos toros que estuvieran arando el ancho horizonte del océano Pacífico.

El redoso de Punta Sobaco es sucio. Se presume que ese nombre le fue dado porque en esa parte de la punta, los acantilados se doblan cual gigantesco brazo que abofeteara el mar. El puño queda afuera, con altas coyunturas rocosas agrietadas por el embate del océano que tiene olas de dos metros más altas que las de todos los mares. Estas mareas bobas vienen de tres en tres, con intervalos, para que el mar respire un rato antes de enfrentarse con el puñetazo de piedra de la tierra. De tarde en tarde también emerge, insospechadamente, alguna extraña ola solitaria que no se sabe de dónde viene y remonta triunfante por los altos cantiles cual si se tratara de un maremoto, de los que suceden a veces en la región, capaces de cambiar hasta su curiosa geografía.

Una de estas olas pescó a la chalupa del capitán Ñato mientras enfilaba la grieta profunda que da a la entrada, por mar afuera, de la caverna de la lobería. La estrelló como si se tratara de una brizna contra el alto acantilado cortado a pique. El capitán Ñato gobernaba la bayona y no tuvo tiempo de maniobrar para evitar el estrellón. La embarcación de apenas siete metros de eslora fue tomada en vilo por la cresta de la ola y lanzada contra las piedras con otro puñetazo. Los cuatro remeros fueron lanzados al agua entre las cuadernas y las tablas rotas. El capitán soltó la bayona y logró agarrarse a dos manos en el verduguete de la regala de la popa; allí permaneció sentado por unos instantes como en un trono; pero luego su asiento también fue destrozado, con tan mala suerte que, al empuñar el listón redondeado del verduguete, este le hizo astillas las cuatro primeras falanges de la mano derecha, al darle contra la roca. El capitán Ñato soltó así su última tabla de salvación y herido, cual un rey destronado que abandona el bastón de mando, siguió nadando a lo perro detrás de sus compañeros.

La mayoría de los chilotes, no obstante ser de los mejores marinos, por lo general no saben nadar, tal vez porque no piensan

nunca en naufragar.

Debido al susto o por un fenómeno que se explicarían los físicos, la tablazón de la ballenera destrozada quedó afuera en el canalizo de la grieta y sus tripulantes fueron lanzados por el impulso de la resaca caverna adentro. Allí, en aguas más tranquilas, pudieron mantenerse a flote, y nadando instintivamente siempre a lo perro o a lo rana, alcanzaron una estrecha explanada cubierta por los negros cuerpos de las focas y lobeznos recién nacidos, los llamados en jerga lobera *popis*, en busca de cuya codiciada piel iban los cinco hombres.

La caverna de Punta Sobaco tiene dos entradas. Una de ellas queda precisamente en la concavidad que debe haberle dado este nombre, una oquedad que semeja la de esa parte del cuerpo humano. Allí la vegetación costera se vuelve umbrosa y se entremezclan las lianas colgantes de los cantiles, de un verde plateado con las ramazones de helechos y pangues, más oscuras, que dificultan la visibilidad de la entrada. Por tal motivo el capitán Ñato prefería la entrada del extremo de la punta, la de mar afuera, que se comunicaba con la otra de más a tierra, por medio de un túnel que casi atravesaba de parte a parte Punta Sobaco. Allí, en las plataformas rocosas formadas por la erosión del mar, parían las lobas de un pelo y las cubrían sus machos, como generalmente lo hacen, después de dar a luz sus *popis*.

Al ver a los hombres que salían del mar arrastrándose como ellas, igual que grandes gusanos, deben haberlos mirado como a otras focas, algo extrañas, pero focas al fin. Así, se apartaron con sus crías haciéndoles un hueco en el lugar, puede que el mejor, tal como lo hacen cortésmente los indios alacalufes toda vez que llega un visitante en busca de calor a sus chozas.

Los extraños visitantes echaron un vistazo a su alrededor y se sintieron felices de haber salvado el pellejo; ellos que, precisamente, iban en busca de los pellejos ajenos, de los seres que les daban albergue. Pero tal felicidad no podía durar: luego se dieron cuenta que las bocas de la caverna no podían ser alcanzadas sino con una embarcación como la que había quedado afuera hecha pedazos entre los roqueríos de la entrada.

Los cinco hombres se miraron, no de la manera que las focas los miraban a ellos, con tranquilos ojos, con un parpadeo por

momentos tierno y manso, semejante al de los faros de intervalo largo que señalan la entrada a un buen puerto.

Llevaban dos días dentro de la caverna, preocupados por la grave situación, cuando de golpe un milagro de la resaca, porque los hay a veces en el mar, en la tierra y en el cielo, hizo que unas cuantas tablas de ciprés de las Guaitecas, del que estaba hecha su propia chalupa ballenera, llegaran a la precaria playa subterránea, como si el árbol regresara a la tierra para dar de nuevo amparo al hombre. Benedicto Cárdenas, el más prevenido, llevaba cerillas dentro de la tabaquera hecha de una vejiga de oveja. El rollo de tabaco y las cerillas ni siquiera se habían humedecido con el percance. Fue el primero en echar una fumada en su cachimba hecha con un cacho de jaiba y que se conservó en su bolsillo como otro milagro entre el mar y el hombre. Convidó algunas pitadas, por turno, a sus ateridos compañeros, para que espantaran un poco los malos pensamientos.

Con sus cuchillos loberos, que llevaban siempre envainados a la cintura, carnearon una foca y con la grasa y las tablas hicieron su primera fogata. También asaron los primeros filetes de lomo. El capitán Ñato, como siempre lo hacía, reservó el corazón para sí, pues era su presa favorita, al igual que otros prefieren la rabadilla de la gallina, y empezó a curarse la mano destrozada con sus propios orines.

Las voces de los hombres tienen una extraña resonancia sobre el mar. Van y vienen colgantes, como péndulos, pequeños soles sonoros que nacen y se esconden con misteriosos pasos de danza. En cambio, bajo tierra la voz del hombre cambia, se opaca como si buscara el silencio. No dan ganas de hablar si se entra a la galería de una mina de carbón submarina.

Benedicto Cárdenas fue también el primero en darse cuenta de lo que estaban haciendo:

—¡Quemamos nuestras naves como Hernán Cortés! —dijo, mirando las tablas que ardían jubilosas entre el chisporroteo del aceite de foca.

—¿Quién es el tal Cortés? —preguntó Eliseo Vera, a quien apodaban Liche.

—El español que conquistó México y que ordenó quemar sus naves para no regresar más a España —le explicó Cárdenas, quien

había cursado hasta el primer año de humanidades en el Seminario jesuita de Ancud.

—Lo que yo, voy a regresar a Quellón aunque sea a nado —dijo el capitán Ñato, después de echar otra orinada en su mano y levantarla, mirándola semidoblada, como una pequeña bandera en derrota. Las cuatro primeras falanges tenían los huesos totalmente rotos, y el resto de la mano se mantenía unida nada más que por los pedazos de piel y los nervios entre la carne machucada. Los cuatro dedos se movían hacia atrás y hacia adelante, igual que la aleta muerta de una foca. Otro milagro, esta vez el de sus propios orines, ya que su resto de mano no se infectó y evitó la gangrena.

Benedicto Cárdenas era el más instruido. Trabajaba en una oficina del registro Civil de Quellón pero, tentado por la aventura de la cacería de focas, todos los años se las arreglaba para dejar su trabajo pueblerino y embarcarse en la cuadrilla de cazadores del capitán Ñato. Eres un «chupa lápiz», le decía despectivamente el capitán.

José Leuquén y Pedro Renín completaban la tripulación. Todos eran de Quellón, donde la naturaleza de las islas y los esteros adyacentes marcan una zona de transición entre Chiloé y el austro más inhóspito. Hasta esa zona llega una especie de fardela de oscuro plumaje ocre, de tamaño semejante al de una gaviota, y no se sabe por qué no pasa más al norte, aunque es una veloz cazadora a flor de agua. Siempre se vuelve de allí al sur, lo mismo que algunas ballenas que se asoman al golfo de Corcovado y después vuelven a mar abierto por el canal que pasa entre la isla grande de Chiloé y la de Huafo.

Leuquén y Renín, dos indígenas huilliches, se sentaron silenciosos y resignados, como lo hacen los alacalufes en cualquier grieta de una roca para pasar el temporal.

Las focas fueron dejándoles cada vez más espacio a los hombres, a medida que estos mataban a los *popis* para sacarles la piel y devorar su carne, más tierna y con menos a gusto a pescado que la de los adultos. Carneaban a alguno de estos nada más que para obtener su grasa para la hoguera y cubrirse con el cuero a manera de frazada, con la carnaza por afuera.

Al tercer día Eliseo Vera, el Liche, empezó a reír extrañamente. Fue una carcajada gutural, como si saliera de más abajo de la

caverna donde estaban refugiados. Carcajada que a veces terminaba en una especie de hipido o llanto de borracho. Al notar que los otros se molestaban, porque no sabían si era risa o llanto, se apartó de sus compañeros y se fue a reír solo, entre las focas, que no se asustaron por su extraña afectación. Era un hombre desgarbado, flaco, alto, de cabello tirado a rubio y unos ojos rojizos, que parecían los de un aguilucho buscando presas en el camino.

Al día siguiente, siempre riendo, se lanzó al mar. Era el que sabía nadar mejor, y se dirigió braceando hacia la boca de los pangues y helechos, la que daba el nombre a Punta Sobaco. Se perdió en la penumbra, a pesar del coro de sus compañeros, que le gritaban que volviera. Al otro día, la corriente que venía de mar afuera trajo su cadáver, pero sin la cabeza y sin un brazo, desgarrado como las cuadernas de la chalupa ballenera entre las rocas. Sus compañeros volvieron a echar el cadáver al mar, así como los restos de las focas que no servían para la hoguera. La resaca volvió a traerlos y entonces Cárdenas y Andrade empezaron a reír igual que el Liche, o a llorar, porque tampoco ellos lo sabían bien, como tampoco se daban cuenta dentro de aquella caverna si era de día o de noche. Leuquén y Renín permanecían siempre silenciosos; pero se alejaron de las risas y se fueron entre las focas, que seguían pariendo, y los machos cubriéndolas después del parto. A veces estos peleaban por una de las hembras y los más jóvenes acorralaban al más viejo, echándolo al mar, como sus compañeros al Liche.

Las focas se aparean igual que los hombres con sus mujeres. Esto entretuvo a los náufragos al principio, pero después les aumentó la risa. La cópula inocente de las focas les recordaba a sus mujeres y los *popis* a sus propios hijos, y el cadáver del Liche traído y llevado por las corrientes y la resaca, le evocaba la muerte. El mar retumbaba afuera con voz poderosa y a veces, cuando salía el viento, se confundía con este. Por momentos ambos entraban por las gargantas cavernosas, como si fueran a echar un vistazo a los cuatro náufragos, y salían presurosos por las bocas, mezclándose la risa blanca de la espuma con su lóbrego ulular.

Al quinto día, una ola produjo una resaca mayor que todas las anteriores, vino a cubrir con sus cendales de espuma a los hombres y a las focas y trajo otras tablas de la chalupa. Benedicto Cárdenas

se opuso a que se echara una sola de ellas a la hoguera.

—¡Vamos a construir un barco! —dijo con voz extraña.

Los otros lo miraron como al Liche cuando este comenzó a reír. Pero al parecer Benedicto no se había vuelto loco. Al contrario, estaba preocupado y serio, con la cabeza gacha, pensando en lo que iba a hacer con esas tablas y una que otra cuaderna de cachigua, que la maravilla del mar había depositado a sus pies. La cachigua —árbol autóctono de brazos y ganchos retorcidos— la utilizan los chilotes para las cuadernas de sus botes, ya que parece que la propia naturaleza preparara la armazón de sus pequeñas embarcaciones. Tal vez desde el neolítico, el hombre de las islas venía construyendo con sus hachas de piedra las *dalcas*, tres tablones de alerce calafateados y amarrados con boqui a las cuadernas de cachigua, tan bien hechas que le parecieron batiquines de Flandes a Miguel de Goizueta, el primer español que las conoció y las describió al navegar por las islas en 1557. Las tablas y las cuadernas rotas también traían sus respectivos clavos, y con esos materiales, Benedicto Cárdenas empezó la construcción de su barco.

La duda empezó a rondar entre los otros compañeros: ¿se habría vuelto loco como el Liche o estaba cuerdo como ellos? Cárdenas empezó a cantar: «Corre, corre, enamorado, buscando una calle por donde ella aparezca… Ríe, ríe, enamorado, buscando la vida que puede venir…». De las palabras pasó al silbido, que fue llevado por el viento y después devuelto por las carcajadas del mar.

Poco a poco la locura o cordura de Benedicto fue contagiando a sus compañeros, quienes se pusieron, afanosos, a ayudarle en la construcción de su *barco*. Este quedó inconcluso y más parecía una artesa de dueña de casa que un batiquín de Flandes o una dalca huilliche.

Transcurrieron otros días con sus noches, sin que el mar devolviera otras tablas, hasta que un día, en la penumbra, descubrieron un bulto. A primera vista creyeron que era nuevamente el brazo del Liche. Pero no era tal cosa, sino una cuaderna que sobresalía cual débil mástil de su armazón tingado. Era una de las amuras de la ballenera que la corriente traía casi completa. Todo cambiaba ahora. La desarmaron y, entusiasmados, continuaron la construcción. Pronto la embarcación quedó lista. Su

capacidad solo permitía llevar a flote a un hombre. Al probarla, el agua entró como por una tina rota, a falta de calafateo. No tenían estopa ni brea. Entonces el capitán Ñato hizo su mayor contribución.

—Pongámosle por debajo un cuero de toruno —dijo, refiriéndose a los grandes machos viejos.

Así lo hicieron y el ensayo resultó. Ahora faltaban los remos y no quedaba ni una sola tabla que sirviera de bayona o algo parecido.

La batea forrada con el cuero de la gran foca se mantuvo bien a flote, sostenía con relativa seguridad a un tripulante, pero no había con que remar a no ser con las manos. El capitán Ñato seguía orinando la suya, ya totalmente salvada de la gangrena.

—Los indios yaganes dicen que el primer hombre bajó del cielo descolgándose por una soga de cuero de foca —comentó sabiamente Cárdenas y agregó—: ¿Por qué nosotros no podemos salir de esta cueva por medio también de un lazo de cuero?

Antes en las islas se hacían lazos de cuero de foca, pero al apegualar un toro desde la cincha del caballo, este tipo de lazo cedía como elástico y no tenía la buena tensión que requiere esta faena. Por eso el cuero de lobos se usó nada más que para coyundas.

Un solo cuero de foca cortado en una delgada lonja en espiral les dio un lazo bastante extenso. Sin embargo, tuvieron que añadirle dos o tres más para dar el largo hasta la boca de salida más próxima, la del sobaco velludo de helechos. Luego sacrificaron una de las tablas de la regala y la reemplazaron con piel de foca embutida en la de más abajo. Cárdenas, por supuesto, fue el primero en probar la locura de su barco, singando con la tabla en un extremo de la batea.

—Si alcanzo hasta la boca de la cueva sin hundirme y, de todas maneras, si me hundo, ustedes tiran del lazo a mi *barco* y esperan otras tablas para agrandarlo —dijo mirándolos con una ligera sonrisa, y agregó—: Si prefieren, rifamos quién sale primero y quién último.

Los cuatro náufragos se quedaron silenciosos, pero el balido de una foca, como si fuera una respuesta, decidió a Benedicto a intentarlo primero.

Remó a la singa con la tabla llevando el rollo de lazo en el interior de su precaria nave. El avance era lento, pero a medida que se desenrollaba el lazo, sostenido desde la playa de la caverna por Leuquén, la línea de flotación fue subiendo un poco. Benedicto llegó a la bocana y trepando por entre los helechos, dejó libre la barca con su remo adentro, dispuesta para sus compañeros.

Leuquén tiró la soga con cuidado y la batea llegó para el otro tripulante. El segundo en zarpar fue el capitán Ñato, singando precariamente con la tabla en su mano izquierda. Era su primera experiencia en su nueva vida de manco.

Tuvo que abandonar definitivamente la cacería de focas. Y una tarde me contó todo esto sirviéndome una copa de vino blanco en su casa de Quellón.

Leuquén fue el último en salir de la cueva. Después, un barco que venía de las Guaitecas cargado de postes de ciprés, vio las señales de humo que hicieron los cuatro náufragos en un promontorio de la ruta, y pasó a recogerlos, llevándolos a Quellón, porque todos eran de ese puerto.

El médico del hospital examinó la mano del capitán Ñato. No quiso amputarle los dedos, que ya habían aprendido a flamear sobre el pulgar, cual gallardete náutico sobre un mástil tronchado a medias por un temporal.

ESTELAS DEL CALEUCHE

En este viaje nos persiguieron las anémonas silvestres de las colinas chilotas y también de los veriles submarinos que van desde el canal de Chacao hasta las bocas del Guafo, donde termina el mar interior de Chiloé. A comienzos de diciembre nos dirigíamos a Cucao varios pasajeros de verano en la lancha *Rosario del Carmen*, que nos condujo a través del lago Huillinco. Las alturas de Cucao son los cerros más altos de la isla, boscosos hasta su cumbre, y se elevan entre seiscientos y novecientos metros sobre el nivel del mar.

El Pacífico estaba deslumbrante de sol. Las fuertes revesas de la corriente de Humboldt remolineaban a contraviento de travesía y semejaban entreverados coletazos de toninas blancas, ballenas azules, oscuras orcas y cachalotes verde botella, color característico de la gran corriente que deriva a cinco y seis millas por día, reproduciendo el vergel de su rico plancton de copépodos desde las islas de Chiloé hasta las de las Galápagos.

Nuestra primera impresión fue comprobar a ojos vistas que, después del maremoto de 1960 (grado 8-9 escala Mercalli), el río que se une a la laguna de Cucao aumentó su profundidad en más de dos metros —fenómeno de todo el archipiélago que bajó de su nivel sobre el mar— y se hizo así más navegable hasta las cercanías de su desembocadura. Aquí, curiosamente, se contradice la copla de Jorge Manríquez que dice: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir…», ya que aquí es el mar el que muere dentro del río, diluyendo en las sicigias su salinidad hasta en las riberas de Huillinco. Allí empiezan los bailoteos de lanchas y pequeñas embarcaciones cuando arrecian los vientos de travesía, que rondan desde el tercero y cuarto cuadrante de la rosa náutica. Solo las focas de Pirulil remontan la barra de Cucao y se dan el placer de pescar

róbalos, pejerreyes de agua dulce y salada, cuando no es una corvinilla o tollo que ha perdido su ruta. El aceite relumbroso de este tiburoncillo permite a los comarcanos divisar al *Caleuche* por las noches.

Uno de los pasajeros, Francisco Mansilla, al ver por primera vez movedizas colinas oceánicas, exclamó asombrado:

—¡Si parecen ballenas peleando!

—Le voy a robar esa hermosa imagen de las ballenas peleando en el mar —le advertí a mi amigo, cuya amistad nos une desde ese tiempo en que era un joven boxeador y sastre en la ciudad de Punta Arenas y yo, el anunciador oficial de la Federación de Box de Magallanes.

Nuestro profesor, el negro Barrington, pertenecía al Caupolicán Boxing-Club, entrevero huilliche-inglés, corriente en esa ciudad extremeña, sobre el estrecho de Magallanes, con algunas gotas de sangre ona también. Mi tocayo Mansilla, hombre mediano, de fuertes y musculosos brazos, se dio oportunamente cuenta que no iba a competir por ningún peso en la ciudad y derivó todas sus capacidades y condiciones físicas hacia la sastrería, aprendiendo el oficio junto a Peretti, el mejor sastre importado de Italia, para vestir con sus delicadas manos a los dueños de millones de *Corriedale, Romey Marsh* y hasta de los gigantescos *Lincoln*. Llegaban a la sastrería Peretti solo los grandes estancieros, administradores y altos capataces, los que tenían además su propio club social. Los ovejeros, campañistas y tripulantes de flotas mercantes disfrutaban sus horas libres en el Overseas Club.

Don Pancho, un poco cansado de hilvanar tanto la elegancia inglesa como la del arte italiano —con Peretti—, que profanaba su estirpe, regresó a su terruño, donde nos volvimos a encontrar en este viaje como en muchos otros.

Almorzamos en una hostería de unos campesinos y partimos a pie a Pirulil, lugar frecuentado por leones marinos. Estos se lanzan al mar desde las cornisas rocosas, asustados por los ruidos de los motores de aviones que perturban sus plácidos sueños.

Pirulil es un morro con fuertes ribazos y algunas rocas salientes; la costa corre casi recta, cortada a pique e interrumpida a trechos por playas arenosas; pero no ofrece abrigo ni para botes.

En el horizonte seguían revolcándose ballenas blancas, azules y

violáceas, con sus barbas chorreantes de camaroncillos cárdenos triturados por los trancos del sol en camino a su ocaso.

Caminamos unos cuatro kilómetros por entre las resacas y encontramos a un hombre de cierta edad, otro de unos treinta años, una mujer más joven y un niño. Era la familia Chodil. El padre y sus tres hijos componían una cuadrilla de buscadores de oro. Con sus palas cavaban hoyos apresuradamente cuando el lecho marino se descarnaba con las espantosas resacas, y corrían para amontonar castillos de arena fuera del oleaje. Solo el viejo Chodil interrumpió su tarea cuando lo saludamos. Nos enseñó sus instrumentos un poco más que primitivos para el rescate del preciado metal. El artefacto, una especie de cajón de madera, con canaletas revestidas de placas de cobre, servía para este trabajo. La misma agua de mar se encarga de lavar las arenas auríferas, de color negro ferroso. Cuatro cucahuanos, con sus herramientas, las batían al compás de las olas, para obtener entre dos y cuatro gramos de oro amalgamado al día. Este se entrega a un comprador autorizado por el gobierno.

Muchas historias se tejen entre estos modestos buscadores. Una de ellas me la contó el propio viejo Chodil: «Una mujer del interior, gente que vive más al sur de las islas, viajaba hacia Huite para matrimoniarse, pero estaba contrariada porque le faltaba la dote. Repentinamente tiene la suerte que en un derrumbe de un acantilado encuentra un *pisco de oro*, que será la base para su casamiento y el terruño donde criará toda clase de animales. La fortuna le cayó sin que tuviera que arriesgarse como nosotros, pero para mí esta mujer tenía tratos con el *Caleuche*, o mejor *Barcoiche*, como lo llamamos por acá. Este buque fantasma tiene anclas y cadenas de oro para fondear en noches de luna…».

Nos alejamos de la cuadrilla de buscadores de oro, cuyos rostros impregnados de lluvia y larga intemperie, demuestran el cansancio y la necesidad del logro más que del triunfo, que es su lucha cotidiana por vivir de los temporales que arrojan pepillas del escaso metal.

Caminando, llegamos a un paredón rocoso semejante a una gigantesca pizarra escolar, aislado entre la playa y el mar. Las grandes olas, que vienen de a tres después de las chicas, irrumpían en la proa del alto muro de arenisca terciaria solidificada, tratando de erosionarlo. En su lomaje crecían bromelias, enredaderas y

líquenes costeros que alivianaban la pesantez de la piedra. Sus costados con tonalidades de ocre, verdes y rojizos, veteados por limaduras aceradas de micasquistos, blancos cuarzos que a veces se confunden con caracolillos fosilizados. En pequeñas oquedades anidan esos pájaros costeros, los pilotos, de plumaje gris piedra.

Nuestro océano, el más grande del planeta, con una altura de olas de más de dos metros sobre las de todos los mares conocidos, parece haber encontrado sus canchas en la media luna de la playa de Cucao. En los ancones y grietas de loberías cambia este ritmo de tres olas chicas de descanso y tres grandes de trabajo, por una inesperada ola loca, la séptima ola que siempre esperan y de la que se resguardan los hombres que andan en las lobadas o mariscando. Tal vez de una de estas se desprendió el extraño trozo de roca ferruginosa que llegó a nuestros pies. Curioso peñasco con una pátina arenosa, rojiza, parecida a las que sacaban los Chodil que habían quedado un poco atrás. Volvimos a su encuentro y curioso por saber algo más, se la mostré al viejo. La partió de un golpe y me dijo: «Adentro tiene chispitas de oro… Parece que a usted lo quiere Dios. O no sea que haya hecho pacto con el diablo, igual que esa mujer que encontró su *pisco de oro*, y de la que le hablé hace un rato».

De regreso por los arenales colindantes con la tierra de nadie nos topamos con dos inmensas osamentas de ballena que no supimos distinguir a qué parte del esqueleto del gran cetáceo correspondían. Era una trabazón de huesos tan complicada y diferente a las clásicas vértebras que en mi casa de la infancia nos servían de asientos, además de barandales, por la curvatura artística de las costillas, y que se usaban también de apoyo para las altas matas de hortensias, colas de zorro, rosales y camelias. Costillas hasta de siete metros curvos.

—No hay sobre la tierra quien se le parezca, animal hecho exento de temor, creado para que jugase en el grande y anchuroso mar, de corazón duro como la muela de abajo —le dije a Mansilla con tono recitativo, evocando el fragmento bíblico en que Jehová le describe a Job el Leviatán.

—Parece que fueran los hombros —me contestó con sus pies enterrados en la arena, el sastre medidor de hombros de hombre.

Para mis adentros, me decía yo, él ha medido cientos y cientos

de *homos erectus* para vestirlos como *lord* inglés o príncipe italiano, descendientes del fósil de millones de años encontrado en la isla de Cerdeña, en el mar Tirreno.

—He visto cráneos de cachalotes que se parecen a carretas chanchas volcadas y de ballenas de aleta que semejan góndolas venecianas…

Me miró de reojo con esa onda de duda que se interpone entre dos hombres cuando tratan de tomarse el pelo. Mi voz enronqueció al pie de la gran osamenta cual eco salido de sus cajas timpánicas, y para aplacar su incredulidad y las resacas cercanas, le hablé fuerte y claro de los cementerios de ballenas que existen en la Antártica, detrás de los fuelles de Neptuno en la volcánica isla Decepción, en el archipiélago de Melchior, en el mar de Bellingshausen. Eran los tiempos en que mi progenitor las arponeaba desde la Punta Calvario al sur de Valdivia. También había yo acompañado a un gran ballenero perteneciente a la flota más importante que tuvo el país, la de Quintay.

Nos detuvimos junto a otra armazón de osamentas, del tamaño de una mesa tabernera, de esas que los hombres de mar quiebran en sus grescas, para escudarse entre sus patas y restos de cubierta, sobre todo cuando caen los botellazos del mesón donde no se ha pagado la cuenta.

Entre los dos, a duras penas, pusimos la mesa patas arriba, y descubrimos una maravillosa geometría submarina de huesos y placas marfileñas que trazaban diferentes figuras.

Apartándonos de esta fantasmagoría y de los arenales que empezaban a convertirse en dunas, volvimos a caminar por entre las resacas, donde el piso de arena se vuelve más duro, hacia la desembocadura del río Cucao. Huellas de pájaros, animales y hombres relavadas por las espumas de la bajamar que aún no llegaba a su estoa dibujaban rombos, trapecios y poliedros sinuosos y multicolores que el sol continuaba iluminando y apagando con sus juegos de luces en el atardecer. De pronto nos topamos con dos *vómitos de lobo*; uno inmenso y otro pequeño a su lado, como una campana y una campanilla navegantes. Estas extrañas creaciones de la naturaleza isleña son las hidromedusas o sifonósforos que nacen con la última partícula de luz que llega a los copépodos abisales submarinos, y crean la primera célula orgánica, que asciende

desdoblándose y multiplicándose hasta alcanzar la superficie de las aguas, para dar vida a la organización más compleja y funcional que se conoce, con un equilibrio social que envidiaríamos los humanos. Los cientistas las explican como *individuos* asociados en colonias cuyos miembros están físicamente conexionados, cada cual con un rol preciso en la comunidad. Unos son alimentados por la colonia que sirve a tal asunto; sin embargo, ellos son nadadores eficientes. Otros poseen tentáculos para su defensa; en fin, allí estaban a nuestros pies, en la barra entre el mar y la tierra de Cucao; la sifonósfora madre y el sifonósforo hijo; las huellas del padre se perdían a semejanza de la última luminosidad del sol que se hundía en la vastedad oceánica.

Mi amigo Mansilla parecía un tanto cansado de mi compañía y mis divagaciones locuaces sobre estas hidromedusas y me invitó a regresar a la realidad, y al mismo tiempo a su pueblo, o ciudad, porque es la capital de la isla Grande. Había hecho yo un pequeño regreso a mis islas de infancia y sentí que algo había dejado atrás. El atardecer se me había ensombrecido y hasta el aire me parecía extenuado.

Al pasar de nuevo por donde estaban los Chodil les conté apesadumbrado que había extraviado el trozo de mi piedra aurífera, a pesar de que la buscara tesoneramente, después de escarbar entre las osamentas de ballenas.

—¡No valía la pena! —me dijo Ana María Chodil.

—¿Por qué no? ¡Si pesaba más de un kilogramo!

—¿Qué, le interesa tanto el oro?

—El de Cucao, SÍ.

—Bueno, yo le voy a regalar una pepa de oro grande amalgamado, para que no me venga a penar, don Pancho, cuando se muera…

La conservo como un tesoro, no por su valor, sino porque en ella se cuajan los resplandores nocturnos de Ana María, sumergida en las estelas del *Caleuche*, que todo chilote lleva en la intimidad de la *muela de abajo* y sobre los párpados del corazón.

Noche en la isla Larga

Era alto, delgado, de andar elástico, ligeramente acompasado, como si caminara sobre las ondas del golfo de Skyring. Al patrón del cúter *Orión*, a don Tomás, sus tripulantes y amigos lo llamaban solo Tom.

Los geógrafos llaman también mar de Skyring al que del océano entra por el canal Fitz-Roy serpenteando como una culebra marina una dirección media del noroeste al sureste, aproximadamente. En todo su curso, su anchura varía entre cuatrocientos y dos mil metros. Sus riberas están constituidas por ribazos de poca altura que dejan desplayos reducidos, entrecortados por quebradas y espaldeados por lomajes suaves que avanzan hacia el interior hasta convertirse en cerros de regular altura: los orientales llamados Beagle en el plano inglés, y Palomares por los habitantes de Punta Arenas.

El patrón del *Orión* fondeó en la isla Larga, al oriente del Skyring, con esa seguridad del marino conocedor de las violentas ráfagas, llamadas *williwaw* por los indios canoeros y alacalufes, vientos que descienden de las altas cumbres, de glaciares y ventisqueros, que pueden dar vuelta de campana hasta una goleta lobera de cubierta corrida y sobrequilla de fierro.

El capitán Tom y yo bogábamos en la chalana hacia el puertecillo que los cazadores de lobos marinos llamaban Fitz-Roy, y en el que solo él fondeaba con su cúter, mientras otros corrían los temporales con el velamen en bolina.

Íbamos al rancho del puestero que le cuidaba un piño de no más de cuatrocientas ovejas; el escaso coirón entre matas negras y romerillos no podía alimentar más, sobre todo después de la parición.

Los carámbanos de junio ya golpeaban los costados de la isla Larga, semejante a una angosta nave de alterosa proa de robles aparragados, cubierta de zarzaparrillas y gramíneas del coirón que no muere bajos los planchones del hielo invernal.

Tom se sorprendió al encontrar el rancho de zinc acanalado corno si un *williwaw* lo hubiera querido descuajar para llevárselo. Miró hacia el cielo, donde un ciprés de las Guaitecas le pareció un gigantesco ceibo de hojas rojizas que había quedado cimbrado por las violentas ráfagas. Miramos por los intersticios, dándonos cuenta que el puestero Gallardo había abandonado su rancho llevado por algún canto de vaca marina o de sirena.

Con un empujón abrimos la puerta, que chirrió solo con un gozne, como si fuera un grillete. Una mesa rústica al centro y en la repisa de un esquinero una piedra de micasquisto blanca, de más o menos tres cuartas, semejante a un *quetro* o pato a vapor.

Unas hojas de cuaderno escolar estaban manuscritas bajo la piedra erosionada por la lluvia, el viento y algunas micas desprendidas cual escamas de un extraño pez.

—Tómelo y trate de leerlo —me dijo el patrón.

Empecé lentamente a leer los garabatos:

«Esta mañana he visto por primera vez el germen de un hombre; no llevaba más de veinte días y era hijo mío.

»Cuando me lo trajeron en una palangana enlozada que tenía la forma de un riñón partido, semejaba una delicada flor de cardo que hubiera ido a detener su vuelo entre unos coágulos de sangre; pero había algo más en ello, algo así como una partícula de luz cuajada en la hora del amanecer, o ese tembloroso rastro material que va dejando en el espacio el proyectil cuando es seguido desde la cureña por el agudo ojo del artillero.

»La comadrona lo tomó entre sus dedos y entreabriendo la delicada flor me mostró un punto oscuro, semejante también a la diminuta semilla que transporta por aires el vilano.

»—Eso es —me dijo.

»—¿Qué? —le pregunté.

»—Su hijo… o lo que iba a ser su hijo.

»—¿Y lo demás?

»—¡No es nada! —replicó, y entreabriéndolo con sus dedos, dejó caer la flor de cardo que fue a posarse de nuevo sobre los coágulos.

»No era la primera vez que yo escuchaba la palabra nada sobre algo semejante: la anterior fue pescando centollas en el estrecho de Magallanes. Las redes habían recogido un huevo de raya mimetizado en un trozo de alga muerta, como la raída suela desprendida del zapato de algún náufrago errante por las profundidades del mar.

»El patrón del cúter lo abrió de una cuchillada y mostrándonos un gusano violeta que latía en medio de un cuenco de gelatina transparente, nos dijo:

»—Eso es.

»—¿Qué? —le preguntamos.

»—La raya… o lo que iba a ser la raya.

»—¿Y lo demás?

»—¡No es nada! —respondió, dejando caer de nuevo el alga muerta entre las centollas que se removían sobre la cubierta como grandes rosas rojas con espinas de carey.

»Pero lo de esta mañana no se trata de un huevo de raya, ese gran pez sin cerebro, extraído de los basurales oceánicos.

»Se trata de un hombre, del germen de un hombre, arrancado de las entrañas de una mujer yámana amada, que parece haber pagado con su vida la revelación de la delicada flor de cardo, porque desde hace algunas horas yace sobre la mesa mortuoria en medio de mi rancho.

»¿Qué fue lo que yo más amé en ese cuerpo indígena que ya empiezo a evitar con dudoso respeto, como el paso soslayado que dan los pumas cuando encuentran una presa muerta en su camino?

»¡Esta noche en la isla no hay comadrona que con dedos luminosos me entreabra los pétalos de la sombra, ni patrón de cúter centollero que dando una cuchillada en el misterio responda “eso no es nada”!

»Solo mis perros están ladrando por la orilla del mar de Skyring.

»Algunas noches los perros también se vuelven extraños y le ladran a alguna bestia que se va con el amanecer. La otra noche parecía que tironeaban del hocico a un caballo negro sobre el acantilado blanco y, cuando salí a calmarlos, era una sombra más densa que habían acorralado entre los romerillos.

»Mañana bogaré en mi chalana hasta el aserradero de Palomares o Río Verde, y compraré unas tablas de ciprés para hacerle un ataúd

como se lo prometí; dicen que esa madera no se pudre debajo de la tierra y que hasta renace, horadando con tiernas ramas las lápidas milenarias de los ventisqueros.

»Después la recostaré sobre el cuero del puma que cazamos juntos, de una piel juvenil muy hermosa; fue un puma enorme que el año pasado atravesó a nado el mar de Skyring y vino a matarnos siete ovejas. No es una sombra lo que mis perros están acosando esta noche por el lado del mar; son dos rieles de luz que trazan sobre las tranquilas aguas del canal el débil perfil de una luna nueva que se asoma por el noroeste y la faz redonda y rojiza de Júpiter; hoy es la conjunción de este planeta con el Sol y la Tierra. Estamos a fines de junio».

Al día siguiente emprendimos nuestro regreso hacia el canal Fitz-Roy. Nada comentamos con los otros dos tripulantes del *Orión*. Solo el patrón Tom, esa noche, en vez de consultar su brújula del compás, miró hacia el cielo, y todos nos entretuvimos en mirar la rojiza Betelgeuse por el norte y la verdosa esperanza de Rijel marcándole el sur. Según los sabios, esta apareció junto con el hombre sobre el planeta Tierra.

PASCUA SALVAJE

Hoy es víspera de Pascua en la estancia.

Son tres días conquistados para que los hombres casados vayan a visitar a sus mujeres y a sus hijos en los pueblos lejanos. Los solteros también van, si tienen familiares; pero la mayoría de estos agarran caballos para galopar hasta Río Grande, adonde la Vieja Encaña y la Cinchón Tres Vueltas los esperan con prostitutas que han venido a hacer la temporada.

Los puesteros también bajan a la estancia desde sus apartados campos. Se cuenta de dos gringos, McKennan y McBeans, que vinieron juntos de Escocia y que ahora están uno en Camerón y el otro en Río Cullen. Todos los años galopan esta noche para irse a encontrar en la frontera de Chile con Argentina. Se dan la mano sobre el alambrado y se dicen *Merry Christmas*. Se regalan mutuamente una botella de *whisky*, beben unos tragos y parten de nuevo al galope tendido para no verse hasta el otro año por esta misma fecha, y hacerse el mutuo obsequio de Navidad.

Por eso tal vez el pasto coirón amaneció hoy más iluminado que otros días, como si estuviera anunciando el nacimiento del hijo de Dios.

En el corral de tropillas ya todos están agarrando sus caballos particulares. Ariscos algunos, con tanto tiempo sin sentir un pelero sobre el lomo; prendidos otros de tanto engordar.

Rivera, el campañista, fue el primero en emprender el viaje. Lleva dos buenos trotones que lo conducirán hasta Puerto Porvenir, donde está su mujer. Tiene que atravesar la isla de parte a parte, desde el Atlántico hasta el estrecho de Magallanes, y en tres días de feriado debe estar de vuelta en la estancia.

Los que quedamos en las casas almorzamos como todos los días;

pero a medida que avanza la tarde la gente se va animando. La pieza más concurrida es la del ordeñador. Ha preparado aguardiente con leche, y desde temprano se ha puesto a tocar sus discos en el gramófono. Se gasta el sueldo en estos discos, que tiene por rumas. Son tangos, pasodobles, rancheras, y algunas tonadas milongueras.

En la tarde habrá un amanse. Reyes, el ovejero, ha prometido montar el *Tostado*, reservado, uno de esos caballos que no se han dejado domar. Los campañistas, amansadores de profesión, están deseosos de ver a un pacífico ovejero sobre el lomo del alazán que desde hace años nadie ha podido amansar. Corcovea hasta que cae temblando; en cuanto se recupera, vuelve a corcovear. Han laceado al alazán tostado y lo están atrincando en el palenque del corral de tropilla. De dos traicioneras pialadas lo echan al suelo, y los campañistas tensan los lazos de las patas a unas estacas. Patalea el animal bufando, pero es inútil; le colocan en el mismo suelo los peleros y las caronas; luego los bastos, y para cincharlo tienen que afirmarse con el pie en la panza. Es una panza reluciente como la de un lobo de mar, de piel azafranada, uno de esos grandes torunos que se ven de vez en cuando. Aprietan los bastos, con doble cincha, y pasan tres vueltas de cinchón por sobre el cojinillo de fina lana azul. Para embridarlo tienen que sostenerle las quijadas entre dos, mientras Reyes le pone el freno. El ovejero es alto, delgado, nervudo; lleva una boina vasca desteñida y un eterno pitillo en los labios. Con todo cuidado monta calzado con alpargatas estando el animal en el suelo, de medio lado. ¡Ya está! ¡Sueltan cabestros y piales!

El alazán se ha levantado y se afirma en las cuatro patas como si no se diera cuenta de lo que lleva en el lomo. La tranquera está abierta. Reyes, en lo alto, levanta su rebenque y mira fijamente a las orejas. Allí está el detalle del buen amansador; no descuidar con la vista en las orejas, para ver hacia qué lado caen en cada corcovo, y así hacen el esguince para equilibrarse sobre el lomo. El animal da un bufido y sale por la tranquera con un trote descompuesto; pero ya, afuera, se empina súbitamente sobre las dos patas traseras y se lanza al aire. Cae de manos, haciendo un tirabuzón con el cuello y el lomo; pero Reyes no ha perdido de vista las orejas, y da

rebencazos en el anca, como buscándole más bronca a su contrincante.

El *Tostado* cambia de táctica y al instante se lanza a la carrera, entre violentos corcovos, de lado a lado. Reyes persigue las orejas y rebenquea de lo lindo. La peonada, ovejeros, esquiladores, carreros y campañistas, se apiñan sobre el cerco del corral de tropillas y, como desde un anfiteatro, siguen entusiasmados el espectáculo.

Envueltos en una nube de crines, rebencazos y polvo, bestia y hombre salen al callejón. Los dos son un solo centauro polvoriento que al dispararse al aire hace retemblar el suelo.

Es la lucha de dos titanes ensamblados. La bestia y el hombre.

Las miradas se desencajan de pronto, cuando bestia y hombre se revuelcan en el suelo; pero Reyes, con habilidad, afirma los pies a un costado del animal caído, y antes de que se levante, ya está encima otra vez, rebenqueando sin darle un respiro.

Galopa otra vez a corcovos. Reyes, con la cacha del rebenque, lo hace girar hacia el corral de tropillas. El animal se tranca jadeando, sin embargo vuelve a los rebencazos. El reservado se ha agotado, pero no amansado. Regresa con corcovos más débiles. Polvo, sudor y espuma caen de sus lomos, de sus ijares, de sus belfos. Del rostro del amansador solo un sudor barroso. Lo conduce de nuevo tranquera adentro. Allí se quedan ambos, temblorosos. Reyes se desmonta de un salto, muy lejos del flanco, sin soltarle la rienda. El alazán está rendido, y amenaza con algunos brincos sacudiendo estriberas y pellones, demostrando así que no ha sido amansado aún. La jineteada de Reyes ha terminado.

Al caer la noche vamos a la casa de los carreros. Oyarzún saca su pequeño acordeón y nos deleita con algunas rancheras, pasodobles y hasta cuecas. Bebemos ginebra marca Llave, vermouth y *whisky*.

Charlie Duncan se ha puesto un tongo raído que le recuerda sus días de Londres; Schaeffer llora al escuchar una polka y murmura algo que todos creen una mala palabra.

—¿Qué te pasa, viejo?

—La *puszta*… la *puszta*… —responde entre dientes.

La música ha tocado el corazón del viejo húngaro y sale hasta por su nariz en forma de una gota dudosa, que no se sabe si es ginebra o lágrima.

—¿Qué es la puszta? —pregunta alguien.

—La pampa, hombre, la pampa húngara, igual que la Tierra del Fuego.

Todos conocíamos la historia de Schaeffer, que llegó con el rumano Popper a buscar oro. El rumano le regaló cincuenta mil hectáreas en el páramo; mas el húngaro las cambió en Río Grande por un cajón de *whisky*, creyendo que no valían nada… Ahora trabaja con un pequeño carro, el más pequeño de la estancia, junto a su yegua *Molly*, y saca la basura de los lugares donde él pudo ser el amo.

En el comedor grande la fiesta ha comenzado porque acaba de llegar un zepelín. Hoy está permitido que entren a la estancia estos contrabandistas de licores. Traen de todo, y hasta una baraja para «entretener a los niños»… El juego del monte se arma sobre una mesa y los jugadores se acomodan de pie o sentados en las bancas. Se hacen las apuestas; pero el juego no dura mucho; el recién llegado, mostrando siempre el caño de su Colt bajo el jersey, ha despelucado a algunos zonzos, y luego ve que le conviene más la venta de licores.

Después viene lo mejor de la fiesta; se improvisa una orquesta con un acordeón y dos guitarras. El lechero la quiere amenizar con su gramófono; sin embargo, en medio de los ochenta o cien hombres, aquello suena como una resfriada voz gangosa. Lo hacen callar: todos prefieren la orquesta.

El jolgorio está en su apogeo, con el alcohol y la música. Todos bailan por parejas, pasodoble, foxtrot, rancheras y una que otra cueca; pero el acordeón y las guitarras tocan al mismo compás y todos bailan en la misma forma. El comedor grande tiembla con esa lentitud de hombres rudos bailando entre ellos.

Cerca de la medianoche se produce la primera reyerta.

Un muchacho vellonero no quiere seguir bailando de mujer con un peón. «A las cambiaditas…» le había dicho; pero este no quiere bailar haciendo a su vez de mujer. Además, el vellonero ha notado que cuando beben de la botella de caña, que el peón lleva al cinto, este aparenta beber sin que el líquido disminuya. Sobreviene un cambio de palabras y allí no más se trenzan a bofetadas. Se para el baile. Les hacen cancha. El vellonero empieza a hacer retroceder al peón, aunque este se ve mayor y más fuerte. Así, retrocediendo el

uno, atraviesan de parte a parte el comedor grande, bajo las dos lámparas de kerosene. Siguen por la cocina a puñete limpio y penetran a la despensa. Allí es donde Vidal, el diminuto panadero con cara de ratón empolvado, le lanza al peón un gran cuchillo de cocina. Es pariente suyo. El cuchillo pasa raspándole la oreja al vellonero y va a incrustarse en el marco de la puerta. El peón, para su desgracia, cae en uno de los cajones de víveres que está con la tapa abierta. Alcanza a sacar la botella del cinto y lanzársela al muchacho; este la esquiva y lo *cocina* a bofetada limpia.

Un ovejero grita: «¡Qué poco hombres somos! ¿Cómo han dejado pelear a un muchacho así?».

Uno de los peones le lanza una grosería y se le va encima. La reyerta se entabla ahora entre ovejeros y peones. Son como dos clases sociales en la estancia: los ovejeros ganan más, trabajan todo el año y montan a caballo; la mayoría de los peones trabaja solo por la temporada y van de a pie.

Con la pelea las lámparas de kerosene se han apagado, y en la oscuridad ahora no se sabe quién pega a quién. Algunos logran salir a la intemperie, y desde allí escuchan el fragor de los combatientes. Es como si olfatearan una batalla campal. Una humanidad oscura, peleando en medio de su propia oscuridad. ¿Quiénes ganarán la justa colectiva? ¿Ovejeros o peones?

Las marejadas de trompicones se oyen desde la distancia en que están los que han escapado afuera. De pronto, alguien ha encendido una de las lámparas y el tumulto empieza a despejarse. La lucha parece aquietarse. Ovejeros y peones vuelven a sus respectivos campos. Solo quedan peleando como sus representantes, Reyes, el ovejero, y Santana, el peón. Todos los años ocurre lo mismo, y siempre les hacen cancha para ver quién de ellos triunfa. Un año le ha tocado a Santana, otro a Reyes.

El ovejero es alto y huesudo, el peón bajo y cuadrado, con un cuello de toro. Se forma una rueda humana en torno a los contrincantes. Empiezan las apuestas como es la costumbre. «¡Voy a Reyes!». «¡Voy a Santana!». «¡Pongo diez, veinte!». «¡Cinco por tres!» se oyen los gritos.

Centellean los puñetazos en ambos rostros ensangrentados. A veces se quedan jadeantes, tomando aliento, agarrados. En cuanto uno se descuida, trata de cabecearlo el otro. De pronto resbalan y

caen. Alternadamente se revuelcan en el suelo. Ya no es Reyes, el hombre y la bestia, sobre un caballo cerril, son dos hombres o dos bestias, en el suelo, que tratan de dominarse o matarse.

Parece que Santana va a ganar; pero desde abajo Reyes lo abofetea, logra una zancadilla y se recupera. Golpea a su contrincante hasta dejarlo medio sin sentido. Esta vez le ha correspondido el triunfo al ovejero, el mismo que a media tarde había montado al reservado.

Es Noche de Reyes… Después salen a lavarse, calmados ya los ardores de la lucha y tal vez sin odios.

¿Por qué todos los años estos dos hombres tienen que abofetearse así y la manada humana esperar ansiosa el encuentro con cierta maléfica satisfacción?

Ahora hay uno vencido, todos respiran en paz, como si el hijo de Dios que naciera en un lejano pesebre hace dos mil años hubiera venido a redimirlos de nuevo a Tierra del Fuego.

Afuera, el pasto coirón afila sus tiernos cuchillitos de luz anunciando el amanecer de esta Pascua salvaje.

El amigo Pat

Ayer a mediodía enterramos a Patricio Patterson.
El pastor protestante leyó un versículo de su Biblia, en inglés, un trozo que cuenta que «andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar, porque eran pescadores».

En esos mismos Instantes yo vi a Simón K., mi compañero de colegio en Punta Arenas, en medio de su predio en Puerto Zenteno, a la entrada de Cabeza del Mar, donde cuidaba su rebaño de cuatrocientas ovejas, y a Pat, junto al río de las Minas; pero no en busca de oro sobre el puente colgante de la calle Quillota, o debajo de él, entre los travesaños, para ver los colores de los calzones de las muchachas que pasaban al barrio austríaco; simplemente divirtiéndose.

Años después, habiendo ya abandonado el Liceo, nos volvimos a encontrar en el trabajo. Primero en la estancia Sara; después en Río Cullen. En el puesto que Sara tenía en el Páramo, adonde llegaban y salían las ballenas azules, o las orcas, las ballenas asesinas que hacían sus rondas de dos en dos con sus aletas en hoz salientes fuera del agua, como penachos de cascos de bomberos sobre sus lomos curvos, relucientes de negro.

Allí te perdiste, Pat, una noche que regresamos de Río Grande, después que fuiste de un galope a ver a tu amiga Evelina en el quilombo de la Cinchón Tres Vueltas. Me contaste que al volver no pudiste encontrar tu rancho de zinc acanalado sin pintar. Se te perdió entre los altos coironales que en la primavera toman ese mismo color, y su techo se vuelve una manada de yeguas salvajes que rascan con sus crines cuando el viento del oeste pasa galopando de un extremo a otro. Entonces el rancho se estremece como si

fuera a volar agarrado a las colas de las yeguas; pero el viento pasa, y sus maderos empiezan a crujir recomponiéndose como si fueran huesos descoyuntados, Vuelve el silencio, y un pozo de calma, tan peligroso a veces para la naturaleza de los hombres solos.

En el encuentro me contaste que preferías el viento del oeste porque ese, al fin y al cabo, espantaba ese silencio que aumenta la soledad.

Ja, ja, ja, oigo tu gran carcajada cuando me dijiste que despertaste entre las matas negras, junto a tu caballo maneado frente al rancho, y que una bandada de patos barreros saludó en esos instantes al primer rayo de sol abriendo y cerrando su abanico tornasolado sobre la laguna en que anidan, junto a las gaviotas salteadoras, la *catharacta skúa chilensis*.

Nunca pudimos saber, ni tú ni yo, por qué esta fiera depredadora solo anidaba en los pequeños islotes entre los patos barreros o en el lomo pedregoso de la larga escollera del Páramo que parecía otra isla cuando su base se hundía más de siete metros en la pleamar. Desde allí lanzábanse en picada hasta Punta Sinaí, en la Sara, adonde íbamos a mariscar cholgas, y en primavera, con nuestros caballos, a pisotear los millares de nidos de gaviotas con sus dos o tres huevos jaspeados de verde pardo en los huecos fabricados por la eterna erosión del viento del oeste sobre el cascajo de esa plataforma costera. Las gaviotas, siempre acostumbradas a sacar los ojos a los corderitos…

Los cisnes de cuello negro, de los que algunos decían que solo les quedó eso de sus antepasados australianos, anidaban en la gran laguna de la vega que míster Trevor quiso desecar con un canal que la vaciaría en el océano. ¿Te acuerdas, Pat?

Esa vez que hicimos el último tramo, el mar entró en la laguna y Punta Sinaí casi queda convertida en otra isla fantasmal que aparece y desaparece, se estira y encoge, entre quince y veinte kilómetros, tal la escollera del Páramo.

Ja, ja, ja, vuelvo a escuchar tu risa, al saber que míster Trevor no era ingeniero de canales, mares y lagunas, sino un simple cabo o sargento de un regimiento de zapadores para cavar trincheras en la Primera Guerra Mundial. Tuvo que irse míster Trevor, y a la laguna convertida ahora en estero, por donde entraba y salía el mar, empezaron a llegar los flamencos con sus banderas rosadas. Cada

vez que se helaba nos poníamos los patines, abríamos nuestros impermeables trinchera a manera de velas cuadradas, y con el viento del oeste nos dejábamos caer sobre los flamencos, que no podían emprender el vuelo con sus grandes zancos rojo sangre, resbalándose porque no habían aprendido a patinar con ellos sobre el hielo. Siempre le faltará algo a la naturaleza en su afán de perfección. Por eso la pingüina que pone un solo huevo, cuando se lo roba la *catharacta skúa chilensis*, busca una piedra que tenga la forma y color de su huevo perdido, la empuja hasta su nido vacío, y se echa a empollarla con la terca esperanza de crear una nueva familia: Por eso, seguramente, nos decía míster Trevor que el buen trabajador, como el buen soldado, no solo debe dormir sobre las piedras sino comer piedras. ¡Ja, ja, ja!

Y la Evelina, que veía en ti a un verdadero príncipe de Gales, por tu altura, y más que nada por tu traje, que te enviaban desde Escocia tus tíos, te esperaba desde la ventana donde tenía una planta. «Porque una planta, no sé… me da energía y paciencia para aguantar esta vida. La veo como si viera crecer a un niño… Energía para aguantarlos a ustedes, que bajan como potros chúcaros de las estancias, y paciencia para esperarlos eternamente, en la ventana, porque de eso vivo».

Yo iba donde la Elena, que según contaba había arrancado desde Ushuaia porque los presidiarios y el cafiche del cual dependía le habían destrozado su personalidad. Tenía sus frases que repetía con crudeza; se había ahombrado por causa del cafiche; sin embargo decía; «No te metas nunca con un maricón porque te vienen tres años de desgracia». Y así había sucedido.

Ya no puedes recordar que el mercachifle Göring: pasó por la estancia con su macho Gómez; nos regaló a todos tabaco y tres cajas de cigarrillos Capstan, con tal que lo alojáramos en el comedor chico.

Los campañistas del comedor grande empezaron a burlarse de nosotros porque nos habíamos llevado la pepa de oro y a ellos les habíamos dejado el fierrillo. Después de estas pesadas bromas llegó el segundo administrador, el viejo MacKay, y echó a Göring casi a patadas y este tuvo que partir con su amiguito. Después se fue a instalar a la casa de la Vieja Encaña, y se encontraron con el gendarme argentino que les pidió su documentación. Gómez se le

encachó respaldando a Göring. Hubo un altercado.

El sargento volvió a exigir la documentación:

—¡Si no obedeces mi orden! —le dijo—. ¡Te mato!

—¡Mata si puedes, si eres hombre! —replicó Gómez. El gendarme sacó su revólver de reglamento y lo mató. Göring miraba a la distancia con su nariz ganchuda y su largo pelo rubio cubriéndose la nuca como las plumas de un carancho asustado. «Se habían completado los tres años de desgracia», comentaba Elena.

Amigo, verdadero hombre amigo, cuántas cosas vimos como estas desde nuestros dos parejeros de Río Grande hasta tu rancho en el Páramo. Tú me hablaste de la mala fama que tenía ese puesto y la estancia Río Cullen te había mandado allí, como a una frontera entre las bestias de la pampa y el mar. Desde que se volvió loco el viejo Oberonz de tanto tomar caña en el boliche de Santiago. Oberonz era sorabio, una minoría eslava enclavada y salvada por milagro en el sureste de la Alemania imperial, y Santiago, un dálmata que había servido a las órdenes de Julio Popper, el Rey del Páramo. Ambos se llevaban añorando la Sorabia y la Dalmacia natales. Sus madres, padres, hermanas y hermanos, muertos en las batallas unos, violadas como las indias onas otras, cuando la gran guerra iba y venía por esos pasos de alternativa.

Ni tú ni yo, Pat Patterson, supimos nunca qué pasó con el viejo sorabio. Los gendarmes Kuscevich y Fernández, de la comisaría de San Sebastián, habrían encontrado su cuerpo despedazado y quemado, con sus huesos convertidos en cenizas, como hacíamos nosotros con las ovejas podridas que teníamos que quemar en una fogata sobre las matas negras para limpiar los campos.

Partías para donde estabas vuelto, a veces yo también. Volvimos a encontrarnos en cerro Guido.

Rememoro nuestro último arreo desde la cordillera Carmen Sylva a los corrales de la estancia. Domingo y yo, con trescientos vacunos cerriles para marcarlos. Al pasar por la sección Treinta los animales rompieron las alambradas y se nos tiraron a la laguna. Tratamos de contenerlos y fue imposible. Tú montabas el Pololo, un alazán tostado. Domingo, uno de sus mejores pingos, que sabía de sus largas piernas de amansador, y yo el Jerezano, un maldito moro que se me boleaba cada vez que sentía el tirón del pegual para cinchar a una vaca retacada. Se nos murieron tres o cuatro animales

que, sudorosos y sedientos, se nos metieron laguna adentro para quedar allí enfangados e hinchados de agua, como boyas flotantes. Ni descuerarlos pudimos para proseguir el arreo. Tú y yo atrás por los flancos para que no se nos abrieran. A veces se nos escapaba una vaquillona y salías a paletearla hasta que se integraba a la manada. Yo también lo hice más de una vez; sin embargo, el Jerezano conocía mi miedo a través del latido de mi sangre, que llegaba al tintineo de las lloronas y, en sus oídos, tal vez un zumbido que le había quedado de un rebencazo dado por la cacha de un mal amansador. Se asustaba casi antes que yo y se me boleaba, salvándome y salvándose de caer revueltos en la rodada con la vaquillona entre quebrazones de huesos.

Ahora, viejo amigo, galopas hacia la eternidad en tu alazán tostado por el fuego y las cenizas de tu vida.

Sabías siempre embarcarte y desembarcarte en los temporales de las estepas fueguinas, que no son otra cosa que la prolongación del mar de sus islas.

Recuerdo cuando nos contaste que te ibas. Algo raro te había sucedido con el administrador de la estancia o con la señora del administrador. Como eras medio gringo y hablabas inglés, míster White te había encomendado que sacaras a pasear a su mujer. Nosotros te habíamos observado a veces y hay que reconocer que lo sabías hacer muy bien. Todo te acompañaba para hacer grato tu trabajo de agradar a la *lady*. ¿Qué te pasó, Pat?

Volvimos a encontrarnos en otros lugares con nuestras vidas totalmente cambiadas. Ya no éramos los mismos, pero siempre amigos. Te casaste con una estanciera hija de ingleses, empero preferías el trabajo en el campo. Por eso te pasó el percance que te llevó a la tumba, Pat Patterson.

En tu estancia, en tu propio trabajo caíste en una rodada que te averió tu pierna izquierda. No te cuidaste; te la cortaron; hiciste mofa de tu situación. Rechazaste la pierna ortopédica, preferías una muleta. Te doblabas el pantalón, cosa que se viera que eras cojo. Te reías un poco de ti mismo, parecía que nada te importaba, ni tu vida misma.

Siempre te recordaré como un hombre cabal y por eso estuve ayer contigo en tu ceremonia. Era como un galope por los mismos caminos, Pat.

Galope de esqueletos

Esa noche el viento se había dormido antes que nosotros, fuera del bosque donde pernoctábamos. Fue Facón Grande, el capataz de tropillas, quien nos llamó la atención con un vivo gesto de cabeza:

—¿Oyeron? —dijo ladeando una oreja hacia la umbría.

El Largo y yo nos pusimos a escuchar; al cabo de un rato solo percibimos el rumor de un gran pájaro blanco que cayó deshaciéndose entre el follaje.

—Son los cuajarones de nieve que se caen de los árboles —dijo con desgano al Largo.

—No, es el tranco de un caballo en los envaralados —rectificó Facón.

Nos pusimos de nuevo a escuchar; pero otra vez volvimos a percibir solo el ruido de los trozos de nieve que caían triturados desde las altas copas de los robles.

Todos estábamos acompañándonos en torno a la hoguera que abría y cerraba con sus llamas el corazón del robledal. Los caballos triscaban hojillas tiernas en la linde oscilante de la luz de las llamas; los perros dormitaban con sus hocicos enterrados en la ceniza, y nosotros fumábamos un cigarrillo apenas terminada nuestra frugal merienda.

El fuego ya había derretido nieve en su derredor, y el rostro mojado de la tierra se asomaba cordial después de tantos meses de ver solo una costra blanca uniformando todas las cosas.

Aquel invierno había sido largo y cruel en toda la extensión de la Patagonia.

En Iemisch Aike, hubo necesidad de arrear grandes manadas de yeguas salvajes para abrir senderos en la nieve y poder rescatar los piños de ovejas que habían quedado atrapadas en los campos altos,

de veranada, con la caída de prematuras nevadas.

Con todo, fue imposible sacar unos trescientos vacunos metidos en las estribaciones andinas más altas, y ahora, a comienzos de primavera, íbamos en su búsqueda.

Facón era el más baquiano en estos montes. Lo apodaban así porque siempre llevaba un gran cuchillo con cacha de plata, atrás, en la cintura; su nombre era José Díaz y trabajaba de capataz de tropillas en la estancia.

El Largo derivaba su apodo de su estatura, formaba pareja con el capataz en el amanse de potros y era su ayudante en la atención de las caballadas; se llamaba Basilio Oyarzo.

Yo en aquella época era Tomás Friend, capataz de la sección Chankaike de la misma estancia. Digo «en aquella época», porque antes fui Emiliano Amigo, apellido que traduje por Friend, que me acomodaba mejor dadas las circunstancias.

De pronto, los perros dejaron de dormitar, levantaron sus hocicos y empezaron a husmear hacia la umbría. Al momento, sentimos el característico gloc-gloc del tranco de un caballo sobre esos puentes de troncos rústicos que se voltean en los pasos fangosos de los bosques. Los perros saltaron por sobre las llamas y armaron una gran algarabía en el corazón de la arboleda. Al rato, entreabriendo ramazones, apareció un jinete en caballo zaino, seguido de dos perros que se refugiaban entre sus patas, eludiendo el acoso de sus congéneres.

—Güenas —saludó el recién llegado.

—Güenas —le contestamos.

—Puede desmontar, si gusta —agregó Facón.

Espoleó su caballo hasta el tronco donde estaban nuestras monturas.

Se apeó, le aflojó la cincha, le puso las maneas y se acercó al fogón.

Disminuyó su figura al bajar del caballo; era un hombre más bien bajo, vestido con perneras y chaquetón de cuero crudo, de oveja, con la lana por dentro. Botas de media caña, bufanda al cuello y gorro de piel de guanaco con orejeras para el viento.

—Todavía queda algo para churrasquear —díjole el Largo, mientras le arrimaba una media paleta de cordero que quedaba en el asador.

—Gracias, muchas gracias —contestó sacando su cuchillo descuerador y dando un tajo en la paleta. Se iba a llevar el trozo de carne a la boca cuando sus perros lo miraron lastimeramente y empezaron a gimotear. Entonces cortó el trozo en dos y se los lanzó al hocico.

—Aquí hay otra para los perros —dijo el Largo, y se levantó a buscar un trozo de carne de cogote que partió en dos.

El recién llegado cortó otra lonja y se la llevó a la boca, tajeándola sobre sus mismos labios a la manera gaucha; de pronto tuvo una especie de atoro, se agachó y empezó a gimotear como sus perros.

—El humo de estas ramas verdes atora a cualquiera —comentó el Largo, mientras atizaba el fuego…

—No es el humo, compañero… Es el hambre… Hace tres días que no comemos.

Era la primera vez que yo veía llorar así de hambre a alguien en la Patagonia. Después de la Huelga Grande del año diecinueve, los estancieros y los trabajadores habían pactado un trato que permitía que todo hombre hambriento podía matar una oveja en el campo, comer su carne y dejar solo el cuero como muestra del hecho, sobre el alambrado. Así, en caso de esa extrema necesidad, el hombre no se consideraba un ladrón. Podía también permanecer tres días en los puestos de la estancia, con alimentación, alojamiento para él, sus caballos y sus perros.

—Hace tres días que no puedo salir de estos montes —dijo, después que se hubo serenado, y agregó—: No conocía el monte. Soy de la Tierra del Fuego, de la parte donde no hay montes. Me perdí… Me llamo Enrique Boney.

Comió abundantemente de la paleta. Después le cebamos unos mates. El Largo había ido en busca de unas brazadas de ramas para armarse su cama, cuando Facón le ofreció su tabaquera para hacerse un cigarrillo; pero al lanzarle el envoltorio de tabaco por encima de la hoguera, el recién llegado entreabrió las piernas, yendo la tabaquera a parar al suelo mojado. Con azoramiento la recogió y la limpió con la manga de su chaquetón.

Vi que los ojos de Facón se clavaron como dos ascuas inquisitivas sobre el afuerino, y luego se volvieron hacia mí como si quisieran decirme algo.

No pudieron decírmelo sino el otro día en que bosque adentro íbamos al tranco de nuestras cabalgaduras, en espera del Largo, que había ido a encaminar al tal Boney hasta el encuentro de la pampa.

—¿Se dio cuenta de lo de la tabaquera?

—¡Sí! —respondí mecánicamente, mientras miraba la negra grupa de su caballo.

—Fue raro, ¿no le parece?

—Raro… —repetí por contestar algo, pues en realidad no me daba bien cuenta de lo que Facón quería decirme.

—No sería el primer caso. En la Huelga Grande nos encontramos con una española que andaba así, vestida de hombre.

—¿Cree usted que se trata de una mujer?

—Solamente una mujer abre sus piernas para recibir algo en sus polleras. El hombre las junta.

—Le confieso que no me había dado cuenta de eso…

—¡Bah, yo creí que se había enterado cuando nos miramos! Entonces callemos esto. Puede ser nada más que una sospecha mía, y no hay para qué andar levantándole la cola a la gente para ver de qué se trata.

En esos mismos momentos nos daba alcance el Largo y no hablamos más del asunto.

Solo que en la segunda noche en aquellos bosques ya no pude dormirme inmediatamente, y me recosté sobre mis precarias pilchas tendidas en mullidas ramas de roble a manera de colchón. Se me aparecía el afuerino, con su gruesa cacha de rebenque dándole vueltas entre los dedos, las chispitas de sus ojos grises, el pelo que le asomaba como una mata de pasto coirón debajo del gorro de piel de guanaco, y entreabriendo las piernas, como una hembra, para recibir algo en su regazo.

Primero fueron los cóndores revoloteando sobre lo alto de una quebrada; después los caranchos, con sus ojos rojos ahítos, los que nos encaminaron hacia el lugar donde había parecido el piño de vacunos que buscábamos. Algunas aves de rapiña casi no podían volar al momento de acercarnos, así estaban de llenas con el festín. Este había comenzado hacía ya bastante tiempo, por la forma en que los esqueletos ya blanqueaban a la intemperie. Sin embargo, abajo, adentro del bosque aún pudimos encontrar algunos con el cuero entero, que fue lo único que logramos rescatar de todo aquel

piño extraviado.

La catástrofe se había producido cuando los hielos se aflojaron. Los animales permanecieron ramoneando hojas de robles que sobresalían por sobre la nieve, creyéndolos seguramente arbustos, cuando en realidad se trataba de las altas copas de los árboles. Al llegar la primavera el planchón de nieve y hielo, sostenido por los troncos que configuraban una verdadera bóveda, se aflojó, desplomándose con el peso de la animalada. Esta había quedado engarzada entre los ramajes, de los cachos algunos, ensartados y despanzurrados otros; pero todos más o menos en la posición de un galope estático, grotesco y macabro, cuando las aves de rapiña dejaron aquellos esqueletos mondos. Solo el viento del oeste silbaba entre esos huesos descubiertos dándole al rumor del follaje un lamentoso ulular que no tenía en otros lugares.

Así fue como soñamos con un rumor de carros y caballadas en los campos de la sección Chankaike o Barranca Blanca.

Un tablón entarugado

En la precordillera había un lago como un ojo de agua entre acantilados profundos, donde se encajonaba el viento levantando trombas de lluvia que rugían en medio de los sórdidos socavones.

Una vez había llegado hasta aquí toda la estancia en plena faena de señalada. Unos ciento veinte hombres de a caballo, conduciendo corrales de malla portátiles, piquetes de fierro y madera, grandes ollas, leña, víveres y todo cuanto necesitaba una estancia desplazada hacia las serranías, desde la pampa en plena labor de marca.

A fines de octubre los días son bastante largos. Con las primeras luces del alba los ovejeros salen a rodear el campo y a media mañana llegan con sus piños hasta donde se han levantado los corrales de aguante. Ocultos con las redes de malla entre el pasto coirón, los peones aguardan el piño, y cuando este pasa las lindes, se levantan gritando al unísono para acorralar la animalada; se clavan rápidamente los piquetes y esta queda totalmente encerrada. Luego siguen los agarradores de animales, que ponen los corderitos a disposición de los marcadores que les harán unas muescas en las orejas, cortarán sus colas y, si se trata de machos, los castrarán a diente; más saludable para el animal; basta un pequeño corte en la bolsita del testículo y una suave presión sobre ellos para que las venillas cautericen rápido. En un día se puede hacer esta operación en dos campos de siete mil ovejas. Pasada la marca, iba de vez en cuando a echar un vistazo a mi sección, donde se mantenían unos cinco mil capones de engorda.

Siempre nos juntábamos Facón, el Largo y yo. Éramos los más antiguos y nos habíamos amistado en el trabajo; dentro de la cotidianidad rutinaria no faltaban incidentes o novedades que

convenía comentar, útiles a veces para espantar el tedio de los hombres solos.

A mi regreso, esta vez, recibí una noticia inesperada que me costó mucho llegar a entender. Se había incorporado a la estancia un nuevo ovejero al que apodaban Perico Sur, por lo difícil de pronunciar su apellido. Venía casi arrancando o, mejor decir, era un sobreviviente de las huelgas de los años veinte. Su historia-leyenda la había narrado varias veces y yo era el último en saborearla:

«Nací el 25 de enero de 1906, trabajé desde los doce años en una estancia patagónica; fui mozo de cocina, peón, recorredor de campo, aseador y tropillero; aprendí todos los trabajos de la ganadería. Llegué a ganar siete libras esterlinas y diez chelines al mes; de ellos mandaba cinco libras a mis padres que estaban en Río Gallegos. Viví en una mediagua con cama de tablas y colchón de tres cueros lanares. Otros dos trabajadores dormían allí mismo. Pocos duraban en la estancia porque la comida no era para humanos.

»Fui testigo de dos huelgas muy justas, por el mal trato que recibíamos, las inhumanas condiciones de vida, incluida la pésima alimentación. No conocíamos el pan, solo unas galletas marineras famosas por su dureza, que se guardaban por años, y que las más de las veces servían para engordar ratones. Las comunicaciones prácticamente no existían, algunos diarios solían llegar a las semanas o meses después de publicarse.

»De la primera huelga solo tuvimos noticias tiempo después de iniciada, por los pasajeros que ocasionalmente llegaron a pernoctar a la estancia. Los sucesos no los conocimos del todo.

»Para la huelga Grande las cosas eran totalmente diferentes. Se conocía la organización que tenían los obreros, entre los que había varios anarquistas españoles y argentinos diestros en la cosa social. Ellos recorrían las estancias y obligaban a los trabajadores a incorporarse a las comisiones, y así iban haciendo crecer su movimiento; recogían armas, víveres y carne para los días que les llevaba este recorrido, que era muy penoso.

»Nuestra cena era a las seis de la tarde. Un día domingo mientras esperábamos que el cocinero nos abriera la puerta del comedor grande, lo que hacíamos con ansiedad porque era el único día en que comíamos un postre, fuera un poco de arroz con leche o

huesillos, escuchamos los ruidos de un gran galope de caballos. Supimos que era una tropilla apreciable, y no una de esas manadas salvajes que a veces pasan durante horas hacia la pampa. No pusimos mucha atención, ya que es frecuente el paso de tropilleros llevando potros salvajes para amansarlos bajándolos desde la laguna de los Dinosaurios, o del cruce Lorenzo Desgracia, donde se comercian potros y redomones, en negocios no muy claros, o más bien turbios.

»Por eso fue inesperada la aparición de obreros barbudos que encabezaba el caudillo Soto, de quien ya habíamos tenido noticias muy confusas. Vestían a maltraer; llevaban armas con las que nos encañonaron, y nos obligaron a ponernos manos arriba. Luego nos metieron en una pieza oscura, custodiada por gauchos argentinos y chilenos armados, mientras unos pocos daban cuenta de nuestra comida y del ansiado postre. Dos de los huelguistas me echaron el ojo:

»—¡Vos, pibe, vayamos a rodear a la Anita, que la conocés muy bien! Necesitamos unos buenos pingos que vos sabés dónde están; quedáte tranquilo.

»Esta comisión ya contaba con cerca de doscientos campesinos y una tropilla de seiscientos caballos; se habían dividido en el lugar de Los Vascos, en pequeños grupos para seguir capturando armas, caballos y víveres. Vinieron otras comisiones y una cuarta cuyo jefe era el famoso tuerto Zárraga, hombrón alto, macizo, con muchas trazas de matón. Este fue quien ordenó que los extranjeros que no habían participado del movimiento fueran tomados de rehenes para responder por las vidas de los que pudieran diezmar las tropas al mando del coronel argentino Varela.

»Con su cuerpo de gendarmes muy bien armados, estas se dirigían a la estancia Anita, donde se habían hecho firmes centenares de obreros dispuestos a defenderse hasta la muerte en esta lucha por la justicia que los había unido a todos.

»Muchos tuvieron que rendirse; levantaron bandera blanca. Habían sido traicionados, primero por algunos cabecillas y luego por los mismos soldados, que no cumplieron con la condición pactada de respetar sus vidas luego de la rendición.

»El resto de la historia es muy sabida; se conocen las masacres que allí se sucedieron; pero siempre hay alguna vida que salva la

dignidad del hombre, y Zárraga fue uno de esos que no se rinden, y él era el cabecilla de los últimos que nos estábamos salvando. Triste pero valiente encrucijada en medio de la ventura o desventura. El destino determinó que los trece obreros de la comisión a la que me habían añadido fuéramos llevados a un monte cercano; Zárraga me apartó y me hizo escapar. Minutos después sentí las descargas que gritaban la muerte de los desafortunados compañeros. Me tocó pasar por el sendero del monte aquel donde como único recuerdo queda un tablón rústico entarugado al grueso tronco de roble de veinte o más metros, que tiene un epitafio grabado a fuego:

> *Aquí yacen los restos de trece valientes obreros que buscando justicia fueron fusilados en la huelga de 1921.*

»Era yo un muchacho de solo quince años; en busca de otros horizontes me fui de Anita y encontré trabajo en otra estancia, contratado de recorredor de campo. Varios éramos en esta faena, que exige mucho.

»Los sucesos de la huelga eran el principal comentario en los ratos de ocio o durante la comida. Yo era el más silencioso porque la muerte la había tenido muy cerca. Otro de los nuevos en este campo era un mocetón de mediana estatura, vestido un poco a lo gaucho, bufanda y gorro de piel de guanaco. Nos amistamos rápidamente porque habíamos pasado por las mismas situaciones de la huelga; estaba muy enterado, y a poco de conversar y unos cuantos mates bien cebados, me contó su verdad: había sido un enlace de los sublevados; las fechorías de los patrones y las tropas no eran de recordar; en cambio, los huelguistas peleaban por sus derechos para un mejor vivir, nunca cometieron barbaridades contra patrones ni menos con sus mujeres.

»Nuestra amistad se hizo cada día más estrecha, y nos buscábamos en cada momento libre. La cuestión se fue poniendo rara. Yo me sentía atraído por sus modales, su expresividad; se había producido una real comunicación, lo que empezó a llamar la atención de los otros campañistas y recorredores y fuimos sujeto de burla y comentarios.

»No me quedó más que enfrentarlo, porque él no se inmutaba por nada. Así supe la verdad: era la famosa Fueguina, que hizo historia en la huelga Grande. Vestida de hombre, sirvió la causa de

los sublevados llevando los recados de estancia en estancia. Perseguida por la policía y las tropas de Varela, huyó por la cordillera y se refugió entre unos peñascos sin ser habida.

»Cierta o no esta historia, algo se quebró entre nosotros. Ella no podía continuar engañando vestida de hombre, y yo tampoco podía parecer lo que no era… Así, disfrazada como siempre, partió primero. ¿Hacia dónde? No lo sé. En cuanto a mí, no pude seguir mirando las paredes del cuarto, ni esos campos que juntos habíamos recorrido; los recuerdos se me entrecruzaban como arabescos entre los párpados. Por eso estoy aquí contando mi propia corta vida, como un tablón entarugado a su propio árbol del destino».

Don Óscar Y EL FANTASMA

Don Óscar era un perro viejo y su nombre se lo había puesto un campañista mordaz en memoria de un contador de la estancia que no había dejado buenos recuerdos entre la gente trabajadora. El hombre de la contabilidad sabía muy bien sacar sus cuentas, tanto las propias como las del patrón; no así las de los trabajadores, a quienes les recortaba de su quincena de salario las cifras colgantes de las centenas porque así le resultaba más fácil redondearles la cantidad. Sin embargo, llegó el día en que los obreros se dieron cuenta y el contador tuvo que partir.

Al tal campañista yo le cambié el perro por una carona tan vieja y erosionada por el tiempo como la piel del animal. Pero *Don Óscar* me servía en el cuidado de los animales finos, que estaban a mi cargo, mejor que un perro nuevo, pues sus ladridos ya opacos y su correr cansino se adecuaban muy bien a la tranquilidad de los gordos carneros de la raza Corriedale.

Aquella mañana fuimos como todos los días a darles de comer en un potrero donde se levantaba, semejante a una casa, una gran parva de pasto. La avena no alcanza a madurar en la Tierra del Fuego y en el otoño se guarda, con el grano verde aún, en grandes montones apretados para dársela a los animales en la temporada de invierno. El germen inmaduro se encoge y da al pienso una cualidad de sabor que se adivina por el gustoso paladear de las ovejas.

El viento del oeste sopla fuerte la mayor parte del año sobre la vasta llanura fueguina. Y si no pasa rasante sobre los extendidos pastizales de coirón, se le presiente arriba por el titilar de las estrellas en plena noche, y en el día por las nubes que avanzan con sus grupas desgarradas por látigos invisibles.

A veces, por los claros del cielo asoma el sol, y sus rayos trazan dardos de luz que avanzan por la llanura jugando con las sombras. Entonces pampa y cielo adquieren las proporciones de un escenario

grandioso y fantástico, donde hasta los pastos esperan algo que necesariamente debiera suceder.

La mañana aquella era una de esas con nubarrones pardos que jugaban en un cielo de luz exultante.

Los centenares de carneros finos estaban repartidos por el campo. Me dispuse a mi tarea de rodearlos acompañado por *Don Óscar*. Era la primera vez que nos probábamos en esta faena, y nos sentíamos conformes.

Había aprendido muy bien a distinguir mis silbidos; para mandarlo le daba dos cortos, y si lo quería llamar, era uno largo y dos cortos con amor. Así sabíamos entendernos.

Después de ayudarme con la animalada, mi perro se había quedado tendido a la distancia, junto al alambrado del potrero en cuyo centro estaba la parva. Con una horqueta yo trasladaba el pasto a los comederos de listones en forma de V, por cuyos intersticios los carneros metían los hocicos para triscar la avena.

En eso estábamos cuando de pronto bajó de lo alto un soplo de viento arremolinado, un torbellino suelto y solitario que empezó a recoger las briznas entre los comederos y la parva; fue así como formó un cuerpo fusiforme que torneaba sin cesar, ya haciéndole una cabeza, o una especie de panza, o un casquete descomunal.

La inmensa fuerza de la tromba en un momento me arrancó hasta las hierbas que yo sostenía entre los ganchos de la horqueta y el fantasma de pasto empezó a rondar junto a la parva.

Al ver el extraño fenómeno mi perro levantó la cabeza con cierta inquietud y llamó mi atención. Yo hice lo mismo y me puse a mirarlo afirmado en la horqueta, vaciada de hierbas por el golpazo de viento.

Un grupo de loicas de pecho colorado brotó del seno de la parva, donde habían anidado, y voló al espacio como una luz de fuego de la tierra a enervar esa otra que venía del cielo por entre los nubarrones pardos.

De súbito, el fantasma se alejó de la parva y a campo traviesa se dirigió al lugar donde estaba tendido Don Óscar. Este, sorprendido, se levantó al verlo.

A la distancia, su figura se destacó aún más contra la infinitud de la pampa. Semejaba un espantapájaros que daba una y otra voltereta en una curiosa carrera. Cuando llegó al cerco de alambre,

por supuesto que no lo saltó como lo hubiera hecho un animal o una persona, sino que lo pasó de través, entre las cinco hileras de alambre, sin desprendérsele ni una brizna de su cuerpo.

Don Óscar enarcó el lomo, se le erizaron los pelos, hincó las garras en la tierra y, como si se le hubiese atorado un ladrido en la garganta, abrió el hocico y mostró los dientes en actitud de defensa. Luego, al ver que el fantasma de pasto seguía danzando tras el alambre, emitió un largo y lastimero aullido, como hacen sus congéneres en las noches de luna.

Yo lancé una carcajada al darme cuenta que el aullido del perro era su respuesta porque no podía comprender la extraña manera que empleó aquel cuerpo para cruzar la alambrada.

Sentí que *Don Óscar* me miraba enojado. Tampoco entendía mi risa. «¡Ah, viejo leso!», le dije.

Mas no había terminado de decir estas palabras cuando el fantasma se detuvo en medio del potrero cual si hubiera escuchado lo que había dicho. Vaciló, oscilante unos momentos, y de pronto retrocedió, esta vez zigzagueando. Cruzó de nuevo la alambrada, tal cual lo había hecho anteriormente, pasó por mi lado y después se fue a incorporar a la parva de pasto, deshaciéndose en ella. De paso me lanzó un puñado de briznas que en vez de engancharse en la horqueta quedaron enredadas en mis barbas.

El sol se asomó como un ojo de buey asustado entre las nubes. Llamé a mi perro con los silbidos de cariño y lo acaricié sin reírme. *Don Óscar* me devolvió la caricia con un gimotear donde se mezclaban la ternura y el temor aún.

Desde aquel día, siempre que fui a horquetear pasto para los comederos, eché antes un vistazo al cielo por si un viento suelto bajaba a hacernos una mala jugada; empero no volvió a repetirse el fenómeno. Solo los pechos colorados de las loicas brotaban como chispas cuando enterraba la herramienta en el seno del pasto.

PROCESO AL TRAUCO

El cielo de Compu se abrió de una cuchillada, como si una mano omnipotente hubiera querido desgarrar súbitamente la comba con su espeso misterio de nubes. Un trueno siguió al relámpago y luego el relincho de un potro asustado, lejano. Una lluvia torrencial se dejó caer, redoblando como mil tambores sobre el techo de tejuelas de alerce. Después fue disminuyendo, con ese alivio de llanto que a veces une al cielo y la tierra, y más abajo de la tierra, donde anida el silencio, hecho grumo.

Compu es un estero de siete kilómetros de largo que penetra en la costa oriental de la isla grande de Chiloé, en cuyas riberas todavía se están juntando la sangre indígena y la española, como hace más de cuatrocientos años.

—¡Ave María Purísima! —exclamó la india Rosa de Marillán.

—¡Sin pecado concebida! —le replicó su marido, Fermín, como una letanía lejana.

Carmen, la hijastra de Fermín, se tomó el vientre a dos manos y salió volando hacia el campo como una gaviota herida.

—¿Qué te pasa? —alcanzó a decir la madre, un poco atolondrada.

—¡Voy a mear! —profirió la muchacha, de unos trece años.

Carmen no volvió luego y Rosa salió a buscarla.

—¡Fermín, Fermín, apúrate por Dios! —se oyó su grito desde el campanario.

El hombre abandonó el fogón y acudió al llamado de su mujer que manifestaba espanto. El cuadro que tenía al frente lo dejó paralogizado.

La muchachita acababa de dar a luz sobre un montón de paja ratonera. Pálida, desencajada, permanecía semiinconsciente en la

penumbra sórdida del establo, donde se guardan las ovejas, cuyos excrementos mezclados a la paja sirven al isleño para abonar sus papales, que le entregan su principal alimento.

Las piernas abiertas, el vientre como una gran llaga sangrienta, y más abajo una creatura berreante y desnuda sobre la paja, con el cordón umbilical semejante a una pequeña espía temblorosa unida a las profundidades de la madre.

—¿Sabes cortar esto? —preguntó la mujer al hombre.

—¡No. No!

—Voy por la vecina Lucinda, que hace de comadrona —gritó Rosa y partió corriendo.

La pequeña parturienta se quejaba, estremecida por el dolor y el frío. La creatura berreaba con un ruido de piedras soterradas como el camahueto, el mítico ternero unicornio de las islas que se desbarranca por un traigüén para alcanzar la libertad del mar. Los brujos isleños aprovechan el instante para darle caza con un lazo de sargazo y le raspan el cacho, cuyo polvo sirve para una toma con la que se cura o espanta el susto.

Raspadura de cacho de camahueto necesitó al instante Fermín al ver el rostro de aquella creatura, o más bien cuando esta lo contempló a él, despegando unos ojillos desde sus párpados cerdosos y tumefactos, porque casi toda entera estaba cubierta de un pelaje cerdoso como el de un chanchito recién nacido. También tenía un hociquillo semejante al del animal, pero su asombro fue mayor cuando le descubrió sobre la nuca una pequeña cola, igual al colo, el gato salvaje de las montañas isleñas, y luego seis dedos en cada mano y siete en cada pie.

El apacible balido de una oveja, mientras su corderillo, moviendo la cola como un diablillo, le zumbaba las tetillas, vino a tranquilizar un poco a Fermín, cuyo corazón le golpeteaba el pecho cual una oscura piedra, aguardando la llegada de la comadrona.

Lucinda Ñancul llegó presurosa, premunida de un par de tijeras; cortó el cordón cerca del ombligo y ató la tripa con un trapo limpio.

—¡Hay que esperar que bote la placenta! —díjole a la madre con autoridad.

Trasladaron madre y creatura a una de las modestas piezas de la pequeña casa de mañío y alerce. Prepararon café para reanimar no solo a la parturienta sino a todos, con el espectáculo del monstruo.

Más tarde llegó Julio Gamín, y sus once años se estiraron inconmensurablemente cuando supo que la Carmen había dado a luz un niño nación, que así llaman en las islas a los que nacen defectuosos, ya sean animales u hombres.

—Van a tener que dar cuenta de esto a la tenencia de Chonchi —aconsejó Lucinda Ñancul.

Fermín miró a su vecina con desconfianza. La conocía como lenguaraz e intrusa. Tenía asimismo fama de meiga y hasta de bruja.

—Veremos primero qué pasa —le contestó con tranquilidad.

Pasaron la noche tomando café y comiendo milcao, el pan de patatas con chicharrones de cerdo. La madre fue la única que durmió, agotada por el parto y la falta de alimentos.

Cerca de la madrugada la creatura dejó de berrear. Cuando fueron a verla, con cierto horror y temor, el endriago se había dormido también, por suerte para siempre.

—Ahora sí que hay que dar cuenta para poder sepultarlo —sentenció Lucinda Nancul, con aire de triunfo.

Y así, Fermín no tuvo otra que ensillar su caballo y a cambio de raspadura de cacho de camahueto tomó el camino hacia Chonchi.

Antes de perderse en el sendero que penetraba en la selva, desde una colina ribereña dio una última mirada a los contornos de Compu. Junto al mar, en una puntilla baja y verdeante, estaba la pequeña capilla del lugarejo, tan vieja y anfibia que los líquenes de la costa en ella se mezclaban a los musgos selváticos. Subían por las paredes, cubrían el techo de tejuelas de alerce con un jaspeado césped y llegaban hasta la cruz sobre la puntiaguda cúpula, donde las barbas de palo, con sus tonos cenicientos, se desflocaban con la brisa mañanera como las barbas del tiempo.

Alrededor de la estrecha plataforma marina y por las colinas, entre claros de pampa y bosques, se diseminaban las casas de la pequeña comunidad de Compu, compuesta en mayor parte de indígenas huilliches, mestizos y uno otro que se sentía descendiente puro de españoles por apellidos Barrientos, Barría, Vera, etcétera, y que por ser los más antiguos del archipiélago eran los más propensos a la maternidad indígena, ya que las huestes de Gamboa llegaron a Castro sin una sola mujer española.

El lugar era de una belleza primitiva edénica. Una isla alargada

se levantaba estero adentro, como un gran barco cuya arboladura hubiera echado raíces en la roca y proliferado en coposos velámenes de roble, petas y arrayanes, amarrados por jarcias de boqui, quilineja y otras enredaderas parasitarias de dura fibra. En la punta del sur, que terminaba en una especie de escollera, una negra foca subía reptando como un gran gusano semihumano a digerir su desayuno de róbalos y pejerreyes.

Fermín recordó que en las noches de luna la isleta resplandecía confundiéndose con el *Caleuche*, el buque fantasma tripulado por brujos, y más de alguno lo había descrito como un hermoso barco blanco, de cubierta tornasolada, que entraba estero adentro escapulando los contornos de la isla en cuyo redoso largaba sus anclas de oro.

Mientras Fermín, cabizbajo, se dirigía al tranco del animal a dar cuenta de lo sucedido a Chonchi, el cabo Vargas y el carabinero Lincomán se habían presentado a la casa de la joven madre, movidos por el cumplimiento del deber y la curiosidad, porque las murmuraciones habían invadido todo el lugar.

Los dos funcionarios policiales pidieron a los vecinos que rodeaban a Carmen que salieran del recinto, cuyos olores y humores espesos se entremezclaban, cual si quisieran ocultar al feto envuelto en pobres ropajes.

El cabo Vargas, conocido como el duro, era el que aplicaba los castigos después de las sentencias y, a veces, antes; por eso se le temía; él inició el interrogatorio a la muchacha. Su ayudante Lincomán anotaba con su precaria escritura, un poco consternado por lo que escuchaba y veía, mas no sorprendido. Él era del lugar, hombre de pocas palabras, como si el silencio se hubiera hecho hombre; en tanto que el cabo, sujeto musculoso y fuerte, sabía golpear con ambas manos, hasta que ellas le sudaban y él mismo sudaba un sudor distinto al de un panadero que ha amasado su pan de cada día.

—¡Cuenta qué fue lo que te pasó! —preguntó el cabo.

—Lo que usted está viendo… Tenía muchos dolores y lo boté… —dijo la muchacha, dando vuelta su rostro.

—¡Contesta luego! Di quién te hizo el monstruito porque tenemos orden de informar —insistió el cabo Vargas.

La muchacha, temerosa y confusa, solo respondió:

—¡No sé, no sé!

Los funcionarios se miraron cara a cara, dando término a su diligencia. En los oídos de Lincomán resonaban las palabras de la muchacha y esa creencia tan arraigada en la gente de las islas sobre el Trauco, personaje que ronda tras las doncellas para engañarlas. ¿Podrá ser cierto lo que vimos? Parece que se interrogaban los policías.

—¡Qué sabes tú del Trauco! —preguntóle Vargas a Lincomán, después que escupió el orujo de un puñado de murtas cogido al pasar.

—Algo sé, y he oído del hombrecito que se viste con quilinejas. Una tía abuela me contó haberlo visto, y es el que se aprovecha de las niñas. Es por eso que abundan por estos lados los hijos que llaman de crianza. Pero ¿quiere que le diga algo, mi cabo? Yo no creo mucho en eso, aunque, en este caso… Fíjese que eso no era humano…

En Chonchi, Fermín se dirigió directamente a la Tenencia para hacer su declaración:

> *Aproximadamente a las 14 horas de ayer lunes 6 de febrero, mi hija de crianza, Carmen Ofelia Maripillán Gamín, de doce años de edad, después de quejarse de fuertes dolores estomacales y salir un momento de la casa para orinar, abortó un feto de más o menos treinta y cinco centímetros de largo. Dejo constancia que presenciaron lo que estoy diciendo: Rosa Gamín M., José Roberto Maripillán, Lucinda Ñancul, todos domiciliados en Terao, e Isolina Ñancul, de la localidad de Pilpilehue. También llegaron a mi casa el cabo Víctor Vargas y el carabinero Juan Lincomán. Todo esto lo informo para que se me autorice dar sepultura a la criatura.*

El jefe de la Tenencia, Alfredo Lagos, pidió una investigación, impartió órdenes a carabineros y citó a los testigos de los hechos, lo que comunicó a Fermín Maripillán, haciéndole firmar su declaración. El hombre solo puso su dedo pulgar ya que le tembló la mano al tratar de hacer una rúbrica.

Fermín regresó al pueblo más confuso que antes; pero no sabía si era por sus pensamientos encontrados o por los vasos de chicha de manzana, a la sazón bastante fuerte, que había bebido en el despacho de un Ñancul. No lo pudo evitar porque este estaba muy

curioso por saber la cuestión del monstruito.

En casa contó a su mujer e hijos lo que había expresado en la Tenencia y agregó que estaban todos citados a declarar el día viernes 10 al juzgado de Castro.

Carmen Ofelia, recuperada del suceso, había conversado con su madre sobre la presencia del hombrecillo que la había visitado algunas tardes pidiéndole comida. Era un poco chico y su pelo verdoso. Después que comía, el hombre desaparecía como una sombra. Esto le había pasado varias veces, pero nunca le tuvo temor ni desconfianza porque no se llevaba nada.

Rosalía Gamín sospechaba del Trauco, porque su hija era su hija y se sabía cuidar; mas la versión que le diera Carmen no le ayudó a despejar nada.

La Tenencia de Chonchi informó del sucedido al juez de Castro, quien ordenó un sumario para el «mejor conocimiento y resolver».

Castro, 9 de febrero de 1961

Instrúyese sumario:

Dese orden de investigación a carabineros de Chonchi.

Facúltase el allanamiento, descerrajamiento y detención de las personas que tuvieran responsabilidad en el hecho denunciado.

Practíquese la autopsia del feto enviado a la morgue del hospital local, por el médico legista correspondiente.

Constitúyase el tribunal en la morgue del hospital con el objeto de practicar una inspección personal del feto y presenciar la autopsia decretada,

Firman: Juez, Secretario.

El 10 de febrero Fermín Maripillán, su mujer Rosalía Gamín y su hija Carmen Ofelia se levantaron muy de madrugada y, vestidos con sus mejores ropas, partieron a Castro para cumplir con la citación del juez, La primera declaración la hace Fermín, encontrándose en el expediente lo que sigue:

Castro, 10 de febrero de 1961

Comparece Fermín Maripillán Raín, domiciliado en Terao, agricultor, casado, treinta y nueve años, no lee ni escribe, quien

juramentado expuso:

El lunes por la tarde me encontraba en mi domicilio en compañía de mis hijos menores. A la una Ofelia del Carmen sintió unos dolores de barriga. Acto seguido vi que salió al patio de la casa para orinar. Habrían transcurrido unos dos minutos cuando oímos que llamaba a mi esposa que en esos momentos llegaba de Chonchi y al llegar al lado de su hija le dijo: «Mira, mamá, mira lo que he botado al hacer pichí». Al oír los gritos también salí de la casa y fui al lugar y pude constatar que junto a mi hija había un feto sin señas de vida y al examinarlo tenía siete dedos en cada pie y seis en cada mano, con el cuerpo cargado de vellos, en la cabeza tenía la forma de un cuerno que bajaba hasta el cuello y la cara semejante a un mono. Al interrogar a mi hija me manifestó turbación y sorpresa…

Una firma no legible.

Rosalía Gamín Maripillán declara a continuación y dice:

Venía llegando de Chonchi cuando Ofelia empezó a sentirse con molestias y salió corriendo de la casa para hacer sus necesidades. Pero luego me llamó a gritos. Fui a verla y vi que estaba en el suelo, con algo entre las piernas; parecía un poco un ser humano, también podía ser un animalito. Por eso, porque se trataba de un fenómeno, dijimos que era bueno dar cuenta a la autoridad.

Firma de Rosalía Gamín.

Ofelia del Carmen Maripillán Gamín, soltera de doce años, lee y escribe, expuso que:

Recuerdo que en el mes de octubre del año pasado, no me acuerdo mucho de la fecha, pero fue en la mañana y me encontraba sola en la casa ya que mis padres se encontraban en Chonchi comprando las faltas, y mi hermano de crianza estaba en la escuela. En esos momentos tocó la puerta un hombrecito a quien nunca había visto antes; lo hice pasar y se sentó y me dijo que venía de Ancud y estaba cansado. Le serví de mi comida porque ya la tenía lista. Entonces me ofreció hartas cosas y dinero; él me mostró una cartera o algo parecido; andaba pobre, y los pantalones medio cortos y verdosos; después no sé cómo se fue, partió para no sé dónde, porque desapareció; no sé qué edad

podría tener; sí me acuerdo de sus zapatos que eran muy raros y viejos; no parecían zapatos… Pero antes me echó al suelo y me usó como mujer…

Después de esta declaración, Fermín y Rosalía se miraron, sorprendidos por lo que habían escuchado de boca de su hija.

El juez dictó una nueva orden de investigación a carabineros de Queilen, para ubicar a la persona cuyos datos había proporcionado la menor. También ordenó la sepultación del feto por considerar que su expulsión había sido natural, no provocada, y que el médico legista había hecho la autopsia correspondiente.

Pasados unos días declaran la mujer que hizo de comadrona, Lucinda Ñancul, y el hijo de crianza José Maripillán. Ambas declaraciones no agregan nada al sumario, por lo que el señor juez amplía la orden de investigar.

Mientras tanto, los carabineros de Queilen prosiguen en busca del hombrecillo, cuyos datos no coinciden con persona alguna de la comarca. En su andar recorren las márgenes del estero de Compu hasta su desembocadura y en una lancha a motor llegan a Queilen. Todos los paisanos conocen ya el nacimiento del «monstruito»; de modo que cuando los policías preguntan si han visto al hombrecito, muchos se ríen y dicen: «Vayan a preguntarle a Fermín»…

Terminada su comisión, los carabineros informaron que «no existe la persona que figura en la orden, que habría violado o engañado a la joven».

Visto lo informado por el Retén de Queilen, el juez solicita nuevamente la presencia de Ofelia del Carmen Maripillán, la que expresa lo siguiente:

Lo que dije ante US. en la otra oportunidad no es verdad, ya que mi padre me aconsejó que era del Trauco porque una está acostumbrada a eso. Y dicen que puede ser cualquier humano que se transforma en el Trauco y uno no lo puede rechazar porque le va mal, y ellos siempre andan detrás de las niñas que todavía no han sido usadas como mujer. Ahora digo que hace como un año que mi padre me acompañaba

en los trabajos de campo, en la cosecha de papas, y una vez que estábamos los dos solos, en un lugar apartado de la casa en Terao, comenzó a darme besos, a lo que me presté porque me gustó, y luego me acarició con sus manos el cuello y los pechos para seguir tocándome con sus dedos. Eso me movió a ver qué pasaba, y entonces él me usó como mujer. Su señoría, esto lo hizo varias veces como un año; cuando me vio engordar, se asustó mucho y me preguntó si estaba preñada, a lo que no pude responder, porque no lo sabía. Cuando nació la guagua se fue a Queilen a dar aviso a Carabineros y cuando me citó el Tribunal me dijo que contara lo que declaré antes. Estas relaciones las tuve con mi padre en el campo, y mi madre no sabe nada porque ella también piensa como yo, creía que una no puede decirle al Trauco que no. Estas son todas las relaciones que he tenido con hombre alguno.

Después de esta declaración se ordenó que Carmen quedara detenida en el departamento de menores de la cárcel Pública, y se citara nuevamente al padre para un careo con ella.

7 de abril de 1961

Fermín Maripillán dice:

Nunca jamás he tenido relaciones con mi hija de crianza Carmen Ofelia, y es absolutamente falso lo declarado por ella ante su señoría; de manera que no soy el autor de los hechos que se investigan.

El juez ordena la incomunicación del presunto autor.

El mismo día 7 de abril de 1961, Ofelia del Carmen manifiesta:

Mantengo mi declaración, pero tengo que decir toda la verdad; no solo fue mi padre el que me usó como le dije al principio, sino que antes fue Baudilio Aguilar, que yo creo tiene

como dieciséis años; y me pescó a la fuerza porque me tomó de los brazos y me levantó las polleras. Solo tuve una vez relaciones con este muchacho y fue cuando el terremoto del año pasado, y cuando me echó al suelo yo no usaba calzones, por eso no tuvo necesidad de romperme las ropas. Después de Baudilio, mi padre, a los días después del terremoto, también me usó en el campo, por las tardes, a la hora de la recogida de la leña, solo dos veces y no cinco o seis como dije antes. Lo hice por voluntad, sin violencia en mi persona.

Pero también en septiembre del año pasado, yo estaba en la cocina de mi casa, llegó Miguel Aguilar, hermano de Baudilio, que parece que es mucho mayor. Como estaba sola me tomó del cuerpo y por la fuerza me botó en el piso y procedió a usarme. Después se fue y me advirtió que no me chillara a nadie. También entonces andaba sin calzones.

Frente al careo con su hija, Fermín expresa:

Es efectivo que tuve relaciones con mi hija de crianza Ofelia del Carmen tal como ella lo acaba de declarar, pero, sí, solo en dos oportunidades, en el campo, por las tardes, después del terremoto de mayo… Mi hija se entregó voluntariamente, y quiso la fatalidad que así fuera. En esa oportunidad ya no estaba como Dios manda, no era virgen; ya había sido de algún otro hombre.

Castro, 11 de abril de 1961

Póngase en libertad a la menor por no haber méritos en su contra. Levántese la incomunicación del detenido Fermín Maripillán G. Despáchese orden de aprehensión en contra de Baudilio y Miguel Aguilar Chacón, domiciliados en Terao.

Por el juez… (Hay una firma).

Declárase reo a Fermín Maripillán G. por violación e incesto.

Por el juez… (Hay una firma).

En abril de 1961, el reo designa como su abogado a don A. Pérez

Bórquez.

Castro, mayo 1961

Declarante Miguel Aguilar Chacón, veintitrés años:

Es efectivo que hace como cuatro años tuve relaciones sexuales con la menor O. del Carmen. Ella me hizo pasar a la cocina y allí la requerí para practicar el sexo, a lo que accedió gustosamente, de manera que no es efectivo que haya sido a la fuerza como ella lo declara. Fue la primera vez y nunca más tuve acceso a ella. Comprobé que en esa ocasión no estaba virgen, pues había sido usada por hombre, siendo efectivo que no usaba calzones. Ignoro si mi hermano Baudilio ha tenido relaciones sexuales con la menor.

Firma la declaración.

Declarante Baudilio Aguilar Chacón, nacido y domiciliado en Terao, soltero de dieciséis años de edad, lee y escribe:

Es totalmente falso que haya tenido relaciones sexuales con ella, de manera que ella ha mentido descaradamente. Nunca he pensado cometer ese delito, y vi por mis propios ojos una vez que su padrastro estaba practicando el acto carnal en la cocina de su casa, cuando yo fui a conversar con él por un trabajo para tapar la toma de un molino parándome en la puerta de la cocina.

Firma su declaración.

Careados los hermanos con Ofelia del Carmen Maripillán Gamín, se deja constancia que sí tuvieron relaciones sexuales con la menor. La edad del mayor de los hermanos no quedó claramente establecida; y en cuanto al segundo, consta lo siguiente:

7 de junio de 1961

He examinado al menor Baudilio Aguilar Chacón, y vistos los antecedentes; estimo que ha obrado sin discernimiento suficiente en la comisión del delito que se le atribuye por la menor Ofelia del

C., no pudiendo ser sometido a proceso.

Sentencia pronunciada por don Domingo Yurac, Juez Titular del Crimen.

10 de julio de 1961

Comparece D. David Raín Raín, de Terao, treinta y seis años, casado, quien expuso:

Conoce desde hace veinte años a Fermín G. Maripillán, como asimismo a su señora; me consta que este matrimonio nunca tuvo hijos, y por este motivo recibieron desde guagüita a Ofelia del C. M.; esto hará más de doce años. También conocí a su madre, Candelaria Lenquén, quien cuando se encontraba grave le dio su hija al matrimonio Maripillán para que ellos la cuidaran. Me consta US. que esta niña no es hija legítima de ellos.

Firma su declaración.

10 de julio de 1961

Comparece Federico Nehuelpichún Legué, de cuarenta y cinco años de edad, lee y escribe y declara:

Conoce desde su infancia a Fermín Maripillán como también a su esposa y me consta que este matrimonio no tuvo ningún hijo, por cuya razón recibieron desde guagüita a la menor Ofelia del C., pues a la verdadera madre también la conocí, porque ella se encontraba muy grave y entonces se la dio al matrimonio antes de morir. Me consta US. que no es hija legítima.

Castro, con fecha no clara en el escrito que está a la vista:

He examinado a doña Rosalía Gamín Maripillán, de acuerdo con lo señalado por el Tribunal y he constatado lo siguiente:

1) No presenta señales o demostraciones de haber dado a luz.

2) La edad media de fecundación es entre los trece y cuarenta y cinco años.

Saluda atte.,

Dr. A Barrientos, médico-legista.

En el caso denominado «Violación e incesto de Ofelia del Carmen Maripillán G.» se extrae la siguiente parte de la sentencia; cuyo abogado procurador fue don A. Pérez B:

> *Que el incesto es la cópula realizada voluntariamente entre algunas de las personas ligadas entre sí por vínculos de parentesco la que se refiere la Ley, y caen bajo sanción tanto el hombre como la mujer que perpetran el hecho, el cual tiene lugar cualquiera que sea la edad, estado o condición de la mujer con quien se copula.*
>
> *Que en este tipo de delito, y conforme a la definición establecida anteriormente, los únicos elementos fundamentales son: el coito y el vínculo de parentesco.*
>
> *Que se absuelve al reo Fermín Maripillán Rain, no lee ni escribe, nunca ha estado procesado, sin apodo, de la acusación deducida en su contra como autor del delito de incesto de la menor antes mencionada, por no encontrarse acreditada legalmente la existencia del referido delito.*
>
> *Juez D. Yurac S.*
>
> *Se envía en consulta a la Corte de Apelaciones de Valdivia.*

Dicha Corte en el mismo mes de julio de 1961 aprueba la sentencia en consulta.

Dos mujeres conversan encuclilladas y miran hacia la iglesia que otra vez aparece como el *Barcoiche*, nombre huilliche del buque de Arte, entre otras denominaciones del *Caleuche*. Un relámpago da otra cuchillada a las sombrías nubes de Compu, lecho de un glaciar de la época terciaria, y una de ellas interroga:

—¿Será cierto todo eso?

—¡Así es… el proceso del Trauco! —responde Lucinda Ñancul mirando a una nube que, cual el buque fantasma, navega como una sombra verde en el horizonte.

El Sabelotodo

La historia del Sabelotodo es la voz del hablador que presume saberlo todo, como un *yekamush* de las tribus de aborígenes yámanas que poblaron los archipiélagos del cabo de Hornos, según la Paleozoología, por dos mil años. Su leyenda se recuerda aún muy viva. Después de una de sus famosas fiestas Kinas, donde los candidatos a *yekamush* daban examen para recibirse de sabios hechiceros, el tal Sabelotodo fue uno de los más avanzados, ya que él había descubierto las sombras luminosas de la Gran Nube de Magallanes antes que el gran navegante portugués pasara por el estrecho evitando doblar el cabo de Hornos.

Sabelotodo, en un sueño, había estado allí. No era más que una «isla blanca en medio del cielo», semejante a una nube vaporosa nacarada donde vivía mucha gente y muy feliz, especialmente los que habían morado más allá del Onashaga, paso de los onas, que así denominaban los yámanas a lo que hoy es el canal Beagle. Sabelotodo estiraba el cuello como un pingüino hacia la comba celeste y lo bajaba con reverencia hacia el *Ushcuf*, el falso cabo de Hornos, situado al oeste del verdadero.

Había aprendido a distinguir las dos Cruces del sur, la falsa y la verdadera, entre las cuales se divisa a buen ojo la nube grande luminiscente de Magallanes. Con toda la sabiduría adquirida a través de un ovalado ojo de lapa podía pronosticar si vendrían o no las tormentas del Ushcuf y diagnosticar los males del cuerpo y los estados anímicos de quienes solicitaban su ayuda, ya que él además se comunicaba con los espíritus de los antepasados en «la isla blanca en medio del cielo». ¡Cuánto calor y amor había allí!

Él advertía, pues era su misión, los vientos altos y bajos y las corrientes con posibilidades de buena pesca, ya que la vida

dependía de lo que el mar les entregaba.

Un buen día, varias familias yámanas se dirigieron a la isla recomendada por el *yekamush*, quien había noticiado que podrían encontrar gran cantidad de focas, con lo que tendrían una buena caza para aperarse de carne y de aceite, que les estaban haciendo mucha falta. Aconsejoles que no confundieran el pingüino real con el lobo de dos pelos, porque ambos saltan más de dos metros después de una zambullida para pescar un róbalo. El aceite, tan estimado, vigoriza todos los miembros del cuerpo de los futuros cazadores de lobos que, según dicen, pueden vivir hasta cien años.

Así zarparon en varias anan, navegando entre el dédalo de canales y canalizos por donde se sitúa el mismo *Ushcuf* o falso cabo de Hornos.

En una de las canoas iba también Túwuch. Así llamaban los yámanas a la garza gris, que los científicos, cuya pedantería en ocasiones rivaliza con la del Sabelotodo, denominan *Nyticoras obscurus*.

Las niñas jóvenes eran críticas severas de las farsanterías del Sabelotodo, con sus estadías en «la isla blanca que está dentro del cielo». Entre estas se distinguía Olamana, cuyo nombre es también el de la paloma blanca del cabo. En el fondo de su corazón quería que alguna vez probara si era tan audaz, valiente, hábil y sabio como pretendía ser.

Muchachos y muchachas solían burlarse mientras ensayaban danzas para las fiestas Kinas. Sin embargo, él no se daba por enterado.

—¡Olamana! —gritaba cantando y bailando el Sabelotodo.

—¡*Ushcuf*… *Ushcuf*! —profería la joven yámana, estirando sus labiecillos como escupiendo al aire, en dirección del falso cabo de Hornos, en el extremo de la península de Hardy.

—Olamala… mala ola —le aullaba Sabelotodo, aludiendo a las mareas rojas de los canales que en vez de kril, en ocasiones traen la muerte, envenenando choros y cholgas y otros moluscos sagrados para las fiestas Kinas; sobre todo a los chitones o apretadores que se superponen en colonias sobre las rocas, cuando las sicigias desplazan las más altas mareas en los crudos inviernos preantárticos.

Ambicioso fanfarrón, se había hecho odioso para la mayoría.

Quería ser el primero en todo el Sabelotodo, ser el jefe de la flotilla de canoeros. Muchos lo encontraron hablándose a sí mismo: «Yo soy la voz del valor». Una vez decidieron ponerse de acuerdo secretamente para engañarlo.

Mas había tantos valientes como cobardes, que se atrevían y no se atrevían, temerosos de sus fechorías.

—No le haremos daño porque será una broma que no llegue a burla ante todas las tribus del *Ushcuf*.

Un día dijéronle algunos hombres:

—Mira, en aquella roca está el pico más puntiagudo y alto de esta isla en medio del mar, no del cielo. En estos momentos se arrastra un inmenso lobo marino y solo tú puedes arponearlo con tu rapidez vigorosa.

Estas palabras halagaron su vanidad. Cogió su arpón y lo lanzó hacia aquella punta montañosa. Todas sus cosas las dejó abandonadas en su choza de varas curvadas cubiertas por cueros de lobos.

Luego que se hubo alejado bastante, la gente recogió sus pertenencias, las cargaron en sus canoas y apagaron todos los fuegos de las cabañas. También llevaron las cosas del fanfarrón a la canoa de su mujer, quien era la que más sufría al Sabelotodo. Ella lo amaba, pero apagó igualmente el fuego de su cabaña y recogió todo lo que era suyo y de su marido, incluso una gran estrellamar de cinco patas, perforada en el centro por la punta de sílice de su arpón.

Después todos partieron y regresaron al lugar de donde habían zarpado, En aquella isla no dejaron nada. Al evacuarla se decían unos a otros:

—¡Aquel que está ahí se tendrá que quedar allí para siempre! ¡Pues la isla misma no desaparecerá jamás!

La mujer recordaba lo que siempre le había hablado de la «isla blanca en medio del cielo» y de esa, riscosa y sombría, dentro de las islas yámanas: había tratado de disuadir al marido; mas, este no quiso escucharla. Al atardecer el hombre regresó al lugar donde habían estado las cabañas de su gente. Entonces se asustó de que se hubieran llevado todo consigo. Canoas y pieles, fuego y leña, hasta sus propias armas y utensilios. Muy triste se sentó en su cabaña; en su interior faltaba el fuego. Sufrió mucho frío y le sobrevino el

hambre por dentro y por fuera, Por fuera, angustia de comer y por dentro, una extraña inquietud por el abandono de su mujer. Nunca antes había sentido la necesidad de la compañía de ella. Se acordó luego de Olamana y de sus escupitajos al *Ushcuf*... El cielo se le tornó un gran témpano blanco vacío.

La tribu había vuelto a su antiguo campamento y cada uno se fue a su cabaña donde todos permanecieron en profundo silencio.

El padre de Sabelotodo había permanecido en la isla y se dio cuenta que su hijo no había regresado. Los otros nada le hablaban de lo sucedido; tampoco su nuera le comunicó nada, ya que ella se fue a la morada de sus propios padres.

El viejo estaba solo con su nieto y luego de un largo tiempo en que no tenía noticias de su hijo, le dijo al pequeño:

—¡Nietecito mío! Ya ves que tu padre no vuelve y ha pasado muchísimo tiempo. Sin que te observen, anda a las demás cabañas y escucha atentamente lo que hablan, lo que se dicen. Quizás puedas saber algo de tu padre. Posiblemente lo han matado o le ha ocurrido una desgracia. ¡Quién sabe dónde ni cómo! Pero ten cuidado que nadie se dé cuenta. Hazlo al oscurecer, y te tiendes como si durmieras. No observes, sino escucha durmiendo a la gente. Al día siguiente regresa cuidadoso, y cuéntame, cuéntame bien las cosas que hayas sabido. ¡Pero compórtate con mucha prudencia!

—Bien —replicó el nieto—, seré prudente y lo haré tal como tú lo has dicho.

Con disimulo partió a la cabaña de los parientes de su madre. Esa parentela no quería a su padre. Se sentó junto al fuego y jugó con las cenizas, mientras las cuñadas de su padre, que lo habían abandonado en la isla, se fueron al mar cuando el sol empezaba a ocultarse; ellas querían cazar y pescar con antorchas en la oscuridad. Eran excelentes cazadoras de pingüinos y cormoranes de roca, a los que cegaban con el resplandor de las antorchas. Los camarones también salían a la superficie de las aguas atraídos por el centelleo de la luz. Sabían que una pata de camarón o de estrella de mar o de centolla vuelve a recrear el cuerpo normal del animal. Muy tarde volvieron a la cabaña. El pequeño no era visible porque estaba escondido entre las pieles. Se sentaron entumecidas tiritando junto al fuego. Una de ellas habló:

—¡Qué frío hace esta noche, a pesar del buen fuego!

—Tengo mucho frío —agregó otra— ¡pero cómo se sentirá el engreído fanfarrón Sabelotodo, en aquella isla donde lo dejamos sin nada! ¡No tiene fuego, estará tiritando de frío!

Otra cuñada también habló y miró una quijada de foca con cinco muelas resplandecientes de blancura:

—¡Se lo merece, porque quería siempre ser el primero! Se creía tan hábil y pretendía hacernos creer que él había estado en la «isla blanca en medio del cielo». Es un tonto fanfarrón, no cabe en este mundo ni en el otro.

Todo lo escuchaba el vivaracho nieto instruido por su abuelo. Al oír el parloteo de sus tías; le pareció que, junto a su padre, había también viajado en una inmensa canoa hacia la gran nube del cielo y que después descendían los dos por una infinita correa de cuero de lobo marino a las islas del *Ushcuf*; mas no llegó a dormirse totalmente, y muy escondido escuchó las críticas a su padre Sabelotodo. En la mañana siguiente las tías se sorprendieron al ver que el pequeño salía de entre las pieles, somnoliento, restregándose los ojos. Solo entonces notaron que había dormido en la cabaña. Se sentó afuera, en la entrada. Su abuelo lo observaba desde un extremo del tolderío y comenzó a llamarlo como si se le hubiese perdido:

—¿Dónde te habías metido, nieto mío? Estás sentado delante de las cabañas de tus tías… Ven a mí, pronto, porque te voy a buscar los piojos de la cabeza. Siempre tienes muchos, que se te han metido… Ven pronto, te los buscaré hasta debajo de la cabeza…

Los fantasmas de la noche del *Ushcuf* se disipan con la realidad de los parásitos a la luz del sol austral. Obediente se levantó el pequeño y caminó hasta la cabaña de su abuelo. Este se agachó para que le hablara al oído, sin que nadie diera cuenta de la estratagema, puesto que simulaba que le escarmenaba la cabellera. El nieto le narraba las habladurías de sus tías, por las que supo que su padre estaba abandonado, sin comida y sin fuego. El abuelo lo comprendió todo.

Rápidamente el viejo fue a cortar cortezas de roble para fabricarse una canoa de ese *nothofagus antártico* que bota las hojas en los inviernos. Terminada, la llenó de leña, cogió una astilla y encendió fuego con ella. Entonces les dijo a los demás:

—¡Quiero viajar a la isla Perpetua, a la que nunca desaparece. Si

me agrada me quedaré allí hasta el fin de mis días!

Los otros comentaron: «¡Qué idea tan peregrina! ¿Qué querrá hacer en aquella isla? ¡Quién sabe si alguien le ha dicho que hemos dejado allí a su hijo para jugarle una mala pasada!».

El viejo, al escuchar los rumores del mar, fue donde algunos parientes, recogió víveres y zarpó hacia la isla Perpetua.

Sabelotodo ignoraba todo de su gente. Impulsado por el hambre, empezó a domesticar pájaros para saciar su voraz apetito. Los pájaros domesticados los convirtió en señuelos, ellos atraían con sus graznidos a sus semejantes, a los que cazaba; así tenía siempre grasa, sebo, aceite para preparar sus meriendas y no pasar hambre.

La canoa del viejo arribó a la isla. Este saltó a tierra sin temor. Al contrario, aprovechó para bañarse hasta las entrepiernas para tomar vigor. «En esta isla tan grande, ¿dónde estará mi hijo? ¡Quizás haya muerto de hambre o desbarrancado en los barrancos de mar!», meditó para sus adentros.

De pronto vio rastros de pájaros en el suelo, muchos excrementos, y al olfatear un pedazo de leña blanqueado, vio una especie de rostro que lo miraba. Se trataba del guano de los pingüinos que a veces se deslizan con el vientre sobre la nieve como hábiles esquiadores, y dejan sus excrementos tras de sí.

Se dijo: «Quizás mi hijo haya domesticado a estos pájaros niños o bobos como él». Se puso a examinarlos. Debido a que algunos estaban muy helados, siguió adelante. Luego tocó otros y otros residuos de la guanera, y algunos se notaban tibios y hasta calientes. Eran frescos. Se dispuso a jugar igual que un niño al «frío y caliente», según fueran los rastros que encontraba. De pronto se dijo con aumentada esperanza: «¡Mi hijo tiene que estar muy cerca de aquí!».

Caminó hacia la dirección en que la mugre de los pájaros era más caliente. «Caliente, caliente —se repetía con alegría—. El que tenga frío que lo encuentre».

En un momento halló algunos esponjosos y blandos, semejantes a los hongos comestibles que salen de los ganchos de los robles. Solo pudo pensar en esos árboles aparragados por los vientos polares, que esconden sus raíces en las grietas de las rocas con cuarzo y cuarcitas vidriosas donde hay excrementos de pájaros, y así salen a una nueva y eternizada vida. «¡Mi hijo tiene que estar

aquí, muy cerca de aquí!». Los pálpitos de su corazón de padre parecía que le salieran por la boca al dios del aire invisible.

Caminó un poco más y pudo escuchar fuertes ronquidos. No eran los del mar en los socavones de los acantilados de la isla Perpetua, Con alegría exclamó:

—¡Es mi hijo, es mi hijo!

Se acercó a él, lo sacudió para despertarlo. El Sabelotodo, semidormido, tuvo miedo, Podía ser un león marino o un leopardo, más hábil y peligroso en sus cacerías. De un salto se puso de pie en actitud de ataque, dispuesto a castigar duramente al visitante importuno.

—¡Mírame bien, que soy tu padre! ¡No te asustes!

Se abrazaron conmovidos y ambos levantaron sus ojos al cielo infinito, de donde una hilera de blancas palomas del cabo parecía descender como una cuerda eslabonada de cueros de focas y pingüinos hacia la isla Perpetua del Sabelotodo.

Pedro Soldado

Alta, delgada, de rostro amoroso y ojos verde mar, semejaba una momia de los primitivos habitantes que bordearon el estrecho de Magallanes hace unos diez mil años, y que vivieron protegidos en la cueva del Milodón, donde se encontraron un megaterio fósil y un pequeño caballo.

—Me gusta este… ese… y el otro y ese otro también —dijo el niño tomado de la mano materna, indicando hacia el interior de una vitrina de la calle Roca de Punta Arenas.

Una sacra sombra violácea se deslizaba al atardecer de ese día magnífico con sus dos grados de temperatura, que cubren a los seres y a las cosas con esa pátina de desamparo que se adentra en los espíritus y desluce la vida.

Por la esquina de la calle O'Higgins, una de las más próximas al puerto, los jornaleros salían de los muelles entre esa bruma que se asentaba detrás del edificio de zinc acanalado de la Aduana, siempre cubierto de grandes sombras espectrales. Surgían de las arrumazones de fardos de lana listos para la exportación y, sobre todo, de los bodegones que acomodaban sus anchas panzas entre los muelles Loreto y el de la compañía naviera Braun y Blanchard. Los hombres iban humeantes, exhalaban el sudor de la jornada. Cada estibador cubría sus espaldas con un burdo saco de arpillera, desflocado por la intemperie, que le ayudaba a atenuar el filudo canto de un cajón de mercaderías o el peso de los corderos congelados para los buques caponeros.

Pasadas las oleadas de fantasmas de los buques de carga, la calle del «padre de la patria» volvió a ser el páramo desierto.

—¡Me gusta este… ese… y el otro! —repetía el niño como una letanía de un día de abril en Semana Santa. Clamaba el chico

indicando con sus dedos entumecidos los productos que se trasparentaban por los vidrios de una lujosa tienda de la calle Roca, nombre con que se rememora el abrazo del presidente argentino y el chileno en el estrecho.

—Vamos, ya debe estar listo el remedio —díjole la madre, mientras a su mente venían las palabras del médico, cuyo significado no entendía. *Prognosis negativa*. ¿Qué sería eso?

Le contestó un soplo casi acariciante de viento en su huesuda mejilla. Luego vino una racha que formó remolinos con polvo blanco de nevisca, y otros y otros que cual latigazos cayeron sobre los pobres abrigos de la madre y su hijo, junto a la gran tienda almacén. El pequeño Pedro, vestido con un chaquetón hecho de una vieja casaca de soldado, se cubría apenas hasta la mitad de sus ateridas piernecitas. Trataba de sacar fuerzas de las palabras de sus compañeros de colegio, que le gritaban: «¡Afírmate, Pedro Soldado!».

En esos tiempos corría la leyenda de Pedro Soldado, quien se había ocultado detrás de las Torres del Paine durante el motín de los artilleros. Se dice que fue uno de los amotinados, descubierto en las cuevas de Contreras, más allá de la cordillera de los Baguales. Contábase también que convivió con una india tehuelche, con la que tuvo hijos. Desapareció sin dejar rastros el tal Pedro Soldado, salvo el pequeño Pedro que, según su madre, Susana Calafate, sería algún retoño del hombre de las cuevas de Contreras.

Mas ¿quién era Susana Calafate, cuyos labios retenían todavía la hermosura de la baya del espino, a pesar de su flacura y su mirada severa? Cual hija de veleros antiguos, mantenía a raya el frío con su mantón remendado con cabos de manila y a su pequeño bien tomado de la mano, mientras caminaban rumbo a la farmacia.

En verdad, Susana nunca se preocupó de aclarar su apellido, cosa frecuente en Magallanes, porque la gente es «venida de muchas partes». Además le gustaba apellidarse Calafate porque quien lo ha comido sabe hacer frente a la desgracia.

Abandonada por su conviviente, con doce años la hija y ocho el niño, se albergaba en un caserío del Río de la Mano, cerca del estrecho, junto a otras familias muy pobres de la región. Eran años en que el flagelo de la tuberculosis hacía estragos y había arrinconado a los menesterosos en ese sector del extramuro, donde

la enfermedad hizo presa de su hija.

El remedio arduamente buscado serviría solo para atenuar la fiebre. ¿Eso sería la *prognosis negativa*?

En el caserío, todos, hombres, mujeres y niños, se ayudaban. Existía algo muy importante en el pequeño poblado: la solidaridad entre los que tienen menos. Algunos hombres eran trabajadores del puerto, cargadores por lo general; las mujeres, tejedoras de lienzas y cañas, de buenas manos. A menudo, las comidas se hacían en conjunto, verdaderas *ollas comunes* en que los niños eran los primeros en atenderse. En caso de enfermedad todos aportaban el cuidado cada vez que los padres no podían entregar la atención. Eso era lo que estaba recibiendo la hija de Susana en ese trance.

De regreso al conventillo con la *toma* para la fiebre, la vecina Juana salió a su encuentro para decirle que ya no era necesaria. Hacía una media hora que la niña había fallecido. Estaba sobre un lecho de caballetes y tablas, confusamente iluminado por un mechero a kerosene. Sus ojos semicubiertos, detenidos con el postrer parpadeo de la muerte, mostraban la córnea blanquecina, como si se hubieran dado vuelta a mirar en el interior del cráneo ese misterio. El hermano, con tanto frío, se fue a refugiar junto al fuego de la estufilla a leña. Todos los moradores del lugar se habían reunido para acompañar a la pequeña difunta. Los allí presentes hacían un esfuerzo por dentro, para sostenerse con la vida por fuera.

Una plancha de zinc blanca de nieve, como la espalda de un fantasma, dejaba caer escarchadas lágrimas sobre los rostros de los dolientes. Una gaviota del estrecho pasó aleteando hacia las vertientes escalonadas del río de la Mano, minuto que aprovecharon las mujeres para echar a la cama a los pequeños, y quedarse tranquilas con la muerta. Oscuridad, nieve y viento afuera. Los hombres regresaban al conventillo con algunos víveres y pan.

Allí no se acostumbraba el velatorio porque no hay comida ni trago para los acompañantes. Silenciosos, todos maldecían la enfermedad, porque era el mal de los pobres, que arrecia en los inviernos cuando se descargan la nieve y el viento con más crueldad, como sucedía en esos instantes. Había que dormir. Al día siguiente se daría sepultura a la muchachita.

Los raleados rayos solares amanecieron muy temprano y

rebotaban en la nieve para regresar al cielo convertidos en nubes como dinosaurios semejantes a los animales que poblaron esas tierras hace millones de años.

Susana, junto a sus compañeras, había hecho el ataúd de toscas tablas de lenga y con ellas partió a la parte norte del camposanto, donde terminan las avenidas de cipreses y se puede sepultar a los pobres. Unas cuantas paladas de tierra sobre el cajón mortuorio resonaron con ese retumbo peculiar, sordo y profundo que surge al final de las honras funerarias sin palabras.

En el conventillo se había sentido un alivio; igual como se aliviaron con otras muertes por la misma enfermedad.

La vida y la muerte habían curtido la sensibilidad de Susana Calafate, que se sentía renacer porque los deshielos estaban cercanos y la primavera vendría cuando pasaran las bandurrias con su canto de campana trizada. Los pastos de coirón reverdecerían bajo los planchones de hielo. Le quedaba su único hijo: Pedro Soldado, el hijo de la cordillera de los Baguales, detrás de las Torres del Paine; del lago Toro, en cuyas orillas florecen las paramelas como rayitos de sol, que si se toman con agua caliente producen nuevos sueños como los que sueña ahora.

¿Por qué su pequeño no iba a convertirse en otro Pedro Soldado? ¿No lo concibieron a él en el cruce Lorenzo Desgracia una noche de luna llena a estribor, que alumbraba los cuatro caminos que van y vuelven de Chile y Argentina como dos hermanos que entreveran sus flores nacionales?

Sí, habría que trabajar duro; aprender de esos hombres que habían exigido mejores salarios, jornadas de trabajo más humanas, aunque les hubiera costado la huelga y hasta la vida. Pero habían logrado algunas ventajas en las estancias. Claro que los despedidos estaban allí, junto a ellas.

Ahora debían pedir a la ciudad, a las autoridades, mejor atención de la salud, atacar ese flagelo que hería particularmente a los niños hambrientos. Las mujeres tenían que ser las primeras en esta campaña por la vida de sus hijos.

Y así fue como Susana Calafate impulsó esta inusitada protesta. La ciudad del otro lado del río comenzó a despertar y voces de distintos rincones se confundieron en un grito de esperanza que sacudió las conciencias de otros y otros. Así, manos solidarias se

extendieron a ese enclave lejano donde ya muchas Susanas podrían columbrar un horizonte mejor tras el río de la Mano.

Teresa Tekenika

La bahía Tekenika se ubica entre las penínsulas Pasteur y Hardy al sur del canal Beagle. Internándose entre ellas hacia el oeste por cerca de veinte millas hay una playa solitaria donde terminan ventisqueros de doscientos a trescientos metros de altura. Una de las cumbres principales, cerca del fondo del estuario, remata en varios picachos agudos y empinados, cuya forma y disposición recuerdan una corona. Ese es también su nombre en las cartas inglesas, The Crown, y su altura es de novecientos dieciocho metros.

Al pie hay bancos de arena donde llega a reposar esa «especie de foca chilena» que el diccionario Larousse Universal denomina elefante marino y que los científicos llaman *Mirounga Leonina*, como si fuera un gran león marino que mirara por todas partes; en tanto que los yámanas del cabo de Hornos la conocían como *Auquehuáuhuen*. Los machos miden hasta cinco metros y las hembras alrededor de cuatro, y su piel es más dura y gruesa que las de todas las focas. Cazada en la Antártica un siglo antes que las ballenas, su capa de grasa proporcionaba el aceite más lumínico conocido para las antiguas lámparas.

Diversas tribus yámanas han habitado la bahía por siglos y en una choza apartada de todas ellas vivía Tekenika con sus padres y dos hermanos. Por ser la menor, ellos decidieron que era digna de ser llevada al solitario lugar donde su madre, Antuonik, la diera a luz.

Allí creció Tekenika hasta convertirse en una gran mariscadora, experta en natación y zambullidas. Además de esos atributos físicos, la muchacha ostentaba una hermosa cabellera que semejaba el ala de un albatros *milimoque*; un perfil moreno, iluminado, donde la

nariz respingada parecía olfatear la llegada de los elefantes marinos que iban a comer róbalos, pejerreyes y hasta centollas entre los bancos de sargazo; sus ojos también tenían el resplandor de las pequeñas vainillas llenas de aire que son los flotadores de esas algas marinas inmensas unidas por fuertes cordones que las sostienen entre dos aguas, como el plancton que da la vida a peces y ballenas.

Sentada sobre un acantilado de oscura roca basáltica con blancas vetas de cuarcita, Tekenika se entretenía pescando róbalos con un cordón de junquillo trenzado habilidosamente por sus manos. De pronto irrumpió abriendo a bufaradas las anchas hojas del sargazo la reluciente cabeza de *Auquehuáuhuen*.

Los elefantes marinos son los buceadores más profundos. Ni los mismos cachalotes, que llegan a las profundidades de los *auquehuáuhuen*, son capaces como aquellos de contener en sus poderosos pulmones la respiración. Por el bufido del espauto, al salir a la superficie, se había asustado la joven Tekenika, cuyo nombre le venía por la bahía en que se zambullía.

Pero en los días siguientes se la vio salir arrastrándose de rodillas desde su choza de varas de roble arqueadas por el peso de las pieles de foca que la cubrían. A su regreso, al atardecer, venía cargada de caracolas marinas rosadas por fuera y nacaradas en su interior, las que apetecía por su exquisita carne. Luego las amarraba en forma de collares, con junquillos, para que se limpiaran al sol en las puntas de las varas de su rancho.

En las noches de fuertes ventoleras se sacudían las caracolas transformándose no solo en adornos, sino en ahuecados timbales que Tekenika se acostumbró a escuchar como la música del viento que venía del *Ushcuf*. Así denominaban los yámanas al falso cabo de Hornos, cuyo promontorio semeja un cacho de rinoceronte sumergido, en un rodal desde donde se desatan las peores tempestades del suroeste, extremo final de la península de Hardy. Promontorio más impresionante que el verdadero, engañaba a los buques de vela que creían haber doblado el cabo Tieso, al navegar del Pacífico al Atlántico, y se iban a estrellar en la verdad. Los mismos yámanas estiraban sus labios caracoleados como escupiendo contra el viento al pronunciar onomatopéyicamente su maldito nombre: ¡*Ush… cuf*!

Antuonik y Tanianik, madre y padre de Tekenika, que dormían

abrigados bajo sus pieles de nutria y de lobos de dos pelos, escucharon una noche los murmullos guturales que poco a poco se convertían en palabras en los sueños de su hija adolescente.

—¿No será el ruido que produce el viento en las caracolas?

—¡Esta niña parece que soñara con alguien en las noches y por eso sale a pescar con el alba! —profirió Antuonik.

El hermano mayor Kontelele y Yamanix, el menor, también habían escuchado las voces de Tekenika cuando dormía: «*A… que… huáhuen… ¡Ushcufl!, Auquehuáuhuen… Auquehuáuhuen… ven… ven*», y según decían, hasta habían oído extrañas risas cuando desde los ventisqueros se desprendían los carámbanos, entrechocándose en las durmientes aguas.

Su misión era proteger a su hermana y, cada vez que a esta le preguntaban los de otras tribus de la comarca por qué no se casaba aún, Tekenika con humor sardónico les respondía:

—¡*Auquehuáuhuen*! ¡Qué puedo hacer! ¡Si por este canalizo no pasa ni un ratón perseguido por los «gatos de mar»! (Es el nombre dado por los yámanas a las nutrias de fino pelo).

Solitaria, continuaba tejiendo canastillos de junco dentro de los cuales siempre recogía lapas, caracoles azules, chitones o apretadores, esos pequeños moluscos semejantes a tortuguitas de ocho placas córneas que sirven para acomodar las trenzas en las grandes zambullidas. Porque así como los hombres, con sus largos y dentados arpones de marfil de ballena en sus canoas arrufadas eran hábiles para cazar delfines, focas y hasta elefantitos marinos, sus mujeres eran las mariscadoras de las profundidades en las bajamares, cuando las estoas paralizan la acción de la corriente por media hora.

A menudo la espiaban. La veían de pie sobre los lejanos cantiles mirando fijamente en la profundidad de las transparentes aguas australes, o husmeando con nostalgia los quebrados lomajes de los ventisqueros, si los rayos de sol los traspasaban con fugaces arco iris. Ellos creían y maldecían a su divinidad Wollapatuch, cuyos lampos eran sus trancos por los ventisqueros. «Gran Asesino», lo increpaban cuando una mala ráfaga daba vuelta sus canoas, pereciendo hombres, mujeres y niños. Sin embargo, también Wollapatuch dispuso que los yámanas descendieran del cielo hace cuatro mil años por correas de cuero de foca, amarrándolas con

nudos marineros… Igualmente creían en dos soles: Lem, que todo lo quemaba en la tierra, y Tarwalem, que ascendió al cielo para resucitar lo que Lem había destruido.

Tal vez Tekenika ansiaba volar de su estrecho mundo, como los albatros que veía remontar por esos ventisqueros. Así lo hacían *Kayelij, Tachultí* y *Milimoque. Kayelij*, con sus cuatro metros de envergadura de alas blancas, viene del Pacífico (científicamente *Diomedea exulans, exulans*); Tachulú, desde el Atlántico, de un color negro sucio, se encuentra también en Chiloé, donde se le llama pájaro carnero, por la forma de su cabeza y pico, o quebrantahuesos, ya que gusta quebrar las molleras para succionar los sesos de sus víctimas. (Darwin lo llama *Procellaria gigantea*). Si una bandada de cientos de estos pájaros después de un largo vuelo se posa en el agua para descansar, se escucha un ruido confuso «como el que se levanta de una gran masa de hombres que conversan a la distancia», observó Darwin. Quizás eso, más o menos, habrían escuchado los tímpanos de Tekenika.

En cambio, *Milimoque*, que viene de las islas Malvinas o Falkland, no produce esos ruidos de lejanas conversaciones humanas. (Su nombre proviene de una corrupción fonética de balleneros y cazadores de focas: *Mollimauk* para algunos, y *Mollemugge* según otros). Es un petrel cobarde que despide un olor fétido. Llora a moco tendido cuando mugen las tempestades; anida en las mesetas del paso Timbales.

Apretándose en sus nidadas familiares con sus alas plomizas ribeteadas de negro, pesados y torpes, se arrastra como los pingüinos hasta la orilla del mar para poder emprender el vuelo.

—Soy una *milimoque* —suspiraba Tekenika.

—Son cosas del mar… —le decía su padre.

Mas aquella mañana no soñaba al borde del acantilado sosteniendo la cuerda del anzuelo lanzado con la carnada de un chitón de mar. De pronto sintió en las yemas sonrosadas de sus dedos que un gran animal del agua picaba en su anzuelo, Empezó a bornear la cuerda con la habilidad propia de los de su tribu, que emplean tan bien los músculos interiores de sus manos como si fueran vivos caracoles. Se asombró, de pronto, de la liviandad de la cuerda y recogió la lienza de junquillos. Muchas veces sacaba el pez delicadamente, hasta cogerlo con la mano; pero aquel animal del

agua se había comido la carnada sin tragarse el anzuelo.

Le dio rabia, y volvió a colocar varias carnadas del molusco, las que escupió con su íntimo secreto de naturaleza.

Silenciosamente deslizose la cuerda a las profundidades, y se repitió la habilidad del animal que se comió la pulpa de los chitones sin tragar el anzuelo. La muchacha lo imaginó un pez-demonio, que para los de su tribu puede ser un hechicero, mago o chamán cuyo complicado poder no es fácilmente comprensible.

Al no tener éxito, Tekenika se encaramó hasta una roca más alta, de granito, con su cantil a pique, para escudriñar al que le comía las carnadas sin tragarse el anzuelo, confeccionado de un hueso de pescado. Era una mañana clara de primavera entre los ventisqueros. Los rayos solares tejían bucles relucientes en su pelo negro y, a veces, los tornasolaban como las burbujas hexagonales que emiten el cangrejo y la centolla cuando agonizan al aire libre sobre una piedra.

Ocurrió entonces uno de esos extraños enigmas del mar austral en el país de los yámanas: una especie de foca inmensa sacó casi medio tórax fuera del agua y empezó a batir las aletas como aplaudiendo. Era un *auquehuáuhuen*, joven elefante marino de unos tres metros y medio. La joven yámana, sorprendida, le sonrió al ver los esguinces que hacía entre el banco de sargazos. Nunca había visto a un focón danzar tan graciosamente. Los lobos de dos pelos sí, lo hacen cuando brincan desde una roca sumergida al aire o los delfines, que hacen tirabuzones en parejas en los tiempos de sus amores.

Con sus ojos oblicuos de cristal boyante miró a la pescadora llamándola con sus aletas pectorales. Luego hacia ella su trompa reluciente y dio un sonido de trompeta sumergida. Entonces Tekenika descendió de su acantilado, se hincó frente a esa divinidad y ambos se miraron calando muy hondo en sus mutuas interioridades.

El focón le manifestaba su arrepentimiento por haberle hecho tantas bromas, pero ninguna burla, al devorarle con amor las carnadas, dejándole el anzuelo para que ella le enviara más alimentos. Galantemente le decía que se habría dejado pescar por la hermosa pescadora, pero se resistía porque no habría vuelto a ver

su belleza. Comenzó a pasearse por los veriles entre dos ventisqueros. Le contó que de noche se mimetizaba sobre las piedras y luego se dormía en la arena suave conservando en su memoria esa imagen fulgurante a orillas del mar de la bahía Tekenika; también un llanto de sol dentro de su corazón de elefante marino.

La joven yámana entrecerraba sus ojos encantada por las emociones que despertaba en ella su presencia. Sentimientos confusos se arremolinaban en su mente primitiva con las sombras y las luces que despedían los ojos del sargazo, como si adivinaran sorprendidos esas manifestaciones de amor manadas del corazón del elefante marino y de la muchacha yámana.

Lentamente se acercó a su divinidad…

—*Auquehuáuhuen*… lléveme en sus fuertes brazos. ¿O acaso usted querría vivir conmigo en la tierra firme? Porque yo, en las profundidades heladas en que usted creció… ¡qué horror! Tan lóbregos y fríos deben ser esos lugares que usted habita…

—Mi joven bella —estornudó el elefante de mar—. ¿Cómo puede comparar la blandura acogedora de mi inmensidad marina con la dureza pedregosa de su tierra firme? ¿Las suavidades de mis veriles con los riscos de sus cantiles? En tierra firme pierdo mi levedad y soltura, me arrastro como un gusano herido por las puntas de esas coronas riscosas que semejan arpones. En las profundidades el mar es más tranquilo y se recuerda mejor la emoción de la superficie marina cuando nos ha entregado belleza. Abajo hay cavernas misteriosas donde duermen congrios que agarro entre mis fauces tal cual los róbalos que resbalan a su boca dentro de su choza, estén secos o ahumados; huevos y rutilantes peces, rayas latiendo como gusanos violetas en cuencos de gelatina transparente. Usted no ha probado esas rayas enormes que semejan canoas veleras o albatros, más grandes que los *Kayelij*… ¿Por qué no vamos a dar un paseo por mi ancho mundo sumergido?

Al comienzo Tekenika tuvo miedo y sintió su piel humedecida y relumbrante por la propiedad de su aceite lumínico; pero se sobrepuso a sus temores y aceptó la aventura, encantada, si el elefante la sostenía como un dios del mar entre sus aletas.

—La llevaré sobre mis anchas espaldas, no se caerá, se lo aseguro. No habrá nada desagradable y sí muchas sorpresas que le

encantarán.

Así la extraña pareja zarpó por la ruta que los derroteros llaman paso de los Timbales.

La mayor de ellas, la roca Timbal Grande, mide cerca de una milla de largo y tiene doscientos cincuenta y nueve metros de altura. Sus puntas oriental y occidental son bajas, con algunos cerros en forma de conos truncados, de donde proviene su nombre, ya que se asemejan a los instrumentos de percusión. La costa norte es en general limpia; la del sur está orillada de islotes rocosos con manchas de bancos de sargazos. Al oriente de la Timbal Grande suelen anidar los albatros milimoque que agregan encantamiento al paisaje, donde se suma el aire de los cuatro pétalos de la rosa de los vientos cuyo resonar adquiere repiqueteos de extrañas sinfonías.

Teresa Tekenika y *Auquehuáuhuen* recorrieron seguros y ensimismados islas, islotes y canalizos de esos inolvidables parajes, entre dos aguas, hasta que el marino de galante corazón regresó a depositarla en las orillas de su país natal, el país de los yámanas.

De la región Antártica famosa

Hay un mar más desolado que los otros mares en la Antártica; más desolado y tempestuoso que el mismo mar de Drake, que el Pacífico; es el mar de Bellingshausen. Bellingshausen, navegante ruso, fue el primero que recorrió la Antártica, y ese mar que bordea al Polo Sur por el oeste lleva su nombre.

La noche que entramos en él, una ola desconocida empieza a zarandear al *Angamos*, porque las olas son diferentes en diferentes mares. Conocemos la larga y extendida ola del océano Pacifico, la más corta y saltona del Atlántico, tal vez por su lecho plano. Esta del mar de Bellingshausen era montañosa.

El *Angamos* desarrolla toda su velocidad y ha cerrado sus compuertas y aferrado hasta el último cabo suelto, como un combatiente que se ha preparado para una larga lucha. El transporte, de hermosa línea y alta proa, de construcción sueca, está hecho para la navegación en la borrascosa alta mar, y su obra viva domina magníficamente las tres grandes olas que siempre suceden a otras tres más pequeñas en el ritmo del temporal.

Salimos a cubierta a contemplar la tempestuosa noche antártica; es negra como boca de lobo; las luces del barco, solo las de reglamento, producen una vaga penumbra donde se hincha el lomo oscuro de las olas que la proa del *Angamos* rotura entre rosales de espuma.

Pero ¿para qué esas luces de reglamento?

Si el verde da con el verde
y el rojo con su igual
entonces nada se pierde
siga el rumbo cada cual.

Así dice el estribillo que se saben de memoria todos los pilotos del mundo, para no equivocar el rumbo cuando se encuentran con otro barco en la ruta. Aquí, en este desolado mar, el estribillo de los faroles no viene al cuento. Porque, ¿qué otro errabundo de los mares puede andar en esas lejanas latitudes?

Sin embargo, pensamos que la ruta más cercana usada por los barcos es el estrecho de Magallanes. Por allí puede andar un compañero del *Angamos*; pero si este tuviera que lanzar un S.O.S. en el peligro, demoraría una semana para llegar hasta estas aguas a socorrerlo.

Muchas veces la imaginación es semejante a la onda que produce la piedra al caer en el agua y se aleja para tomar perspectivas y reconocer el lugar de donde partió o donde se encuentra. Esta vez vemos al *Angamos*, que no es más que una brizna solitaria surcando las montañas de agua del mar de Bellingshausen; en plena mar, a esa hora cerca de la medianoche, la imaginación vuela y recorre otras latitudes, donde está el calor de la tierra, el abrigo de la humanidad; hasta el grito destemplado de las bocinas, el bullicio de los buses y el vocinglerío de la ciudad se nos convierten en nostálgica música lejana. Y sentimos más profundamente eso que podríamos llamar el dolor de la distancia, la melancólica aprensión del aislamiento. El mar, la noche, la soledad están allí con una infinitud de sombras sumergidas; el barco jadea entre ola y ola y el ritmo de sus máquinas, el ruido acompasado de algún gozne, es la única voz, la única ánima en medio de esa inmensidad salvaje, caótica.

Nos recogemos al interior, a ese interior del alma del barco que nos lleva como la sangre a su corazón. Allí nos aguarda un compañero de viaje; un hombre que nos habla de otros mares y a cuya charla nos arrimamos para olvidar ese dolor de las distancias. Es el doctor Juan Lengerich, un hombre de mar que de la aventura pasó a la ciencia.

Piloto aviador en la Primera Guerra Mundial, se salvó más de una vez enfrentando al enemigo, destrozado su avión y rescatado por manos solidarias de entre fierros retorcidos. Pescador en el Báltico, cazador en el mar del Norte, y ahora biólogo de la Estación de Biología Chilena de Montemar. Personaje de múltiples oficios a los que se entrega apasionadamente; bajo, cuya delgadez le da un

poco más de estatura, enjuto, cetrino y con un cordaje de nervios y músculos dignos de un atleta a pesar de su avanzada edad. En su cara afilada, morena, siempre vaga una maliciosa sonrisa que despeja en los pequeños ojos grises, saltones, alegres. Un tanto escéptico: no cree más allá de sí mismo.

De pronto nos cuenta de su trabajo de pescador allá en el mar Báltico.

«Una noche como esta, o peor que esta, el maquinista y yo éramos los únicos hombres despiertos a bordo del pequeño pesquero que surcaba esas aguas; los demás dormían rendidos por las faenas de pesca de fatigosas horas. La tempestad fue creciendo, el oleaje golpeaba con desenfreno los costados de la embarcación que por momentos parecía darse vuelta, y más de una vez sentimos el peligro; no quise despertarlos, porque para mis adentros prefería que pasaran a la navegación de ultratumba sin darse cuenta…

»La impiedad del mar es muy grande y por eso quizás abundan tanto la imprecación y el juramento en labios del marinero. Es la impotencia del hombre contra las fuerzas ciegas de la naturaleza. Y si es verdad que Dios existe, esa noche estaba sordo también, porque no oía ni veía que seis de sus hijos estaban al borde de la muerte, entre las olas».

Algo pasa en el hombre cuando le cae alguna responsabilidad, nos sigue conversando el doctor Lengerich.

«Si Dios estaba ciego esa noche, yo ocupé su lugar, creo, y traté de reemplazarlo. ¡Bueno… No quedaba otra posibilidad!», dice sonriente: «Y salvé a mis compañeros, y por supuesto a mí mismo emproando a la tempestad desde el timón». Se ríe con esa cara semifiluda y de ojos saltones. «¡Hay veces en que el hombre es como un Dios y a veces no es más que una pulga!», termina preocupado.

En ese instante pensamos que arriba, en el puente de mando, van un oficial de guardia y un timonel emproando al *Angamos* contra la noche antártica.

Una copa de pisco nos templa un poco el estómago para resistir los barquinazos del mar de Bellingshausen. El licor ha despertado en Lengerich otras reminiscencias poéticas, que nos envuelven también a nosotros en las propias. No es la primera vez que nos encontramos con el arte en plena mar, que da paz y vida, agitación

y muerte. En esos instantes recuerdo al ballenero que topamos en puerto Refugio, al lado norte del golfo de Penas; su capitán, un nórdico que llevaba su piano a bordo. Entre copas de *whisky* una noche le oímos arrancar a su teclado blanco y negro música, en medio de esas aguas agitadas, ejecutada por gruesos dedos de arponero, capaces de matar a una ballena, mas no de herir una mariposa. Así, nuestro compañero Lengerich nos habla esa noche del poeta finés Joachim Bingelnatz, y nos recita en el mismo idioma un trozo de un poema. Luego lo traduce lentamente, casi deletreando; es una traducción extraña que recogemos entre sacudones de babor a estribor, pero como la espuma de la ola, lleva prendida su esencia poética que no deja de florecer. Es un verso marinero, con olor a ron y piratería:

Alrededor de una mesa
los amigos beben su vino

con ritualidad profana
a sus mentes afloran
profundas materias

confrontan opiniones
se proponen tareas

luego sus almas como cristales
translucen temores

toman una pistola
disparan un tiro
pero no se hieren…

Así lo copié, tal cual me lo trasmitió, dictándomelo, este viejo hombre de mar. A pesar de sus errores de traducción y transcripción, debe ser la única canción que se habrá recitado en una noche de tormenta en el vasto paraninfo de ese mar tan desolado de Bellingshausen.

Seguimos nuestra navegación de dos o más meses, cuya mayor parte es entre hielo, mar y cielo. El ánimo de los navegantes, cuya humanidad es imposible comentar en breves palabras, era mucho más impredecible que los propios cambios «de la región Antártica famosa». Todos sabíamos o conocíamos por las lecturas de varios

exploradores, de las irritaciones, neurastesnias o sicosis árticas o antárticas sufridas por los que se han aventurado en esas regiones por largas temporadas.

Charcot, en su bitácora del *Pourquoi Pas?*, consigna algunas medidas que él adoptó, tomadas de expediciones del Polo Norte; y nos parecieron muy acertadas porque tocaban las fibras más sensibles de lo humano.

Así, por ejemplo, conviene reglamentar las horas de libre discusión entre tripulantes. El barco es una estrecha sociedad con multifacéticos caracteres en prolongadas singladuras; de allí la necesidad de limitar ciertos temas polémicos como la religión y la política a poquísimas horas del día, con lo que se pretende evitar el desenfreno.

Nosotros, los civiles de a bordo, en su gran mayoría adictos a los temas políticos, no podíamos escapar a la extraña irritación polar. No teníamos reglamentos, porque la caballerosidad respetuosa del comodoro de la expedición no los quiso imponer. Así, los seis que nos sentábamos a la misma mesa, todos los días, adoptamos nuestro propio y criollo sistema, lo que el marino Federico Guesalaga aplaudió. Muy simple. Bastaba mirar el rostro del compañero. Si lo notábamos preocupado o diríase malhumorado, significaba que «se había levantado de turno», y durante ese día sus opiniones políticas, religiosas, sus criterios incluso frente a la comida o su aversión directa o encubierta hacia los otros, se respetaban sin discusión. Y como éramos siete o seis los que compartíamos la cabina colectiva, si todo se daba equitativamente, disfrutaríamos un día a la semana cada uno; sí, un día, solo un día en que podíamos expresar libremente nuestra irritación. En un comienzo, mientras aquel compañero era poco menos que un ser sagrado, el procedimiento de convivencia social dio resultado, pero luego había compañeros cuya irritación duraba más de lo esperado y… bueno, afortunadamente, la morriña, el *cafard* o el aislamiento de la civilización lo tuvimos que afrontar con el trabajo, al que cada cual debía responder.

Yo había conocido algo o mucho de esto en la pampa fueguina y patagónica, donde el aislamiento y la soledad hacen que los hombres se encierren en un pozo oscuro, en largas singladuras por mares apartados cual el de la Antártica. El hombre se evade por dentro, viaja por sus venas, se empina sobre el andamio de sus

huesos, bebe en su corazón, y llega hasta un maravilloso reflector que está arriba, en su mente, y que solo pueden ver sus ojos cerrados durante horas y horas, mirándose hacia adentro, para ver lo bello y doloroso creado por esta sutil costra terráquea, como un árbol que ignora que de raíz a copa nacen sus hojas para vivir con la luz del sol, resplandecientes.

A medida que el *Angamos* va internándose en las regiones polares, la imponencia de los hielos se va haciendo más sobrecogedora. Es una sola belleza blanca, una sola naturaleza, la del hielo. En algunas partes el mar ha desnudado hasta el nivel de la alta marea la roca viva; en otras, en las cumbres, los fuertes huracanes han dejado algún risco al descubierto; lo demás es nieve, hielo, con una blancura que llega a la monotonía. Tiempo variable, borrascoso casi siempre; el sol aparece solo algunas horas, minutos a veces.

Sin embargo hay una extraña claridad por todas partes, hasta el mar es tan transparente que se puede ver a gran profundidad. Su vasta riqueza aún desconocida o no penetrada seguirá por tiempos oculta, ya que para llegar al corazón de la tierra de Graham, se tiene que atravesar una costra de hielo de más de quinientos metros de espesor, según algunos cálculos.

Surcamos las aguas del canal Gerlache, luego el Neumayer, que precisamente bordea las costas de Graham. Las aguas del canal estaban tan tersas que la proa del *Angamos* las desgarraba silenciosamente como el rasguido de un raso. Esta estrecha faja de agua verde gris del canal se enmarca en estribaciones montañosas de hielo y nieve que baja hasta el mar en curiosas perspectivas. Allí están los témpanos más bellos y delicados, tan vivos en ese paisaje donde la foca weddell, el elefante marino y hasta el leopardo no son más que pesadas sombras estáticas recostadas en sus bordes. Teníamos ahora a nuestra vista albos cisnes de alto cuello, catedrales de torres ojivales, esquifes, veleros, con sus solidificadas velas de cuchilla agarrando viento en una lenta navegación.

Avanzando, dimos con un puerto muy tranquilo de la región: puerto Lockroy. Aquí la naturaleza parece haberse compadecido del navegante, ya que le brinda un seguro refugio en su deambular azaroso. Mientras todo lo demás es abrupto, de salvaje intemperie, aquí en Lockroy, la naturaleza ha escarbado fondeadores apacibles,

bahías y ensenadas resguardadas por molos y malecones naturales formados por bajos islotes diseminados por un designio racional. Rincón privilegiado por las focas y pingüinos papúa y adelíes, que nos reciben con su inocente curiosidad y su melancólico croar.

En uno de estos islotes de no más de dos hectáreas de superficie, se asentaba un rancho de zinc bajo, oxidado por el tiempo y las tempestades. Nuestra sorpresa nos llevó a descender en la rocosa isleta, y allí encontramos a un hombre joven, de unos veintitantos años, alto, delgado, vestido con ropas gruesas y cubierto su rostro por una gruesa barba rubia, que hacía recordar al Robinson Crusoe. Oficial de la marina inglesa, vivía allí con un subalterno, que en esos momentos andaba a la caza de focas.

A medida que la belleza de la tierra antártica se va tornando cada vez más extraña, al internarse en ella, también la naturaleza se va trasformando al traspasar el círculo polar. Pareciera que allí se sintiera mejor la pequeñez del ser, donde convencionalismos, prejuicios, símbolos desaparecen frente a esa grandiosa soledad.

El *Angamos*, que hacía su primera expedición al continente helado, se encontraba con barcos de otras nacionalidades con semejantes misiones. Así era como estábamos frente a este solitario hombre inglés adherido a su islote de piedra. Divisamos muy bien en el rocoso acantilado un letrero con caracteres pintados de blanco que decía: «British Crownland».

Luego que desembarcamos, un oficial chileno, Jorge González, lo primero que hizo fue escalar la montaña más alta de Lockroy y en su pico plantar el emblema tricolor pintado en una plancha de hierro. Por todo comentario nuestro inglés dijo:

—A mí me mandaron a escribir esas letras que dicen «tierra de la corona británica». Vienen ustedes y ponen una bandera chilena. Luego llegarán argentinos y harán lo propio. Parece que todo el mundo está loco.

El poeta Jean Cocteau hizo una acertada imagen de Inglaterra: dijo que era un pontón tiznado que estaba fondeado entre las brumas del canal de la Mancha, al parecer inmóvil, pero aprovechando su mimetismo con la bruma, se movía por todas partes del mundo.

Allí estaba ese marino inglés, entre las brumas antárticas, tiznando los acantilados con esa leyenda, «British Crownland»,

recibiéndonos con su típico humor pero con sus plantas bien firmes en una mísera roca.

Al caer la tarde, el comodoro Guesalaga lo invitó a su mesa a bordo del *Angamos*. Allí tuve la oportunidad de conversar con él. Había cambiado su indumentaria de cazador de focas por un brillante uniforme de teniente de la marina británica, decorada con entorchados y varias cruces en el pecho. Era un joven héroe sobreviviente de la guerra. Recordó algunos bombardeos de su patria, no alardeó nunca de su accionar en la refriega, pero sí se mostró preocupado por las dificultades que atravesaban los ingleses. Las penurias y escaseces las compartían de la reina para abajo, y así decía:

—En este modesto rancho estoy mejor que en mi patria.

Su novia lo esperaba en Londres, mientras él acumulaba su salario triplicado, por derecho al aislamiento antártico, y esperaba el momento de regresar a casarse. Aún tenía que seguir cumpliendo meses entre esos hielos. Dentro de su estricta cordialidad británica, sentimos ese calor humano franco en que afuera quedan los nacionalismos, los mandatos de los gobiernos y las polémicas de las cancillerías. Allí, todo eso, a veces no tiene más eco que el nocturno croar de los pingüinos de presencia ceremoniosa.

El *Angamos* fondeó en la bahía Soberanía de la isla Greenwich, nombre con que había bautizado recientemente el comodoro Guesalaga a la antigua bahía Discovery. Desembarcamos en un rústico muelle construido con postes de ferrocarril traídos desde Talcahuano. Sobre los tijerales de la primera base en construcción, ondeaba nuestra bandera chilena, identificado su blanco andino con la estrella polar. Y el rojo de los copihues chilotes llevados por la goleta Ancud cuando tomó posesión del estrecho de Magallanes.

Aquí cada cual se apegaba al trabajo voluntario que más le interesara. Como maestro chasquilla que soy, incorporé a llevar las anotaciones, en un cuaderno especial, de los sondajes que por primera vez se hacían en esos fondos marinos. En un bote apropiado íbamos el oficial de navegación, dos o tres marineros para el escandallo y los remos y yo mismo. A veces solía escandallar yo mismo, curioso por conocer lo que se adhiere a la parte de la sonda que en su base tiene un hueco con grasa para reconocer la clase de arena, roquerío, limo o fango donde se han depositado las

partículas muertas de la vida en la superficie. Puedo decir que con mis manos se anotaron todos los metros que marcan los nudos de la soga o lienza en los veriles y redosos de bahía Soberanía.

En uno de mis descansos, di una vuelta, solitario, por la escollera que avanzaba al oeste de Soberanía, y me encontré con el esqueleto entero de una ballena de barba que decoraba la puntilla. Pensé en los primeros pasos del hombre por la Antártica; pero eché el pensamiento atrás, y por la forma completa de la osamenta, supuse que era una ballena anciana, de siglo o más, que había ido a reposar su muerte natural sobre la puntilla de grava. Las grandes gaviotas salteadoras, de plumaje pardo, el petrel de las nieves, blanco y grande cual un ganso, que escupe como un guanaco, y otras aves voraces habrían participado del banquete del cetáceo, destrozándolo mejor que los balleneros o exploradores que rondan esos lugares.

Después colaboré en la construcción del primer faro antártico, y no dejo de manifestar mi vanidad. Recuerdo el momento en que empieza a entrar una montaña de hielo por el canal Inglés, entre la isla del faro y la de Greenwich. Venía de este a oeste desde el estrecho de Bransfield. En los días sol sus oquedades y volúmenes se iluminaban desde la cumbre hasta sus bases semisumergidas. Digo semi, porque el témpano de hielo tiene solo una séptima parte visible. El espectro solar aumentaba su visibilidad en la nitidez de las límpidas aguas antárticas. Lo que veía navegar era una sinfonía de colores y de música. Porque las ventiscas del oeste, que allí son sorpresivas, o las corrientes de marea, lo paraban de frente y aun lo hacían retroceder. Entonces era una verdadera montaña de música, y allí llegaban las focas weddell deleitándose con este maravilloso fenómeno en que sus pieles adquirían colores grises, azules, pardos y atigrados con lampos de arco iris, cuando volvía a salir el sol en el largo día del paralelo 62º 30' Sur y 59º 40' Oeste, Greenwich, curiosamente en la isla de su mismo nombre.

Para nosotros, aves de paso en este territorio, la construcción del faro constituía una odisea.

En el mogote rocoso que semeja manada de elefantes marinos echándose al mar, tuvimos que desalojar numerosos nidos de grandes petreles de las nieves, que estaban empollando. Por eso nos agarraron a escupitajos, tan hediondos que son su defensa para

cualquier enemigo volátil, incluyendo las skúas que tenían sus lechos en una plataforma costera que conocería luego de una experiencia dolorosa.

Con agua calentada en fogatas hechas con trozos de madera y los mismos líquenes y algas secas que los petreles tenían en los huecos de sus nidos, se preparó la mezcla para la terraza donde se pusieron los pilares de la torrecilla del faro. Dándome un descanso personal, un día de buen tiempo descendía del mogote hacia el norte de la isla Robert y di con una numerosa colonia de skúas que empollaban entre las piedras bolones de la plataforma a espaldas del faro. El oleaje del mar abierto, donde desemboca el estrecho de Bransfield, había hecho una escollera solevantada en el mismo borde. Allí tuve que refugiarme porque estos pájaros empezaron a lanzarse en picada contra mis ojos. Sí, ¡contra mis ojos!, y vi el resplandor de sus curvos picos marfileños y sus dos ojos hechos uno en la base del pico.

Saqué el cinturón de mi parca y, cual dos boleadoras con que se caza el ñandú o avestruz patagónico, las borneé alrededor de mi cabeza para apartarlas. Pero el combate aéreo fue aumentando en combatientes y tenía un verdadero techo de alas pardas sobre mi solitaria humanidad. Allí sentí por primera vez una extraña soledad en esa soledad polar. Perseguido por una nube de padres y madres, me amparé tendiéndome de bruces tras la ola de piedras costeras. La suerte me trajo la paleta de un remo que divisé muy cerca, arrojado por algún oleaje que le había quebrado el mango. Lo agarré y a palazos me abrí camino, regresando a los faldeos del faro en construcción.

Libre del susto o del peligro, examiné el remo. Era de pino oregón; por las estrías y el tamaño de la pala reconocí que correspondía a una chalupa ballenera. Lo sopesé en mis manos con respeto. Mi padre fue cazador de ballenas. Me sobrevinieron las dudas: si primero está el hombre y después las aves más fieras o las focas más nobles de esa isla antártica detrás del canal Inglés…

Finalizábamos la construcción del faro, ya nombrado Prat, cuando sobreviene una nevada con ventisca tan violenta que casi tenemos una muerte.

Fue absurda la caída de un tripulante del *Angamos* desde el tablón que usábamos para embarcar y desembarcar, cuando

veníamos de regreso de nuestras faenas en la playa al noroeste de la punta del faro Prat. Nos pasábamos la mano unos a otros, haciendo cadena para no caernos con los vaivenes de la panga, y el oleaje contra el pequeño cantil hizo que el marinero resbalara del tablón mojado para «tomar agua parado», chiste cruel de los balleneros. Dio fondo en cinco metros y apareció por los pies como si el mar antártico lo hubiera parido. Agarrado de las canillas lo pusimos en el fondo de la panga. El hombre se puso de pie, pero se le obligó a sentarse a popa y zarpamos. A todo andar nuestra panga se dirigió al *Angamos*, que estaba al resguardo de la bahía Chile. A nuestro compañero le castañeteaban los dientes sin poder hablar. Una ventisca agravaba la situación. Todos, entonces, nos inclinamos poniendo nuestras parcas como alas de cormoranes para amparar del viento y la nevada al caído. Al atracar la panga al barco, médicos y enfermeros con camilla esperaban al accidentado. Así este hombre resucitó de entre los hielos; si no, junto a Prat, hubiéramos tenido nuestro primer héroe antártico.

El *Angamos* entró con todas las precauciones a pasar una noche tranquila, después de navegar tantos miles de millas de ida y regreso a la Antártica, sin cartas marinas ni derroteros minuciosos en los detalles, confiado en su ecosonda y sus radares. Fondeamos al atardecer con dos anclas que puso la proa al canal, que pasaba con una marejadilla labrada por la corriente y un vientecillo del oeste encajonado. El lugar hacía honor a su nombre, Puerto Bueno. Pero me desperté a eso de las cinco de la mañana y vestido con parca y zapatones de suela de goma, dejé la cabina, notando, eso sí, que todos estábamos durmiendo escorados a babor.

El buque había asentado sus tres mil quinientas toneladas sobre una roca sumergida, como una mesa que hubiera esperado el garreo de las anclas, por la fuerza del viento y las corrientes de marea de esos canales enrevesados. Fue, lo que siempre se dice cuando los elementos de la naturaleza se imponen, un hecho de «fuerza mayor».

Levantada toda su gente, la marea permitió las maniobras de todo el cuerpo que encerraba el barco con su nave, especialmente la calidad de su capitán.

La maniobra que nunca se podrá olvidar. El gran coigüe o roble antártico que había en un lomaje a babor sirvió de base para un

cable de acero que se amarró a su fuerte tronco. Se esperó la pleamar, y durante los veinte o más minutos de estoa de la marea, dos poderosas lanchas a motor y el winche, dieron toda su fuerza de máquinas, con las hélices del barco, y el *Angamos* zafó, desprendiéndose de la roca en el mismo instante en que el roble era desarraigado por el tirón del cable.

Una vez más el hombre y el árbol simbolizaron algo superior a la «fuerza mayor» de ambos en la naturaleza.

Todos guardamos un silencio que solo se produce cuando nos damos cuenta que no somos más que una partícula de la naturaleza. Y así el *Angamos* y su tripulación siguieron tranquilos rumbo al norte «de la región Antártica famosa» como describiera a Chile don Alonso de Ercilla.

BALLENEROS DE QUINTAY

Al sur del puerto de Valparaíso se encuentra la caleta de Quintay. Entre ambos se levanta un gran cerro que va a caer al mar como una gigantesca trompa de ballena. Es el Curauma, de quinientos metros de altura. Todo es grandioso o soberbio entre estos cantiles: los cordones cordilleranos que llegan hasta el mar y la vastedad del océano más grande del planeta. La plataforma de Quintay desciende al mar con una prolongación rocosa a modo de restinga o farellón que da protección a la caleta de los vientos del suroeste. Como la corriente de Humboldt, estos corren la mayor parte del tiempo.

En abril de 1953 llegué por tierra a ese lugar para participar en una cacería de ballenas a bordo de un barco de la flota ballenera de la empresa Indus.

—Demora más una dueña de casa en hacer una cazuela de gallina que nosotros en destazar una ballena y derretir el aceite en los cocinadores —me dijo el contramaestre Carlos Aravena.

Hombre corpulento, que desde un lugar llamado *púlpito* dirigía todas las maniobras de atraque y subida de las ballenas por una rampa de cemento hacia el lugar de las faenas. Así también se llama el lugar más alto de un buque, donde está el compás de intemperie sobre el techo del puente de mando. Desde allí, como un dios entre tierra y mar, el contramaestre Aravena usa la mano derecha para sus maniobras marítimas y la izquierda para las terrestres.

Aravena trabaja desde hace treinta y seis años en faenas balleneras y es un erudito en la materia. Me doy cuenta de inmediato de su sabiduría, apenas lo encuentro en la rampa y me lleva al campamento del personal, porque me conversa todo el tiempo, a medida que subimos a la otra plataforma que tiene mayor

altura.

Aprovecho de mirar y diviso un bote que remolca a la ballena desde el barco hasta el borde de la rampa. Allí la toma por la cola la jaiba, una especie de gran tenaza de acero amarrada a un cable del mismo metal que recoge un *winche* en lo alto de la rampa inclinada y la arrastra hasta el lugar donde se destaza.

—Dicen que la pesca abunda cuando hay luna; pero no es porque las ballenas sean lunáticas —me refiere con sarcasmo—, sino porque al aumentar las mareas, las jibias que comen los cachalotes y el kril que come la ballena de barba salen más a la costa, y de allí que estos animales se acerquen detrás de su alimento.

Un hombre que sabe hacer bien su trabajo es siempre un maestro; y entonces uno recuerda a Balzac cuando dijo que «uno no se acerca al maestro para aprender a dudar».

Carlos Aravena, por su porte, mira a menudo de reojo y de arriba abajo, midiendo las dos estaturas de su acompañante, por fuera y por dentro. Cuando le digo quién soy: periodista y escritor, comenta:

—Hace tiempo anduvo por acá uno de ustedes y después escribió una novelucha.

A la mañana siguiente, alrededor de las once, arriba el *Indus 8* con cuatro cachalotes, remolcando a dos por banda. Se le ve solo un poco más grande entre los cetáceos, de color verde mar, desvaído, y sus casetas pintadas de crema. El *Indus 11* acaba de comunicar por radio que trae diez ejemplares desde el norte y Aravena calcula que tienen que llegar por lo menos veinte ballenas al otro día.

Cardúmenes de cabinzas llegan mientras se faenan las ballenas. Les gusta la delgada piel, la fina cutícula que envuelve al cetáceo. Se les ve por millares, del tamaño de una mano, devorando por los costados al gran animal oceánico, como si fueran espátulas plateadas que rascan los costados de un barco para repintarlo.

Cerca de la ballenera, trabaja un grupo que pesca rollizos, jerguillas, blanquillos y róbalos.

Comienzo mis tareas y observo desde temprano las faenas de destazamiento de las ballenas. Sobre el lomo del animal suben los hombres con firmes cuchillos curvos en extremos de largos mangos de madera.

Aravena da órdenes con ademanes de su derecha hacia la playa, donde la jaiba aprisiona con sus inmensas manazas de hierro a la ballena muerta, por el extremo de la cola, en el muñón que queda después de cortadas las aletas caudales en alta mar, para facilitar su remolque. Simultáneamente, con la izquierda hace señales al *winchero*, cuyo mecanismo empieza a enrollar el cable arrastrando por la rampa al cetáceo. Estoy atento, muy atento a este proceso; pero pienso en estos hombres, en su trabajo y en estos animales que van a ser destazados por grandes cuchillos adheridos a largos mangos. Son cuchillos en forma de hoz llamados «noruegos». ¿Por qué? Recuerdo que los vascos fueron los primeros europeos en cazar la ballena en los mares del hemisferio norte. De ellos aprendieron los noruegos, que después los expulsarían de sus factorías.

El cuchillo es la gran herramienta que da los tajos a lo largo del animal, desde la cabeza hasta la cola, formando lonjas que después son despegadas desde un ojal, por los cables del *winche*, como si fueran tiras de una cáscara de banana.

—¡Dale forro al cuchillo que para eso el maestro tiene afilador! —le grita de pronto a un faenador el jefe de turno que dirige el destazamiento y la división del trabajo.

El aludido hunde con más fuerza el cuchillo desde su largo mango, afirmado en el lomo del cetáceo por zapatos con clavos, y la hoz de revés penetra en la grasa con un ruido de blandura extraña. De pronto veo que del costado del cachalote sale el arpón con que fue muerto. Se ha doblado como un alfiler, a pesar de que es una especie de horquilla de hierro que pesa ochenta kilogramos. Enmudezco. El arpón había dado en los huesos de las vértebras dorsales, una de las cuales puede servir de taburete en un jardín, como las tuve en mi infancia en nuestra casa de Tubildad.

La capa de grasa tiene más de treinta centímetros de espesor y cada animal se espera que dé entre ocho y nueve toneladas de aceite. Las gigantescas lonjas son llevadas en trozos como de tocino a las escotillas que se abren en la superficie de la rampa hacia los cocinadores subterráneos.

De pronto, la cabeza de un cachalote queda abierta y semeja una caverna de la cual se derraman innumerables estalactitas trasparentes que veo como grandes lágrimas. Es el ámbar o esperma, tan apreciado desde la Antigüedad, que el cachalote lleva

en su cabeza con un peso de media tonelada. El cerebro también es el más grande, por su peso, en el reino animal; pero la bolsa de esperma parece que le sirve para equilibrarse en sus maniobras en las profundidades.

Pienso que si hubiera alguna relación científica entre el peso del cerebro y la inteligencia, el cachalote debiera ser el genio del planeta. Sin embargo, el hombre empezó a cazarlo con una simple lanza desde una pequeña embarcación y hoy hay que hacer campañas para evitar su extinción.

Evaristo González es el de más edad entre los faenadores. En un descanso a la orilla de la rampa me conversa. Comenzó su trabajo a los diecisiete años en la factoría de Punta Calvario, al sur de Corral. Con una astilla me dibuja un arpón entre la sangre de las ballenas en el suelo.

—Aquí se abre la tranquilla y se abre el arpón adentro —me explica, y agrega—: Una línea, soga de tres cuartos o una pulgada, iba enrollada en un carrete dentro de la chalupa ballenera. El arpón tenía un metro de acero, con un mango de dos metros de madera. No mataba la ballena. Solo la sujetaba con la soga. Luego se la remolcaba entre dos aguas, o se hundía tratando de desprenderse de la soga amarrada al arpón que llevaba adentro. La chalupa salía al remolque de la ballena y había que maniobrar de tal modo que el carrete midiera la fuerza y no se hundiera. La chalupa se acercaba en el momento conveniente y con una lanza de tres metros se le pegaban lanzazos detrás de la aleta para que llegaran al pulmón o al corazón. A veces morían al primer lanzazo, si es que era bien dado… Otras recibían hasta veinte y no morían. El carrete podía largar hasta quinientos metros de línea y la chalupa seguía al remolque de la ballena. El piloto la gobernaba con una Bayona; pero al final de la carrera pasaba a proa y era él quien tenía que matar la ballena. El arponero siempre era el segundo patrón de la chalupa; y por lo tanto era el primero el que tenía que darle el bajo. En buenas cuentas, entre esos dos hombres se mataba a la ballena. Los demás atendían el carrete y la línea. Lo primero que hace la ballena es hundir la cabeza y dar coletazos. La chalupa tenía que ponerse contra los coletazos porque si los recibía podía darse vueltas o hacerse pedazos. ¡Era brava la cosa! Muerta la ballena, se la remolcaba a remo hasta el barco.

Evaristo González, con su delgadez y buenos años, interrumpe sus recuerdos para volver a la faena cuando las sierras circulares han destrozado todas las costillas y las vértebras que también van a parar a los cocinadores subterráneos. La rampa queda limpia para la llegada de otros cetáceos. El ruido de las sierras en los huesos es distinto al de los aserraderos en madera; y la sangre por donde han resbalado los grandes órganos descuartizados da a esta sinfonía un color y una tonalidad inenarrablemente cruentos.

En verdad, la descripción bíblica del Leviatán me parece que correspondiera al cachalote, pues por primera vez observo que tiene muelas en la gigantesca mandíbula inferior y en la superior hay hoyuelos córneos como los cachos de buey, donde los envaina. No quisiera caer en la perfecta máquina trituradora confeccionada por las necesidades de estos grandiosos mamíferos que en tiempos remotos vivieron en la tierra.

La faena continúa y entre tierra y mar las cabelleras de las olas se vuelven sanguinolentas ya que a veces arrastran una raíz muerta de más de un metro y medio.

El domingo 12 de abril llega el *Indus 7* y haciendo honor a su nombre trae siete cachalotes remolcados a dos bandas. ¡Qué majestad la de estos pequeños barcos bordeados por los más grandes animales marinos de la creación en esta vastedad del mar Pacífico!

En la época de verano se faenan hasta doscientos cincuenta cetáceos por mes.

Aravena sigue oficiando desde su púlpito a la orilla del planeta. El *Indus 11* va entrando iluminado por los últimos rayos del sol que se hunde en el océano. Lleva nueve ballenas acoderadas a su regala y posiblemente su balanceo entre ballenas y olas sea el «rayo verde» que dice que se ve cuando se pone el sol en el mar, como despedida. Nuestros aborígenes de la Tierra del Fuego, cuya alimentación era la carne de ballena varada, tenían la siguiente leyenda: «Schiuno, el viento, se casó con Océn la ballena, y tuvieron por hijo a Schiunoktau, el picaflor».

Es el barco en que me debo embarcar.

La flota ballenera de Quintay está formada por once *Indus* y en este último iza su gallardete de comodoro el capitán Humberto Olavarría, chilote de cincuenta y seis años. Hace treinta que se

dedica a la caza del cetáceo. Esa misma noche nos embarcamos, pues en cuanto entregue sus nueve ballenas se irá a Valparaíso a abastecerse de petróleo.

Hombre de mediana estatura, nervudo, de mirada viva en un rostro moreno, y ágil, que tiene algo de zorro. Me invita a comer y al primero que me presenta, de la gente de a bordo, es al cocinero Moisés Arena, un hombre grueso, mediano, como corresponde a un buen cocinero de mar. Su camisa a cuadros rojos, delantal y gorro blancos se ven muy bien entre las ollas de la estrecha cocina que está pared por medio con la cámara de oficiales. Luego viene el primer ingeniero, Opazo, alto y cordial, con quien comemos.

La cámara es estrecha, y con la cocina se dividen la manga del buque de estribor a babor. La mesa tiene una distribución de listones para sostener los platos en las roladas. Las bancas, tapizadas de cuero, están adosadas a las paredes de fierro.

El cocinero ofrece a Opazo atún; el ingeniero lo rechaza con un gesto de desagrado. Ha sido pescado solo el día anterior por los balleneros. Yo lo acepto y saboreo un caldillo delicioso. Luego me sirvo un asado de vacuno con papas y ensalada de tomates y cebollas. De postre una banana y un jarro de café.

Después de esta suculenta comida, comienzo a pedirle algunas informaciones al capitán.

—La ballena azul, la más grande de todas, nace de nueve metros. Las mayores alcanzan o sobrepasan los treinta. La azul y la ballena de aleta o *finback,* procrean y tienen sus hijos en la Antártica, donde se han encontrado manadas amamantando a los pequeños. Es raro encontrar una ballena de estas con cría en las cercanías de Quintay. Los cachalotes paren en el norte, por las Galápagos; pero en la larga costa de Chile se han encontrado muchos con sus crías. Permanecen hasta cerca de una hora sumergidos.

Lo interrumpo para decirle que en mi viaje a la Antártica solo divisé una ballena de aleta; en cambio el cementerio lo recordaré siempre.

Prosigue Olavarría. Habla de las luchas entre estos cetáceos y las quilas de cuatro metros y los esquilones, de tres. Estos son atigrados y se lanzan detrás de la aleta de la ballena, perforándola hasta que salta un chorro de sangre. Las quilas se abalanzan y de cada

mordisco les arrancan trozos de tocino de un metro. El ingeniero Opazo agrega:

—En una ocasión el capitán disparó sobre la ballena y no la mató. En cambio las quilas terminaron por rematarla. Se desquitó Olavarría con una quila y le disparó. Su esquilón tenía apenas sesenta centímetros. No valía la pena…

Arribamos luego a Valparaíso, para encontrarnos con otro barco también cargando petróleo para sus máquinas. Los dos navíos se acoderaron y pasamos del uno al otro.

El *Indus 9* tiene por capitán a un nórdico grueso, con buenos años. Me presentan y me lo presentan:

—Sander —me dice; nos hace pasar a su cámara y nos invita a su mesa, que tiene la forma de un trapecio, adecuada a la estructura de un ballenero. Luego inicia una conversación:

—No puedo estar más de veinticuatro horas en Valparaíso. Me ahogo aquí en tierra. Cuando zarpo me alivio, comienzo a respirar, y ya en mar abierto se termina el asma.

—Estoy convencido —me dice— que las ballenas navegan mejor cuanto más lejos porque comen el kril. En cambio, los cachalotes son más pesados ya que se alimentan de pulpos y jibias. Esta sociedad en que me ha tocado vivir la desprecio. Tampoco me importan las que vengan porque no sé cómo podrán ser y ya no estaré vivo. Pero no hay que posar como las gaviotas sobre las cosas ni quedarse fondeado como un cachalote en Valparaíso. Hay que ser como el cangrejo, que espera el instante en que la ostra abre sus valvas y entonces le pone entre ellas una piedrecilla y con sus pinzas la saca y se la come igual que un caballero en un restaurante. Bueno, mientras no haya otra cosa seguiré cazando ballenas hasta que me muera.

Olavarría mira a Sander, sonriente, y de soslayo avizora mis reacciones frente al humor sarcástico de su colega capitán.

El capitán Sander sigue sorprendiéndome:

—Llegará el día en que las ballenas agranden sus aletas y puedan volar. Entonces habrá cañones balleneros antiaéreos, o bien aviones balleneros. Mientras tanto, uno tendrá que seguir mojándose el culo en estas tinas, y el pez más grande seguirá comiéndose al más chico.

¡Cómo me habría gustado que los fantásticos sueños del capitán

Sander se hubieran hecho realidad la noche siguiente, ante el fuerte temporal que nos azotó mar afuera!

El primer anuncio lo dio Olavarría. Lo acompañaba en el puente de mando y miraba hacia la inmensidad de la noche:

—Cuando las estrellas tiemblan es porque corre viento afuera.

El *Indus 11* remontaba con agilidad felina las grandes olas del Pacífico, mientras se dejaba caer de medio lado en los faldeos; pero en cada bandazo la mitad del barco hacia popa quedaba bajo el agua.

Otro anuncio de temporal fue una bandada de golondrinas de mar que se posaron sobre la regala, que tenía poco más de un metro fuera de la línea de flotación. Se trata de una avecilla un poco más grande que la golondrina de tierra, semejante a su plumaje azul y blanco. Cacé una para embalsamarla, sin embargo no la conservé. Tienen algo del pequeño petrel wilson de la Antártica que con sus patitas con membranas se paran sobre las olas aleteando.

Navegamos hacia el suroeste con mar arbolada. Por radio nos enteramos que el *Indus 6* va a la cuadra nuestra más a la costa.

Otro ballenero comunica al comodoro de la flota que se halla anclado en la Herradura de Coquimbo. Otro avisa que se han informado que el temporal viene corriendo desde el suroeste.

El comodoro Olavarría da las buenas noches por radio a sus capitanes y les desca buena suerte. Él seguirá hacia el suroeste para pasar más pronto el temporal.

—Esto no es nada —me dice—. En las alturas de Corral nos han pillado temporales con fuerza doce. El bailoteo en la cresta de la ola es el peligroso. Hay que cerrar todo para que no entre agua, parar las máquinas y largar las anclas para no darse vuelta de campana.

Me fui a acostar en un pequeño camarote que quedaba entre la chimenea y la sala de cartas en la litera de abajo.

Desde mi infancia pasé muchos temporales en barcos chicos, medianos y grandes.

En este caso hubo que hacer las maniobras que me describiera Olavarría. El *Indus 11* quedó como una boya batiéndose en medio del océano. Me contaron que toda la tripulación se puso a dormir, menos la de guardia en las maquinas, aunque estaban paradas. La componían el capitán, el primer piloto, tres mecánicos ingenieros, tres fogoneros, tres marineros de cubierta, un limpiador de

máquinas, un aprendiz de piloto y el cocinero y su ayudante.

No pude dormir en toda esa noche porque varias veces tuve que agarrarme de los bordes de la litera para no caer con los barquinazos. Conozco bien lo que es despertarse por un temblor tan fuerte como son nuestros terremotos. Los segundos se transforman en inacabables minutos. El miedo sobreviene desde el sueño y se agranda cuando se choca con la conciencia del peligro. Uno no es más que un extraño animal asustado, si está solo. Después tal vez atina a algo.

Esas olas cada vez más grandes, de tres en tres, pasaban sobre mi cabina. «Para más recacha», como dicen los balleneros, era un día trece. Me volví supersticioso. ¿Quién diablos me mandó escribir la carta a la compañía pidiéndole que me permitiera hacer este viaje?

Nuevamente seguimos navegando contra el temporal hacia el sur. Empiezo a avergonzarme de mí mismo. Le digo al capitán que según una superstición ballenera, es mala suerte llevar extraños a bordo, sobre todo frailes y mujeres.

Me respondió sonriendo:

—Esa es una superstición de los noruegos; no entre nosotros —me aclara y agrega—: Conocí al capitán Auri, que llevaba a su mujer a bordo para que les hiciera la comida a los balleneros. Era una rusa de Vladivostok.

Solo como a las cuatro de la tarde pude tomar una taza de yerba mate con pan, mientras los balleneros desayunaron y almorzaron después de un buen sueño a mar abierto.

El capitán hace llamados radiotelefónicos a toda la flota bajo su mando. Unos han afrontado el temporal como nosotros. Se sabe de uno que fondeó en Lapimávida, en espera de que mejore el tiempo. Y se puede escuchar: «Vamos a continuar fondeados esta noche en este punto. No hay nada más que comunicar. Hasta mañana».

Al día siguiente, sin avistar una sola ballena, fondeamos en Curanipe para capear el temporal, que empieza a amainar. La caleta tiene una punta rocosa que afortunadamente la resguarda del viento del suroeste. Sobre los acantilados que se elevan en colinas tierra adentro hay un caserío, en su mayor parte de veraneo. Galpones de fundos y bosques de pino embellecen el paisaje por el sur. Junto a la desembocadura de un río, en un astillero se construye una gran

lancha. No obstante la hermosura del paraje, el Pacífico muestra siempre el desamparo de nuestras costas.

—Esa madera roja es roble maulino —me dice el segundo ingeniero, señalándome la embarcación, y agrega—: Estos lanchones maulinos van a vela hasta el Perú y demoran dos meses en su viaje de ida y regreso. Tienen como sesenta metros de eslora, dieciocho de manga y siete de puntal.

Debido al mal tiempo nadie ha cazado ballenas. El capitán Olavarría tiene la esperanza de ser el primero en cazar, ya que el temporal sigue corriendo al norte. Los tripulantes cumplen otras tareas: uno hace un tejido con cabo de manila con un punzón de madera, otro redondea en un yunque el eslabón de un cable de alambre con un combo en sus manazas. Contemplo la habilidad y fortaleza de dedos y músculos para esa faena ciclópea de hacer un ojal.

Después del almuerzo, el piloto Manríquez, tres de sus marineros y yo nos fuimos en una panga de alta proa y fondo semiplano en tarde de pesca. Manríquez me advierte que si pasa algo extraño, me aferre del picarón, un salvavidas redondo, de corcho forrado en lona impermeabilizada, para sujetarme.

Por mi parte, no veo ningún lugar donde podamos atracar. Las grandes olas revientan sonoras contra los altos cantiles rocosos, agrietados, y en medio de ellos una caverna donde el oleaje retumba.

Llegamos a las cercanías de una playa arenosa. Una ola más alta que las otras nos toma en vilo por su lomo y en la reventazón de la cresta la panga se vuelca de campana. Todos quedamos debajo. No atino a agarrarme al picarón sino que me abrazo a uno de los remeros. La ola nos ha arrojado con el casco de la panga encima hasta la misma playa. Con la resaca logramos salir de nuestra prisión sanos y salvos, ya que otra ola nos la deja en posición normal con la quilla afirmada en la arena. Los cinco hombres estamos empapados y algo más. Los marineros se ríen del percance como si se tratara de un juego. Solo uno perdió su chumacera y yo, algo del miedo, al ver a esos compañeros de aventura tan seguros batirse con el océano.

Me doy cuenta que han aprobado mi reacción, pues en sus rostros se transparenta una fraternidad como si me acercara un

poco a su condición de lobos de mar.

En nuestro reposo nos dedicamos a recoger gran cantidad de peces y mariscos, especialmente pencas de piures, para lo cual utilizamos unos ganchos de fierro y cuchillos para sacarlos de los acantilados rocosos. Este animalillo pequeño tiene una pulpa rojiza oculta en colonias esponjosas que al cortarse dejan al descubierto sus panales llameantes. Saben a una mezcla de yodo y azafrán. Son como dátiles en los vergeles de Neptuno.

El embarque siempre es tan azaroso como desembarcar. Llegamos al barco igualmente mojados. Olavarría me presta un par de botas suyas y nos instalamos en la cocina para secarnos.

Siempre recordaré que tuve el honor de calzar las botas del mejor cazador de la flota ballenera, hombre de azarosa existencia.

Esa noche tuvimos el mejor banquete a bordo del *Indus*. Una entrada de piures y un perol con surtido de gallinas y dos garrafas de vino traído por los boteros maulinos. Antes se había hecho un trueque. Los maulinos recibieron jabón hecho con aceite de ballena y una deshilachada espía de cuya felástica ellos hacen sus jarcias para los lanchones, cabos de redes y cordeles para los espineles. Fue una noche inolvidable por la sobremesa.

—Moisés tiene tantos naufragios como señoras —nos dice uno de los ingenieros.

—Sí, es cierto, he naufragado cuatro veces y me he casado por cuarta vez —replica el viejo cocinero Moisés Arena Beltrán, y continúa—: La primera esposa fue la Iris, una goleta langostera que naufragó al norte de Punta Carranza en 1942. El timonel se durmió de cansancio y la goleta fue a dar a la playa sobre unos bancos de arena. Después tuve otras averías, pero aquí estoy contándoles estas historietas.

Nunca ha de faltar algún sucedido entre hombres solos, que traiga de súbito la evocación física de la mujer. Un hombre de máquinas recuerda su trabajo en las instalaciones de los baños en Viña del Mar, de la misma compañía. Allí se tiene una industria con personal de mujeres para la extracción del aceite de la maravilla. En estos cuartos de baño con agua caliente había quedado un boquete en la pared por donde los curiosos ojos de los varones miraban a las mujeres después de su trabajo. Los hombres se turnaban. Sin embargo, un día se formó tal gresca que el hecho llegó a oídos del

administrador y la fiesta se acabó.

También el capitán Olavarría se sumó a los recuerdos de su inicio de ballenero.

—Las guardias en la cofa se hacían de sol a sol. Imperaba la ley del más fuerte y teníamos que defendernos desde niños. El hombre es tan peligroso en tierra como en el mar. Y para muestra: presencié la pelea entre un piloto y el capitán. Este se paseaba en tierra cuando el piloto, que estaba de guardia a bordo, lo llamó a gritos. «¿Para qué me necesitas?», le preguntó el capitán al subir a bordo. «¡Para pegarte!», le contestó el piloto, y se agarraron a puñetes.

»En esos tiempos la pelea entre chilenos y noruegos se producía a veces en medio de una faena de caza y el culpable en algunas ocasiones era el idioma. Se disparaban con los mismos grilletes y solo ponían fin a la gresca ante el temor de perder la ballena pues les iba a todos en la parada. Reciben un porcentaje por la caza. Toda esta gente llegaba por lo general en busca de trabajo con un equipaje, que lo constituía un diario con la noticia de que se contrataba gente. La compañía no les proporcionaba nada; a bordo, para dormir, se las arreglaban con sacos de patatas en las literas.

»Los cachalotes me parece que se comunican, porque hacen un ruido así: "Trac-trac" —dice Olavarría mientras hace sonar la tapa del azucarero—. La hembra se comunica muy bien con el cachorro. Si están en amores, nadan tranquilos y silenciosos. Una vez que arponeé a uno entre una manada de ocho o diez, no se separaron y juntaron sus cabezas alrededor del compañero muerto. Pareciera que los cachalotes llevaran siempre un jefe, y cuando este muere, se colocan a su lado acompañándolo. Lo mismo sucede cuando alguno está herido. Por eso es muy fácil cazarlos».

La charla es larga y sin reservas. El corazón de estos hombres tiene mucho que aguantar; detrás de esa rudeza aparente se oculta una gran humanidad, tan delicada como la fina piel de la ballena.

El tiempo me dio la razón con respecto a Olavarría. Uno de sus tripulantes me narró lo siguiente: cazaba una ballena y la arponeó sin darse cuenta de que estaba recién parida, ya que no vio al ballenato. Sobre el castillo de proa, junto al cañón arponero se arrodilló y persignó. El pequeño había seguido rondando en torno a su madre ensangrentada.

Se cierra la sobremesa recordando a los balleneros desaparecidos

en el mar. Los hechos se entremezclan en la cadena de la vida, con eslabones tristes, grotescos o alegres.

Nuevamente estamos mar afuera, de madrugada, con buen tiempo y sol espléndido.

El capitán Olavarría se subió a la tina del vigía en lo alto del palo trinquete a otear los horizontes. Después lo reemplaza el piloto Manríquez. A las diez y media lanza por primera vez el grito tradicional:

—¡Ballena a proa!

Como un eco, el timonel repite el grito por la bocina de bronce hacia la sala de máquinas. El *Indus 11* trepida cual corcel espoleado. El océano compite con su color verde esplendoroso. Vienen y van las órdenes regulando las maniobras.

—¡Cerca de la ballena!

—¡A media fuerza la máquina!

—Despacio…

Desde el puente no veo nada. Solo el ojo experto del piloto Manríquez ve debajo del agua. Pero al rato, por la proa, veo que surge una especie de trompa, dos aletas como las alas de un albatros gigantesco que se curvan sobre el horizonte. Se hunden y vuelven a aparecer dos veces más.

—¡A media fuerza!

—¡A media fuerza! —repite el timonel a las máquinas. El capitán Olavarría se coloca un delantal encerado, color ocre. Su rostro moreno y su bigote recortado se mueven inquietos bajo la visera charolada de la gorra azul.

A las once menos cinco deja su puente de mando y corre presuroso por la pasarela que lleva al castillo de proa. Oigo un disparo. Capitán y cañón arponero se envuelven en una nube de pólvora. La ballena ha muerto del certero arponazo. El ingeniero mueve sus palancas en el *winche* y el cabrestante empieza a recoger la espía con el cetáceo. Se trata de una *finback* o ballena de aleta, la más loba. Varios marineros toman distintas funciones. El trabajo es de una perfecta coordinación, sin pérdida de tiempo. La acoderan bajo la amura de babor. Un marinero lleva la lanza a las manos del capitán, que la levanta como en un rito y la hunde en el blando cuerpo del animal hasta dar con el corazón. Una espuma de sangre envuelve a la ballena. Otro marinero trae un largo cuchillo noruego

y le corta las dos aletas caudales que caen llevándose toda la luz del horizonte.

Nuestra emoción sube y baja entre las olas, mientras el buque parte a toda máquina con la ballena amarrada al costado. Por la acción de la velocidad, aunque va eslabonada por el muñón que han dejado las aletas en la cola, sus fauces se abren y se cierran entre rosales de espuma. Esta ballena es la más veloz y hermosa, no comparable a un cachalote. Sería lo mismo que poner a un cerdo al lado de una garza. Por la regala, admiro la blancura marfileña de su vientre, surcado de pliegues a lo largo, que se abren y se cierran como un acordeón entre las olas.

—¡Aló, aló, cazadores… Buen provecho! —saluda el capitán Olavarría a los colegas de su flota en la hora de almuerzo, dando la posición de su barco con la ballena a remolque y agrega—: ¡Iba también una *sail whale*! Creí que la alcanzaría. ¡Se me escapó corriendo como un demonio hacia el sur!

El *Indus 11* es el que ha cazado la primera después del temporal tan prolongado. La ballena es su gallardete, que flamea en honor del comodoro. El grado se lo han dado sus colegas porque saben que es el mejor cazador de la flota verde.

Los balleneros de Quintay no solo dominan la vida y la muerte. En sus navegaciones dominan también el cielo y sus constelaciones y con su coraje marino saben mejor que nosotros lo que significan un segundo, un minuto, una hora, un día.

Ellos se manejan con grandes cosas, con la ballena oceánica y la relojería pendular de la luna, ya cazada también por el hombre, entre el sol y nuestra tierra.

Desde la cofa el piloto Manríquez anuncia que se divisan otras ballenas en la lejanía, por los espautos, característicos chorros de agua que produce el animal al salir a la superficie a respirar. Preparan una boya blanca con una cruz. Al poco rato nos informan que han desaparecido. Sin embargo, hay grandes manchones de delfines y, de paso, como a quinientos metros se observa una alfaguara, la ballena azul. Estas acostumbran llevar un pez piloto pegado al vientre. De repente, pienso en mí mismo, y me veo navegando en un sueño de transparencia dentro de una esfera armilar.

Me paseo en cubierta ocultando mis pensamientos y

sentimientos, porque esos hombres van todos detrás de las ballenas por el pan de sus hijos. Puede que algunos lo hagan por vocación, atraídos consciente o inconscientemente por la grandiosidad de la aventura de la caza, en la que se sienten verdaderamente héroes de sus proezas. También la compañía paga, fuera del salario, un porcentaje que va de capitán a pinche de cocina por cada ballena cazada.

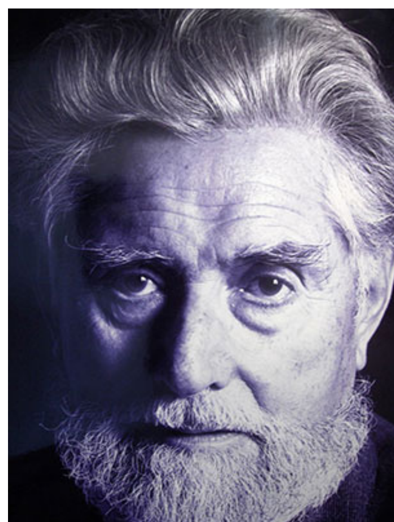
Mi viaje está próximo a su fin. El barco vira en redondo y empieza a recoger sus faroles y boyas sobre el océano. Al capitán se le ha puesto un ceño duro. Navegamos toda la noche y al amanecer llegamos a Quintay con solo tres ballenas a remolque, justo al comienzo de otro temporal. La última ballena que perseguíamos se ha salvado por el piadoso manto de la noche.

Durante esta navegación divisé a la distancia mi casa de Quintero, junto al mar, cuyas rompientes olas embravecidas más de una vez han hecho naufragar algún barco.

Me izaron por la pluma del trinquete en un canastillo de alambre, como una carga más, y capeando las grandes olas, me depositaron en el fondo de una panga para alcanzar la orilla.

Desde la costa vi que el *Indus 11* hacía apresuradamente víveres y agua para hacerse cuanto antes a la mar, mientras yo tomaba rumbo a mi casa, junto a la cueva del Pirata, para ordenar estos apuntes.

No he regresado a Quintay porque hoy es un lugar desolado sin cachalotes ni balleneros. Solo la trompa del cerro Curauma se asoma en la playa oceánica con el grito universal del *Green Peace*.



FRANCISCO COLOANE CÁRDENAS, escritor chileno, (Quemchi, Región de Los Lagos; 19 de julio de 1910 - Santiago, 5 de agosto de 2002)

Nació en Quemchi (Chiloé) el 19 de julio de 1910. Según cuenta en sus memorias, vino al mundo «en una casa construida sobre pilotes de madera alquitranados», agregando que su madre, «Humiliana Cárdenas Vera, campesina de Huite… me dio a luz a las cinco y media de la mañana… En esos días mi padre, Juan Agustín Coloane Muñoz, andaba navegando de capitán de barco de cabotaje». Su infancia transcurrió entre las dos islas del archipiélago de Chiloé y aprendió sus primeras palabras en una escuelita rural en la localidad de Huite hacia donde se desplazaba montado en un mampato negro llamado Huaso. La escuela estaba ubicada en una península arenosa que con la marea alta quedaba aislada, por lo que solo podía pasar junto a sus compañeros cuando la marea estaba baja. Más tarde, prosigue sus estudios secundarios en Ancud y Punta Arenas. En el colegio de los salesianos de esta ciudad conoce a Roque Esteban Scarpa, que más tarde sería un destacado intelectual chileno. Dos años después, en 1925, pasa al liceo fiscal donde acaba su enseñanza secundaria. En 1924, Coloane trabaja como escribiente en el gabinete de un abogado. En las memorias, el

escritor recuerda que Santiago Toro Lorca le «pagaba tres pesos cincuenta por cada carilla tamaño oficio que yo llenaba. No era mala paga. Con ese dinero pude comprar mis libros, y de hecho continuar mis estudios».

Coloane hizo su servicio militar voluntariamente siendo destinado a la sección montada de ametralladoras. Sin embargo, él evoca con singular afecto las clases que dio a conscriptos en su estadía en el regimiento. Dejado el uniforme, Coloane encuentra trabajo como ovejero y capataz de estancias de la Patagonia, entre estas la de «doña Sara Braun, poderosa estanciero de fama legendaria en la región».

A comienzos de la década del treinta, en el ir y venir desde el extremo sur hasta la capital, Coloane comienza su oficio como periodista de diarios y revistas. En sus interesantes memorias tituladas *Los pasos del hombre*, el escritor manifiesta que gracias a un «periodista de inolvidable generosidad» llamado José Bosch, pudo conocer al director del diario *Las Últimas Noticias* de Santiago de Chile, Byron Gigoux James, quien a instancias de aquel le dio un empleo como reportero policial en una ciudad que, según él confiesa, le pareció hostil.

En 1940 publica su primer relato, *Lobo de dos pelos* que luego se convierte en *Cabo de Hornos*, título que dará origen al volumen de cuentos que en 1941 obtendrá el Premio Cuarto Centenario de la ciudad de Santiago. El mismo año recibe otro galardón al ganar el concurso de la Editorial *Zig-Zag* con su novela *El último grumete de La Baquedano*. Coloane relata en sus memorias: «Pensé que podría escribir un relato novelesco basado en mis experiencias de aquel viaje de Punta Arenas a Valparaíso a bordo del buque-escuela Baquedano. En quince días escribí a mano, en dos cuadernos, mi pequeña novela». En 1945 publica *Golfo de penas* y al año siguiente, *Los conquistadores de la Antártica*.

A fines de 1946 es invitado por la Armada de Chile a participar en la primera expedición antártica. En 1956 es galardonado con el Premio Municipal de Literatura por su libro *Tierra del fuego*. Posteriormente se editan *El camino de la Ballena* (1962), *Rastros del guanaco blanco* (1980), *Velero anclado* (1991), *Los pasos del*

hombre (2000) y *Naufragios y rescates* (2002).

Francisco Coloane durante su larga vida se hizo acreedor de diferentes premios y distinciones por la calidad y originalidad de su obra centrada fundamentalmente en el extremo sur de Chile. Así, en 1964, obtuvo el Premio Nacional de Literatura, y en 1980 es designado Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. En 1996, el Gobierno de Francia lo nombró «Caballero de las Artes y las Letras» y la Universidad de Magallanes le dio el grado de Doctor *Honoris Causa*. En su vida participó en diversos congresos de escritores en varios países. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, italiano, ruso, holandés, alemán, polaco, griego, checo, sueco, noruego, turco y portugués.

Fallece en Santiago de Chile el 5 de agosto de 2002 a los 92 años. Sus restos fueron incinerados y posteriormente lanzados al mar de Quemchi, la Patagonia y Quintero.

OBRAS:

NOVELAS: *El último grumete de la Baquedano*, Zig-Zag, Santiago (1941); *Los Conquistadores de la Antártica*, Zig-Zag, Santiago (1945); *El Camino de la Ballena*, Zig-Zag, Santiago (1962); *Rastros del Guanaco Blanco*, Zig-Zag, Santiago (1980).

CUENTOS: *Cabo de Hornos*, Orbe, Santiago (1941). Contiene 14 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El «Flamenco»; El australiano; El páramo; Palo al medio; El último contrabando; El vellonero; «Cururo»; El suplicio de agua y luna; Perros, caballos, hombres; La venganza del mar; La gallina de los huevos de luz*.

Golfo de Penas, Cultura, Santiago (1945). Reeditado en 1995 Contiene 18 cuentos: *Golfo de Penas; Paso del Abismo; Madera Seca; Mar de travesías; Cazadores de Focas; Estelas del Caleuche; Noche en la isla negra; Pascua Salvaje; El amigo Pat; Galope de Esqueletos; Un tablón entarugado; Don Oscar y el fantasma; Proceso al Trauco; El Sabelotodo; Pedro Soldado; Teresa Tekenika; De la región Antártica famosa; Balleneros de Quintay*.

Tierra del Fuego, Editorial del Pacífico, Santiago (1956). Contiene 9

cuentos: *Tierra del Fuego; En el caballo de la aurora; De cómo murió el chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del Faro*.

TEATRO: *La Tierra del Fuego se apaga*, Cultura, Santiago (1945).

CRÓNICAS: *Viaje al Este* (1958); *Crónicas de la India*, Nascimento, Santiago (1983); *Velero anclado* (1995); *Papeles recortados* (escritos sobre su vida en China) LOM (2004), con prólogo de Armando Uribe.

MEMORIAS: *Los pasos del hombre* (2000): *Última carta*, Editorial Universidad de Santiago, (2005).